

Nuestra Bandera

REVISTA DE EDUCACION IDEOLOGICA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Sumario

EDITORIAL

La fuerza del Partido

MANUEL DELICADO

La bancarrota ideológica del anarquismo a la luz de las experiencias de la guerra civil y de liberación nacional del pueblo español

PEDRO ARDIACA

La situación catastrófica de la agricultura bajo la dominación franquista

KIM IR SEN (Presidente del Partido del Trabajo de Corea)

La lucha del pueblo coreano por un Estado único, independiente y democrático

6

M A Y O

J U N I O

1 9 5 0

NUESTRA BANDERA

REVISTA MENSUAL DE EDUCACION IDEOLOGICA DEL P. C. DE ESPAÑA

Nº 6

Redacción y Administración :
38, r. des Amandiers. PARIS-20^e

Mayo y
Junio 1950

Precio del ejemplar	40 frs.
Suscripción anual (Francia)	400 »
— — (Extranjero)	500 »

Para envíos por avión, añadir los gastos de franqueo

COLECCIONES ENCUADERNADAS

Año 1945, núms. 1 al 3	agotada
» 1946 » 4 » 13	700 frs.
» 1947 » 14 » 23	700 »
» 1948 » 24 » 31	700 »

Ejemplares sueltos en existencia: desde el n.º 2 al 31
y desde el n.º 1 de la nueva serie (1949)

LA FUERZA DEL PARTIDO

El editorial del número 4 de "Nuestra Bandera", "Hay que aprender a luchar mejor contra la provocación", ha sido leído y estudiado por los militantes del Partido con gran atención. Era la primera vez que nosotros planteábamos en forma escrita una serie de experiencias de nuestra lucha contra el régimen franquista y sus padrinos imperialistas; que poníamos al descubierto con tanta amplitud algunos de los ejemplos de provocación policíaca, que el Partido ha experimentado en su propia carne, en el transcurso de estos años. A la vez que mostrábamos al desnudo los planes criminales del franquismo y el imperialismo contra la única fuerza que lucha consecuente y organizadamente por la paz, la democracia y la independencia para España: el Partido Comunista.

El primer objetivo de nuestro editorial ha sido logrado: los militantes del Partido han reaccionado con gran sensibilidad política, haciéndose cargo de la importancia de los problemas planteados.

La cuestión consiste, ahora, en saber aprovechar todas las lecciones que se desgajan de dichas experiencias y aplicarlas en el trabajo práctico, diario, del Partido.

Elevar nuestro nivel político e ideológico, nuestra conciencia comunista; permanecer alerta, vigilantes; saber encontrar y cortar de raíz la mala hierba; y buscar cada vez con más acierto el apoyo y el sostén de las masas a nuestra línea política, a la acción de nuestro Partido: he ahí la cuestión.

¡Tener conciencia clara de la clase de enemigo contra quien luchamos! Nunca insistiremos demasiado sobre esta idea.

Sin tener conciencia clara de quién es ese enemigo, no es posible concebir lo monstruosos, perversos y viles que son los procedimientos que utiliza contra nuestro Partido y el Movimiento de Resistencia; no es posible, por consiguiente, prevenirse y armarse contra ellos.

No podemos desconocer que los grandes terratenientes y financieros españoles, llevan en la masa de la sangre el odio y el desprecio por el pueblo.

¿Qué es la clase obrera para ellos? Carne de explotación; cuanto más miserable y depauperada, cuanto más explotada y oprimida, mejor.

¿Qué son los jornaleros agrícolas? Menos que las bestias de labor. Las bestias cuestan dinero; jornaleros encuentran a millones en los campos de Andalucía, Extremadura y Castilla.

Para los grandes terratenientes y financieros el pueblo es una piara de esclavos y un enemigo jurado, al que conviene tener maniatado y desangrarlo de tanto en tanto, a fin de inculcar en él, pánico y temor hacia los "amos".

El espíritu de los inquisidores y de los verdugos reaccionarios, de los Torquemada y de los Calomarde ha alentado siempre en las clases dominantes españolas. Y bajo el franquismo, los Torquemada y Calomarde de hoy, las hienas falangistas, tienen mano libre para asesinar, torturar y hundir en prisión a todo el que les estorba.

Quien conoce lo que ha sido la represión de los vándalos

fascistas en la zona que consiguieron dominar al sublevarse traidoramente, y en toda España, tras el fin de nuestra guerra de liberación; quien no olvida los crímenes horrorosos que cometieron y siguen cometiendo a diario, puede comprender la vileza de sus procedimientos de provocación.

Si algo ignoraban en materia de crímenes y crueldades, los nietos de Torquemada y Calomarde han encontrado ayer en sus amos nazis y hoy en los imperialistas americanos, quienes podían enseñárselo.

Sabido es que el imperialismo no repara en los crímenes más feroces para asentar su dominación; que ha exterminado pueblos enteros en los países coloniales, para asegurar la explotación de sus territorios. Hoy mismo vemos a los gobernantes americanos, engendros monstruosos de una sociedad condenada, anunciar con el mayor cinismo y desenvoltura su propósito de aniquilar media Humanidad con la bomba atómica, y el intento de convertir al resto en un inmenso mercado de esclavos de los trusts y los monopolios yanquis.

Así es el régimen franquista y el imperialismo. Tal es el enemigo que estamos combatiendo. Esos son sus procedimientos.

Frente a un tal enemigo no podemos permitirnos ninguna debilidad; no podemos tolerar ninguna vacilación, ningún síntoma de espíritu conciliador. Debemos denunciar implacablemente sus crímenes, su perversidad, su canibalismo. Debemos desenmascarar sus procedimientos; hacerlos conocer a las masas. Debemos cruzar el rostro de los verdugos y sus agentes, con la publicación de sus viles y abyectas "hazañas".

Tenemos que elevar la vigilancia y atizar el odio sagrado contra los enemigos de la paz y la democracia; contra los enterradores de la libertad del pueblo, contra quienes le matan por hambre; contra los que venden a España por un puñado de dólares.

Sólo nosotros, los comunistas, estamos en condiciones de plantear pública y abiertamente cuestiones del género de las que han sido abordadas en el editorial "Hay que aprender a luchar mejor contra la provocación".

Sólo un partido revolucionario, penetrado de la voluntad de destruir la dictadura franquista de los grandes terratenientes y financieros, de conquistar la democracia, de poner fin a la penetración del imperialismo anglo-yanqui; sólo un partido decidido a luchar sin tregua ni cuartel contra tales enemigos, puede desenmascarar a los agentes que éstos envían, puede denunciar sus procedimientos y métodos perversos ante las masas, con la claridad, la energía y la firmeza con que lo hace el nuestro.

Porque, además, la lucha contra ese enemigo, contra sus agentes, contra sus procedimientos no es únicamente la tarea de un grupo reducido de militantes especializados; es la tarea de todo el Partido, es la tarea de la clase obrera y de las masas antifranquistas. Y hay que educar a los militantes del Partido y a las masas para que sepan cómo luchar mejor y con más eficacia.

Frente a ese enemigo, cuyas características fueron examinadas en nuestro editorial "Hay que aprender a luchar mejor contra la provocación", *¿con qué fuerzas cuenta, qué fuerzas puede movilizar el Partido?*

¿Qué es lo que nos da la seguridad y la confianza en la victoria?

¿Cuáles son, aun aparte de las debilidades en la vigilancia, las fallas y las insuficiencias principales del Movimiento de Resistencia y del trabajo de nuestro propio Partido?

En el editorial del número presente "Nuestra Bandera" continúa la tarea de abordar públicamente algunos de los problemas capitales de la lucha de nuestro Partido y de las masas contra el régimen franquista, por la paz, la democracia, la República y la independencia nacional.

Los éxitos del comunismo en la esfera mundial y la lucha del pueblo español contra el franquismo.

Ciertamente, el hecho de formar parte del campo de la paz, la democracia y el socialismo; de contar con el apoyo y el sostén de este campo, que obtiene victoria tras victoria y

que vencerá definitivamente sobre el campo de los promotores reaccionarios de guerra, es la más firme e indudable garantía de nuestra victoria.

Es evidente que los triunfos de la Unión Soviética, en ruta del Socialismo hacia el Comunismo; los éxitos de las democracias populares que a su vez echan los cimientos del Socialismo; la victoria de la Revolución Popular en China; la creación de la República democrática alemana; los éxitos de los Partidarios de la Paz y el reforzamiento de la acción y la influencia de los Partidos Comunistas en todo el mundo, son una ayuda de primer orden para los comunistas y para la Resistencia antifranquista; una lección permanente para las masas, que aprenden y se instruyen en ella más de lo que a veces calculamos nosotros mismos. La existencia de 800 millones de seres viviendo parte en un sistema socialista, parte construyéndole, son para nuestro pueblo, a pesar de los esfuerzos del franquismo y el imperialismo por impedir que el ejemplo penetre por nuestras fronteras, un estímulo y una escuela viva de alcance extraordinario.

Gracias en gran parte a ese ejemplo, el Comunismo aparece ante masas cada vez más amplias, como la fuerza capaz de dar solución a los angustiosos problemas de la crisis, el hambre y la miseria; de la falta de democracia y de independencia nacional; de la pesadilla de las guerras, problemas que dentro del sistema capitalista son insolubles, y que particularmente bajo el régimen fascista de Franco, han alcanzado las proporciones más agudas.

La existencia del campo de la paz, la democracia y el Socialismo, con la Unión Soviética a la cabeza, sus brillantes realizaciones, su lucha incansable por la paz, la libertad y la independencia de los pueblos, son, pues, un manantial prodigioso de donde brotan las fuerzas inagotables que sostienen en su lucha a nuestro Partido y nuestro pueblo.

La confianza y la fe de nuestro Partido en el triunfo, se basan también particularmente, en el hecho de que la inmensa mayoría de los españoles está contra el régimen franquista, convencida de que éste es el culpable y el responsable de los agudos problemas que agobian hoy a las amplias

masas populares, y que su solución sólo se encontrará con el derrocamiento del régimen de verdugos falangistas.

Nunca un régimen, ni siquiera la monarquía, ha concitado tal fuerza de oposición contra sí. En las elecciones del 12 de abril de 1931, que dieron el triunfo a la República, las candidaturas antimonárquicas obtuvieron la mayoría en los centros urbanos industriales, principalmente. No sucedió lo mismo en los centros rurales, donde la fuerza del caciquismo monárquico era todavía tal, que los candidatos dinásticos alcanzaron mayor votación. La base de la monarquía estaba agrietada, carcomida y por eso ésta, pese a ser un régimen secular, se hundió para siempre; pero mucho más agrietada y carcomida todavía está actualmente la base del franquismo.

Si se pudieran celebrar en España unas elecciones medianamente libres, mañana mismo, la votación contra el régimen de los bandoleros y los ladrones fascistas sería tan abrumadora en los centros urbanos como en el campo. Si los obreros odian al régimen, los campesinos no les van a la zaga.

En cuanto a la media y pequeña burguesía y los intelectuales, el sentimiento antifranquista es parecido. El régimen franquista carece de toda base popular, mientras que la causa por la que nosotros luchamos, la causa de la paz, la República, la democracia y la independencia nacional, cuenta con la simpatía de la inmensa mayoría del pueblo.

Independientemente de otros factores, éste tiene un valor decisivo, que nosotros, revolucionarios, comunistas, debemos apreciar en todo su alcance: la inmensa mayoría de los españoles coinciden en *condenar* al franquismo, en considerar *necesaria* la *desaparición* del *régimen político imperante*, que es, no lo olvidemos, *el régimen de los grandes financieros y terratenientes*.

Aun con todas las insuficiencias, con todas las fallas que existen todavía en el Movimiento de Resistencia antifranquista, ésta es una muestra de gran madurez política.

No sólo la vanguardia de la clase obrera es consciente de

que la responsabilidad de cada uno de los numerosos atropellos y crímenes que sufre el pueblo, incumbe al régimen político existente, y que éste es el principal obstáculo a derribar, el principal problema a resolver, sino que *esta conciencia es ya patrimonio político de las grandes masas.*

El campesino a quien roban los ladrones de la Fiscalía y esquilma el fisco; a quien aterroriza la Guardia Civil; que no recibe abonos, ni a precio de oro, y no puede adquirir los productos industriales que precisa, no ve ya sólo a su enemigo en el "fiscalero" o en el recaudador; comprende que la cosa viene de más arriba. Se da cuenta de que lo que hay que resolver es la cuestión del régimen.

La mayoría de los pequeños y medio burgueses, víctimas de la crisis endémica, que se ven devorados por los peces gordos, por la minoría de financieros, terratenientes y jerarcas con patente de corso, culpan también al régimen.

Esta coincidencia en culpar al régimen es tan amplia que ha conseguido imponerse al ambiente de terror y represión, y *por doquier en España se oye maldecir públicamente del régimen, sin que una sola voz se alce para disculparle o defenderle.*

El hecho de que las masas no reaccionen solamente contra tal o cual aspecto aislado de la actividad de los vándalos falangistas, sino contra el régimen en su conjunto, significa, políticamente hablando, muchos kilómetros caminados hacia la liberación del pueblo español del yugo de sus opresores.

En estos últimos años se produjeron dos hechos —entre otros— de enorme importancia que muestran inconfundiblemente ese estado de opinión generalizado entre el pueblo contra el régimen franquista. No sobra insistir sobre su significación.

El primero fué la huelga general de Vizcaya, de mayo de 1947, una huelga eminentemente política, contra el régimen y por la República. Fué posible no sólo por la madurez política de la clase obrera y por su unidad, sino por el apoyo y la simpatía que encontró en otras capas sociales.

Los obreros vascos tenían muchas reivindicaciones económicas que plantear; sin embargo, hicieron una huelga política, con la reivindicación política más elevada en este momento: el cambio de régimen, el derrumbamiento del franquismo y el restablecimiento de la República.

El aldabonazo sonó tan fuerte que no conmovió sólo los viejos muros de El Pardo, sino las salas de las cancellerías imperialistas. A raíz de ella, Prieto fué expedido rápidamente a Francia, con el fin de destruir la unidad republicana, que engendraba tales acciones vigorosas y políticamente inequívocas de las masas y podía conducir a un cambio democrático en España que no deseaban ni desean los promotores imperialistas de guerra.

Posteriormente a este ejemplo de madurez política y de unidad, prodújose otro, que también tiene gran importancia, y que permitió contrastar el estado de ánimo general del pueblo español.

Fué la farsa de las "elecciones municipales" que el régimen puso en escena en noviembre-diciembre de 1948. La banda de gangsters que asola a España pensó que con esta comedia iba a dar una cierta fachada "liberal" al Estado fascista. Se "fabricó" un censo del que fueron excluidos todos los demócratas conocidos como tales. Se aplicó el conocido artículo 29, por el que no hay elecciones si no se presenta más que una sola candidatura, y esto sucedió en todos los pueblos y ciudades que quiso la Falange. A pesar de que fueron establecidas sanciones terroristas contra quienes no votasen, sólo lo hizo el 20 ó 22 por 100 de los inscritos en el amañado censo, y es de sobra conocido que el 50 ó el 60 por 100 anunciado oficialmente como porcentaje de votantes, fué puesto en las actas electorales por los presidentes falangistas de mesa, siguiendo órdenes de los gobernadores que impusieron a cada colegio un cupo de votos.

Alrededor del 80 por 100 de los incluidos en el "censo" se abstuvieron, marcando así inequívocamente su oposición al régimen. Nuestro Partido fué el único que aconsejó la abstención, y los franquistas en su propaganda, dirigida

especialmente contra la abstención, insistieron en que absterse era tanto como votar por los comunistas.

Pusieron en juego todos los resortes de la coacción y el terror. Sin embargo, la inmensa mayoría del pueblo, arrojando los riesgos que le amenazaban, optó por demostrar su repulsa al régimen. Y ésta fué tan amplia y general en los centros rurales como en las ciudades.

Es claro que este hecho fué una manifestación general, de gran contenido político, contra el régimen. Fué una confirmación contundente de la condenación general del pueblo contra los asesinos y ladrones que sirven desde el Poder a los grandes financieros y terratenientes, y pretende ahogar en sangre la voluntad revolucionaria y democrática de las masas.

Verdad es que desde la huelga general de mayo de 1947 no se han vuelto a repetir acciones de masas de tanta amplitud y envergadura política.

Algunas gentes se preguntan: ¿Por qué no se repiten acciones como la de Vizcaya? ¿Es que ha decrecido la combatividad de las masas? ¿Acaso hay un retroceso en la conciencia antifranquista del pueblo?

Los Prieto, los Trifón, los Luque, Pradas y demás ralea se refieren a la "impotencia" de las masas; hablan indecentemente de que las masas "no quieren luchar", de su "desmoralización", etc.

En algunos casos, para no provocar la ira de la clase obrera y el pueblo, ocultando su miedo y su desprecio hacia éstos, adoptan un aire de conmisericordia: "¿Qué van a hacer los obreros y el pueblo contra un Ejército y unas fuerzas de represión tan poderosas? No pueden hacer nada".

¡Canallas! Son ellos, los dirigentes socialistas de derecha y anarquistas y sus cómplices entre los republicanos y nacionalistas, los *únicos responsables* de que acciones como las de mayo de 1947, tan amplias y vigorosas no se hayan renovado en escala aún más amplia y puesto en trance de defunción al carcomido régimen de Franco.

Las masas están más decididas y resueltas hoy que cuando la huelga general de Vizcaya. Más convencidas aún que entonces de la necesidad de derribar el régimen franquista. Con una comprensión política más elevada, a pesar de todas las traiciones de que han sido objeto por parte de tales "dirigentes".

Pero en Vizcaya, en 1947, fué *la unidad* lo que hizo posible una acción política tan amplia y vigorosa; con todos los defectos e insuficiencias de que adolecía, *existía la unidad republicana*. Todas las fuerzas antifranquistas estaban agrupadas en la Junta de Resistencia. Fué ésta, impulsada ciertamente por nuestro Partido, la que encabezó la acción.

Mas la unidad fué *rota* por los dirigentes socialistas de derecha y anarquistas y por nacionalistas y republicanos. Prieto abrió la lucha contra la unidad y los demás le secundaron.

La huelga general de Vizcaya había asustado a los imperialistas y a los grandes capitalistas y terratenientes españoles. Si se mantenía la unidad en Euzkadi, si se desarrollaba en el resto de España, la huelga política de Vizcaya hubiera sido un ejemplo para otras provincias y el punto de partida para grandes movimientos de las masas unidas en toda España.

Y los agentes del imperialismo, los Prieto, los Trifón y los Luque abiertamente; y de una manera más jesuítica los Aguirre y Tarradellas, se empeñaron —y lo consiguieron— en romper la unidad donde ya existía y en impedir la en el resto, con la ayuda y el beneplácito de la policía de Franco.

El crimen mayor de Prieto y demás comparsas es que con sus maniobras han desarmado por un cierto período a la clase obrera y al pueblo, dividiendo a las fuerzas democráticas, facilitando la prolongación del régimen franquista, para intentar salvar a los grandes capitalistas y terratenientes españoles y hacer realizables los planes imperialistas de convertir España en base de agresión y guerra contra la Unión Soviética y las democracias populares.

Y esto, justamente cuando entre las masas crece y se desarrolla el sentimiento antifranquista, cuando se va haciendo más clara la conciencia de la necesidad de acabar con el régimen para salir de la condición desastrosa en que viven y se hunden cada vez más.

Aunque no se produzcan acciones tan amplias y abiertas como por ejemplo la huelga de Vizcaya, el movimiento de resistencia antifranquista se ha extendido en el país, alcanzando nuevos lugares y nuevas capas de la población. Este desarrollo no es suficientemente apreciado fuera y dentro mismo del país, por diversas razones, entre ellas, el *carácter local, aislado*, que tienen las múltiples acciones, y la imposibilidad de conocerlas todas a tiempo y mantener informadas a las masas.

Pero es lo cierto que la agitación entre la clase obrera ha ganado todo el país, y toma las más diversas y variadas formas. Es rara la fábrica, taller o empresa donde no se producen plantes, reducciones del ritmo de producción, protestas y exigencias colectivas de los obreros, huelgas, etc.

Además, los obreros utilizan ampliamente el medio de enfrentar a los jefes de los Sindicatos Verticales con su propia demagogia. Sirviéndose de las escasísimas "armas legales" que es posible usar, bombardean a los panzudos y orondos jefes con peticiones y reclamaciones, que les traen en jaque, y movilizan y unen a los obreros contra el hambre y la miseria.

Esto, en la mayor parte de los casos, si no va acompañado por acciones de lucha, no da resultados concretos, pero ayuda a unir a todos los obreros, incluso los más atrasados, para mostrarles *a través de su propia experiencia* —que es la mejor propaganda— *lo que es el régimen*, y prepara el terreno para acciones combativas más elevadas y amplias.

Es el caso de la fábrica "T" en Cataluña. Los obreros elaboran sus reivindicaciones para presentarlas al Sindicato Vertical. Todos, incluso un pequeño grupo católico, participan en la elaboración. Nombran una comisión de unidad que se encarga de hacer las gestiones para lograr los objetivos

acordados. A través de diversas gestiones queda claro, incluso para los más atrasados entre los obreros, que los Sindicatos Verticales como todas las autoridades del régimen, están al servicio de los patronos. El espíritu de lucha va creciendo hasta que llega el momento en que los obreros unánimemente se declaran en huelga.

Otro caso en la fábrica "E". Se produce el mismo proceso, que por no considerarlo oportuno los obreros, no culmina en la huelga, sino en la disminución del 50 por 100 de la producción, que hace ceder a la empresa.

Hechos como éstos se producen a centenares en todo el país.

En ciertos casos las luchas de los obreros toman un carácter político abierto. Tal sucede en La Maquinista Terrestre y Marítima de Barcelona, donde trabajan más de 2.000 obreros, el 1º de Mayo de este año. Por la mañana son distribuidas entre aquéllos octavillas del P.S.U. explicando la significación del 1º de Mayo. Al mediodía los obreros abandonan el trabajo y anuncian a la empresa que por la tarde no acudirán porque es su fiesta. La huelga tiene en este caso una significación política clara, tanto por la fecha como por el hecho de que la octavilla del P.S.U. llama a manifestarse en todas las formas posibles por la paz, por la República, contra la bomba atómica y el régimen franquista.

En Vigo, la empresa Santo Domingo-Troncoso se niega una semana a pagar el salario a los obreros. Y éstos no se limitan a reclamar a los patronos; preparan una manifestación de masa al Ayuntamiento. Enterado el Gobernador, va a la fábrica rodeado de policías y trata de hacer un discurso a los obreros. Estos le interrumpen y le abuchean acusándole a él y al Gobierno de ser servidores de los patronos.

Se producen algunos despidos como represalia y los obreros se dirigen directamente al Gobernador franquista exigiéndole la readmisión y haciéndole directamente responsable a él y al Gobierno.

Es decir, en numerosas acciones reivindicativas los obreros no se limitan a combatir a los patronos; denuncian y desen-

mascaran al régimen y sus autoridades, elevan la puntería hacia el franquismo dando a entender que comprenden dónde está el mal, el obstáculo que hay que derribar.

Pero las acciones de masa se amplían, abarcando a capas más amplias, y tomando un carácter político abierto. Era conocida la enorme ayuda que facilitan los campesinos al movimiento guerrillero. Pero no se habían conocido anteriormente las importantes acciones de masas de los campesinos que se producen ahora. Es el caso del pueblo de Ordenes, en Galicia, donde los campesinos en masa se amotinan contra el Gobernador franquista de La Coruña obligándole a huir.

O lo que sucede en Rodeiro —también de Galicia— en donde las mujeres en masa apalean al guarda que trata de impedir que el ganado apaciente en el monte, y cuando la Guardia Civil las interroga para saber quién es la culpable, contestan que todas, siendo detenidas treinta y cinco.

Es el caso de las vendedoras y pescadoras de La Coruña, que andan diariamente a golpes con los de la Fiscalía de Tasas y los guardias encargados de proteger el latrocinio falangista.

Es igualmente el caso de los campesinos de Enguera, en Levante, que se amotinan contra los "fiscaleros" y la Guardia Civil y levantan una barricada en la carretera, desde la que lanzan piedras y todo lo que tienen a su alcance; el de los comerciantes de Oleiros y Oza de los Ríos, o de los campesinos de Cesures, en Galicia, que se niegan a pagar los impuestos, etc.

El caso de los portuarios de Alicante que votan en masa una resolución apoyando la declaración de Estocolmo contra la bomba atómica.

No tratamos de hacer en este editorial un recuento de acciones, sino de mostrar las diversas formas en que, con una extensión desconocida hasta ahora en España, se multiplican las acciones de lucha, que muestran la creciente maduración de la moral de combate de las masas y de su conciencia política antifranquista.

La presión de las masas desborda a los tiranos fascistas; su propia prensa se ve obligada a hacerse eco del descontento popular y de las repercusiones que éste tiene en la moral de los elementos del régimen que sienten flaquear su confianza.

El régimen franquista es "el coloso con los pies de barro".

Nuestra confianza en la victoria reside también en el hecho de que esa presión creciente de las masas, coincidiendo con la crisis económica que se desarrolla y agudiza, está haciendo crujir los cimientos del régimen fascista.

Nosotros no subestimamos la fuerza y las posibilidades que posee el Estado actual para luchar contra el Movimiento de Resistencia y su vanguardia, el Partido Comunista. Nuestro artículo "Hay que aprender a luchar mejor contra la provocación" lo demuestra.

Pero tampoco creemos en la omnipotencia de ese Estado como fingen hacerlo los dirigentes socialistas de derecha y anarquistas para cubrir su traición y tratar de justificarla a los ojos de las masas.

La crisis económica atenaza y asfixia al régimen; acentúa su inestabilidad y descomposición. En esas condiciones la presión y la lucha de las masas resquebraja la moral de los órganos del Estado franquista. Descompone a la banda de Falange misma. Neutraliza y neutralizará aún más a muchos de los que la apoyan. La misma elefantiasis del aparato del Estado fascista, el desmesurado crecimiento de sus diversos órganos de represión y pillaje, harán —ya lo están haciendo— más agudos e irreparables los efectos demoledores de la crisis y de la presión y la lucha de masas, en su moral y en su fuerza.

La clase obrera y el pueblo deben comprender que el Estado fascista es "*el coloso con los pies de barro*", que puede ser derribado, en determinadas condiciones, por la lucha unida de las masas. Veamos cuáles son los síntomas más salientes del agrietamiento de los órganos de ese Estado.

El Ejército es hoy la base fundamental del régimen. Este

ha realizado una celosa política de casta, mimando a los cuadros de mando, facilitándoles sueldos elevados, economatos y otras ventajas que les colocan en situación muy privilegiada por sobre la población civil.

A pesar de todo, hoy Franco y los altos jefes del Ejército están muy inquietos por el estado de ánimo de comandantes, capitanes y tenientes, de la oficialidad en general, que, pese a dichos privilegios, no tienen lo suficiente para vivir *decentemente*.

Un oficial del Ejército no puede pagar hoy el alquiler, mantener decentemente su familia y su guardarropa con el sueldo que recibe, a pesar del último aumento. Así son numerosos los casos de oficiales que —cosa insólita en otras épocas— van con los uniformes remendados.

La situación económica en que se desenvuelven influye, sin duda, en su conciencia; les hace salir de su torre de marfil y mirar en torno a sí con más comprensión para los sentimientos y protestas de las masas populares.

Es claro que, sin exagerar las proporciones, los cuartos de banderas no son hoy testigos de la adhesión y el entusiasmo por el régimen, propio de años anteriores. En los cuartos de banderas se critica al régimen, y se oyen ya voces para justificar el descontento y la lucha de las masas contra una situación cada vez más trágica. En los cuartos de banderas se oyen comentarios despectivos para los imperialistas anglosajones y su fuerza militar, y de respeto para el Ejército Soviético y la fuerza y la política de la Unión Soviética. Se oyen también no pocas burlas a las tesis de algunos portavoces oficiales sobre la "invulnerabilidad" de los Pirineos, y alusiones picantes a que los Pirineos se "prolongan" hacia los montes del Riff...

Si entre la oficialidad suceden tales casos, ¿qué no pensarán los soldados y una buena parte del personal subalterno del Ejército?

Esto no quiere decir que el Ejército franquista esté maduro para sublevarse contra el régimen, ni mucho menos; pero sí

que hay en él elementos muy serios de descomposición, que se irán desarrollando y agudizando a medida que se extienda y eleve la lucha de las masas, a medida que mejore el trabajo del Partido, y que la crisis económica extienda sus efectos desastrosos.

Esto demuestra que no hay ninguna ley de la Historia que garantice la intangibilidad del principal sostén del régimen, el Ejército; y que por el contrario, esas leyes hacen inevitable la descomposición creciente del Ejército, la neutralización de una parte de él por la acción de las masas y el paso de otra parte al campo de las fuerzas democráticas.

Miremos lo que pasa en los Cuerpos de represión, en la Guardia Civil y en la Policía Armada. Son un aparato tremendo, forman legión. Tienen también privilegios sobre la población civil en materia de abastecimiento, pluses, dietas, etc.

Sin embargo, es bastante conocido que el régimen tiene muy poca confianza en la Policía Armada; que no ha osado utilizarla, por ejemplo, en la lucha contra el movimiento guerrillero, y que salvo algunos núcleos de falangistas rabiosos y asesinos, en la mayor parte de los policías armados, obligados por la miseria a trabajar como obreros y empleados fuera de las horas de servicio y a hacer el pequeño estraperlo, hay un cierto sentimiento antifranquista.

También en la Guardia Civil, pese a sus tradiciones reaccionarias y terroristas, causan descomposición las consecuencias de la crisis, de la acción de las masas, y la lucha de los guerrilleros. A pesar de los privilegios de que disfrutan, la miseria llega también al hogar de muchos guardias civiles. Y junto con la miseria, la hostilidad y el desprecio de las masas, particularmente en el campo, en donde en la mayor parte de los casos los guardias civiles y sus familias son tratados por el pueblo como apestados y boicoteados de todas las formas posibles. Los riesgos a que están expuestos influyen, como no podía ser menos, en su moral. Así se producen casos numerosos de indisciplina a los superiores, de sabotaje e incumplimiento de las órdenes; de arresto de

números y hasta de jefes de puesto y de comandancia; de expulsiones del Cuerpo, individuales y hasta por grupos; de reyertas entre los guardias con disparos de arma de fuego, de suicidios frecuentes, etc.

Un gran número de elementos de los Cuerpos represivos están convencidos de que esta situación no puede perdurar y que en definitiva en el momento de peligro sus jefes escurrirán el bulto huyendo al extranjero y ellos quedarán solos para responder de los crímenes que les ordenan realizar.

Y lo que es altamente significativo es la actitud doble que toma la Iglesia en los últimos tiempos. Se sabe que la Iglesia es uno de los más sólidos pilares del régimen. Los obispos falangistas han sido y son los más celosos defensores del régimen, bendiciendo sus crímenes y latrocinios.

Pero ahora la Iglesia emprende una acción de doble faz. Mientras por un lado, el Primado y los obispos siguen defendiendo al régimen, por otro han puesto en movimiento, bajo el título de H.O.A.C. (Hermandades Obreras de Acción Católica) un embrión de sindicatos del tipo "demócrata cristiano" que se pretenden independientes del régimen y hasta inician demagógicamente algunos pinitos opositoristas. Las H.O.A.C. publican un semanario, "Tú", lleno de críticas demagógicas contra diversos aspectos parciales de la política del régimen, presentándose como defensor de la clase obrera. Las H.O.A.C. proclaman su parentesco con las organizaciones democristianas de Francia y Bélgica.

Es evidente que se trata de un intento de la Iglesia no sólo por contrarrestar la influencia comunista entre la clase obrera, reconocida abiertamente por la Iglesia, sino de echar las bases de un movimiento que, apareciendo como de "oposición" y "demócrata", pueda reclamar el derecho a actuar e incluso a jugar un papel dirigente en la vida política, en caso de una bancarrota del franquismo que, a juzgar por los hechos, la Iglesia prevé.

Otros hechos recientes, bien significativos, son el Congreso de Ingenieros Agrónomos y el de Ingenieros Civiles, cuya composición de clase no deja lugar a duda. Ambos fueron

convocados por el régimen con vistas a obtener un apoyo más activo a su política. Lo cierto es que el contenido de los acuerdos de ambos Congresos, ya analizado en nuestra prensa, es una crítica inequívoca a la política económica y agraria del franquismo, por mucha que sea la cautela puesta en expresarla.

Estos signos, visibles para todo el que no esté ciego políticamente, prueban que el aparato del Estado franquista, que el régimen, quiebra y se agrieta.

La misma prensa falangista denuncia frecuentemente a los "tránsfugas de la Falange" y se queja de que van "quedándose solos", señal clara de que las ratas más advertidas comienzan ya a abandonar el barco.

No, el Estado franquista, erizado de bayonetas, cuajado de cárceles, recargado de verdugos y policías, imponente en apariencia, no es omnipotente. Es, efectivamente, un coloso con los pies de barro. La lucha de las masas y la crisis económica que hoy lo cuartejan, *terminarán destruyendo al Estado franquista*. Los comunistas lo hemos afirmado siempre, incluso cuando eso nos hacía tomar a los ojos de los incrédulos y cobardes, las apariencias de Quijotes atacando los molinos de viento. La vida y los hechos nos dan razón. Nuestra confianza en la fuerza de las masas; en la capacidad de las masas; nuestra fe en la clase obrera y el pueblo, eran justas y razonables y los hechos lo prueban.

Y ahí reside también nuestra fuerza, la fuerza que nos ha permitido superar triunfalmente tantas pruebas, y nos llevará a la victoria.

El papel dirigente del Partido.

¿Es clara para todos nuestros camaradas y para las masas, esa situación? ¿Se aprecia como es debido, por nuestros militantes y por las masas, el desarrollo real de la lucha del Partido y del Movimiento de Resistencia, *su fuerza, sus posibilidades*? En muchos casos, no, a consecuencia de las causas anteriormente citadas: el carácter local de las acciones, y el

aislamiento, la falta de suficiente información sobre ellas. Y sin embargo, es esencial una comprensión justa de *nuestra fuerza*, del desarrollo de nuestra lucha, de la extensión y alcance del movimiento de masas. Esencial para establecer los objetivos justos y adecuados a dar al movimiento de masas; para no quedarnos atrás, ni política ni organizativamente.

Esa comprensión es necesaria para comprobar *lo que hemos sido capaces de conseguir* con un trabajo abnegado, penoso, lleno de sacrificios y riesgos y adquirir conciencia y seguridad plena de que *somos capaces de alcanzar totalmente los objetivos que nos hemos propuesto, que somos capaces de vencer.*

Sin embargo, nuestra fuerza no reside solamente en todos los factores señalados, con no ser desdeñables.

“La fuerza del bolchevismo —dice el camarada Stalin— consiste precisamente en que no teme reconocer sus errores.» (1)

Guiados por la única teoría revolucionaria justa y científica, la teoría del marxismo-leninismo-stalinismo, los comunistas; además de orientarnos certeramente, sabemos

“...tener conciencia de los defectos, cosa que en la labor revolucionaria equivale a más de la mitad de la corrección de los mismos” (2).

Pertrechados del arma poderosa de la crítica y la auto-crítica bolchevique, los comunistas descubrimos los defectos de nuestro trabajo ante las masas y los corregimos delante de ellas y con su concurso. Así forjamos y educamos más sólidamente al Partido; así elevamos la conciencia de clase del proletariado; de este modo formamos la conciencia revolucionaria y democrática de las masas.

Nuestra fuerza consiste también, por tanto, en que usando

(1) J. Stalin. Obras completas, tomo 9º. “Discurso ante el Pleno del Comité Central”, en abril de 1938.

(2) Lenin. “¿Qué hacer?”.

el arma potente de la autocrítica, somos capaces de situar nuestro Partido en condiciones de hacer frente a las tareas cada vez más elevadas que impone el desarrollo de la lucha contra la guerra y el franquismo.

Esto tiene importancia capital, dado que el Partido Comunista es el alma, el dirigente de esta lucha. El mejoramiento de la labor del Partido, el fortalecimiento de su organización, la corrección de los defectos e insuficiencias que aún existen en nuestro trabajo, es una aportación decisiva a la causa de la liberación de nuestro pueblo.

El fortalecimiento y desarrollo de la organización del Partido es el medio para llevar nuestra política a la clase obrera y a las masas antifranquistas, para unir y movilizar a éstas en acciones mucho más elevadas y decisivas que las que se desarrollan actualmente, y estas acciones son imprescindibles para reconquistar la paz, la democracia y la independencia para España.

La experiencia nos enseña que allá donde hay una organización de Partido que funciona bien, las masas van a la acción y secundan nuestras directivas. En el fondo cuando manifiestan su deseo de ver realizada la unidad, las masas expresan también su aspiración a tener una dirección. Donde existe esa dirección, es decir, donde actúa el Partido, la unidad se realiza, los obreros pasan por encima de las prédicas capituladoras y se unen para la acción. Por eso lo capital, lo decisivo en esta situación, es el funcionamiento del Partido, el fortalecimiento político y orgánico de nuestras organizaciones. Cuando decimos que el Partido es la única fuerza capaz de unir a la clase obrera y al pueblo expresamos una gran verdad, confirmada por toda nuestra experiencia.

El desarrollo que va adquiriendo el movimiento de masas no es resultado del azar; no se produce espontáneamente. Es el resultado del trabajo organizado de los comunistas en lucha contra cuanto representa el franquismo y a despecho de la política traidora de los dirigentes socialistas de derecha y anarquistas. Es el fruto de la penetración de nuestra línea política entre las amplias masas.

Esta penetración es reconocida incluso por nuestros enemigos y adversarios. Uno de los testimonios más explícitos de tal reconocimiento es la carta pastoral del obispo de Tarragona, que declarándose sin ambages franquista convencido, acepta que "el comunismo... para una gran masa social, ilusionada por una propaganda hábil y obstinada, es la panacea universal de todos los males que hoy padece el mundo". Refiriéndose a la que el régimen llama desvergonzadamente su "obra social", añade: "...respondemos que a pesar de todo eso los obreros, siguen igual en su inmensa mayoría. No quieren saber nada de religión, desprecian al sacerdote, odian al patrono, desconocen la doctrina social de la Iglesia y no valoran... los beneficios que una legislación social inspirada en sus principios les proporciona. Creer otra cosa es engañarse lamentablemente". "Pues bien, mientras los obreros tengan esta mentalidad... no creerán más que en el Comunismo ni se contentarán con nada que no sea la dictadura del proletariado."

Ahora bien, la amplitud de nuestra influencia, el hecho de que se produzcan múltiples acciones de masas, la necesidad de que nuestro pueblo tenga cada vez una participación más activa en la lucha contra la guerra y el franquismo, de forjar la unidad combativa de las más amplias masas, nos plantea problemas y deberes muy elevados.

En primer lugar nos plantea el problema de elevar la calidad de nuestras organizaciones, de su trabajo; el problema de poner la organización a la altura de la misión política revolucionaria dirigente del Partido.

Si no alcanzamos estos resultados corremos el peligro de quedar rezagados en relación con el desarrollo mismo de las acciones de las masas; de dejar el curso de este desarrollo a la espontaneidad.

Nuestro artículo "Hay que aprender a luchar mejor contra la provocación" estaba concebido precisamente con el fin de armar, de preparar a nuestras organizaciones para vencer las asechanzas del enemigo y garantizar la continuidad de su trabajo.

Si es justo y necesario armar al Partido con experiencias para luchar contra la provocación, lo es también armarle con el examen de las experiencias positivas y negativas de nuestro trabajo político y de organización. A eso tiende el artículo presente después de mostrar en líneas generales cuál es nuestra fuerza, la base sobre que nos asentamos hoy.

Ciertamente que las condiciones de clandestinidad en que nuestras organizaciones se desarrollan, determinan que en la crítica generalicemos sin aludir concretamente a ninguna organización ni camarada. Y uno de nuestros objetivos mayores es precisamente conseguir que nuestros camaradas responsables intervengan ante los órganos dirigentes del Partido sobre estas cuestiones, den su propia aportación, sus propias iniciativas, para enriquecer el fondo de la experiencia general del Partido. Se acostumbren a ver no sólo lo que tienen entre las manos, como un artesano contempla sus magras riquezas, sino las dimensiones más amplias de los objetivos de nuestro Partido y del movimiento revolucionario de las masas; las distancias que median entre lo que poseemos y lo que necesitamos poseer para asegurar una dirección eficaz a la lucha antifranquista; y se dediquen firmemente a colmar esas distancias, a encontrar las medidas y las decisiones que pueden elevar la organización del Partido a la altura de su misión.

Nosotros podemos y debemos abordar estas cuestiones públicamente porque nuestro Partido no es una secta misteriosa; pretendemos educar en nuestros principios y nuestros métodos de lucha no a un pequeño grupo de "iniciados" sino a millares de luchadores revolucionarios. En eso reside la base para alcanzar el triunfo. Y una tal educación no puede hacerse más que mostrando sin temor nuestras insuficiencias. Tal método es inconcebible en los partidos y organizaciones burguesas social-demócratas y anarquistas, por muy "revolucionarios" y "avanzados" que se llamen. Porque en la realidad no son revolucionarios y empiezan por no poder decir clara y sinceramente a las masas los objetivos que de verdad se proponen. Si en un rasgo, impo-

sible, de sinceridad se mostraran ante las masas como lo que son, grupos contrarrevolucionarios encargados de apuntalar al régimen de los grandes financieros y terratenientes en decadencia, de preparar España como una base de guerra de los imperialistas, con el fin de impedir el desarrollo de los ideales de liberación de la Humanidad, todo el mundo les volvería la cara con asco.

Sólo un Partido revolucionario como el nuestro que se propone transformar la sociedad y no en un futuro inasequible, sino cuanto antes mejor, puede dirigirse directamente a las masas con cuyo concurso necesita contar para realizar esa transformación, y hablar ante ellas un lenguaje claro y sincero, buscando su apoyo para superar sus insuficiencias y sus fallas.

Estas insuficiencias se producen en el trabajo político de nuestras organizaciones y en el organizativo. A las más fundamentales, de uno y otro, nos referimos a continuación.

Cómo elevar el trabajo del Partido y el movimiento de unidad y de lucha de las masas.

El Partido coloca en el centro de su actividad política la lucha por la unidad. La unidad es el arma que puede cambiar la relación de fuerzas, a favor del pueblo. Mientras la clase obrera, los campesinos, la pequeña y media burguesía, todos los demócratas y patriotas, no presenten un frente unido contra el franquismo y la guerra, el régimen de los grandes financieros y terratenientes, con su aparato terrorista y el apoyo de los imperialistas y sus lacayos, se mantendrá, a pesar de su podredumbre y descomposición, en el Poder.

La unidad no es una simple suma, sino una multiplicación de las fuerzas del pueblo. La unidad agrupa y concentra los esfuerzos de los antifranquistas activos, y lo que no es menos importante, transforma en activos a millones de antifranquistas pasivos.

La unidad del pueblo es también una resta de las fuerzas del enemigo, parte de las cuales queda neutralizada y fuera de combate, antes de la batalla decisiva.

No es casual, pues, que los comunistas luchemos con tanta tenacidad y perseverancia por la unidad, hasta merecer el título del Partido de la unidad, y que los agentes del enemigo, los dirigentes socialistas de derecha y anarquistas y todos los capituladores dentro del campo republicano, luchen con tanta furia contra la unidad.

Nuestro Partido, bajo la dirección de la camarada Dolores Ibarruri, ha mantenido enhiesta contra viento y marea la bandera de la unidad; ha realizado una considerable labor de agitación en pro de la creación de un Frente Nacional Republicano y Democrático.

Nuestro Partido se ha esforzado y esfuerza por unir al pueblo y a todos los patriotas en la lucha contra la amenaza de guerra y contra la más monstruosa y criminal amenaza cernida sobre la humanidad: la bomba atómica.

Hemos machacado y machacamos constantemente sobre la consigna de la creación de Consejos de la Resistencia.

Los resultados de nuestra campaña de unidad no son tan rápidos y amplios como desearíamos; pero a pesar de la traición de los Prieto, Trifón, Luque y Compañía, hay resultados importantes y no sólo en la emigración con el movimiento pro paz, sino donde son más importantes y decisivos, en España.

Como hemos señalado anteriormente, las acciones de masas que se producen en el interior son acciones de unidad, en las que los obreros y trabajadores socialistas, cenetistas, católicos y sin partido, se movilizan conjuntamente con los comunistas, y aceptan las orientaciones y los consejos de nuestros camaradas.

¿Dónde se realiza la unidad? Allí donde nuestras organizaciones de Partido existen y son activas, allí donde saben recoger las aspiraciones de las masas y plantearlas oportunamente, interesando a todos con una propaganda adecuada y aconsejando acertadamente sobre los métodos de lucha para lograrlas.

De aquí se desprende que el elemento decisivo para rea-

lizar la unidad de las masas es la existencia de la actividad de la organización del Partido, su agilidad para captar y recoger los sentimientos y las aspiraciones de las masas, su flexibilidad para escoger los métodos de lucha más adecuados.

Que la unidad no es posible donde no actúa la vanguardia organizada del pueblo, el Partido Comunista; o donde nuestras organizaciones permanecen yertas, en una actitud de espera y pasividad.

Tampoco se desarrolla la unidad allá donde hay grupos del Partido sectarios, que no se ligan a las masas y no saben captar y plantear las necesidades de éstas.

De ahí se desprende también que la unidad sólo es posible en un ambiente de acción y de lucha; que la unidad no surge donde impera la pasividad, la quietud, el estancamiento.

Nuestra experiencia nos enseña también que es más fácil unir a las masas en un momento dado para una acción concreta, que desarrollar y mantener después esa unidad, transformándola en algo estable y permanente. Por eso no existe aún en España una red de millares de Consejos de la Resistencia en fábricas, empresas, barriadas y pueblos, a pesar de haberse producido millares de acciones unidas.

Sin embargo es claro que nuestro interés, el interés de la lucha antifranquista, consiste en dar permanencia, continuidad a los resultados de la unidad; en conseguir un movimiento de unidad estable; en materializar en algo sólido los resultados parciales que conseguimos.

Y para esto no basta con que el Partido actúe en un lugar dado. Para esto es necesario elevar el nivel político del trabajo del Partido en ese lugar.

Son muchos los ejemplos que poseemos hoy de fábricas donde la organización del Partido consigue en un momento dado unir a los trabajadores para desarrollar la lucha por una reivindicación concreta.

Pero esa unidad se mantiene organizadamente, sigue fun-

cionando después de obtenida parcial o completamente la reivindicación donde la organización del Partido es capaz de plantearse y plantear ante las masas objetivos políticos más elevados; de más perspectiva.

Donde la organización del Partido sabe tomar pie de los objetivos alcanzados y plantear otros que están ligados con las condiciones de vida de las masas y a la vez, que enfocan los tiros de éstas más directamente contra el régimen político y social imperante.

Hay cuestiones que interesan vivamente a la clase obrera y a las masas y que son más amplias y generales, más políticas, de más alcance, que las reivindicaciones particulares de una fábrica o una empresa.

Tenemos por ejemplo el problema de la carestía de la vida. Es claro, incluso para muchas gentes políticamente no desarrolladas, que la carestía de la vida, ligada a la política económica del régimen y al estraperlo en gran escala realizado y fomentado por los jerarcas falangistas, no puede combatirse eficazmente con pequeños aumentos de salario. La lucha contra la miseria y el hambre hay que extenderla y ampliarla mucho más, lo que por otra parte, nos ayudará a darla un carácter más político, a mostrar con más fuerza la responsabilidad criminal del régimen en esta situación.

El pueblo no recibe aceite, ni patatas, ni pan, ni leguminosas más que en cantidad risible. Tiene que buscar todos esos productos de estraperlo. ¿Quiénes organizan el estraperlo? Los organismos burocráticos del Estado franquista, que los jerarcas mayores y menores utilizan para apoderarse de los productos y desviarlos hacia el mercado negro, acumulando así sobre la miseria y el hambre del pueblo, ganancias fabulosas.

Una acción contra esos organismos, basada en una campaña enérgica de denuncias políticas, mostrando sus latrocinios, permitiría movilizar contra ellos políticamente miles y miles de obreros, empleados, comerciantes modestos.

Denunciando abusos y escándalos concretos una tal campaña permitiría movilizar no a un grupo de obreros contra

tal o cual empresa, sino a las grandes masas populares contra un organismo del Gobierno y en definitiva contra el Gobierno franquista mismo, contra Falange, mostrándoles como los hambreadores del pueblo.

En una fábrica en donde hay 500, 1.000, 2.000 obreros, si la organización del Partido, después de que los obreros, tras conseguir un pequeño aumento y convencerse de que no resuelve el problema de alimentar a su familia, empieza a hacer una campaña mostrando por qué no hay pan, ni aceite, ni patatas a precios asequibles, denuncia el estraperlo de las instituciones del Estado falangista, la corrupción, y la inmoralidad de los jerarcas, puede suscitar la unidad de los obreros para reclamar la desaparición de tal o cual organismo de "intervención" falangista, la rebaja de los precios de los artículos de primera necesidad en una proporción determinada, etc., etc. Esas cuestiones los obreros unidos pueden empezar por plantearlas ante el Sindicato Vertical; presionar sobre éste; será un medio más para mostrar a las masas el papel verdadero de los llamados Sindicatos Verticales y de mostrarlas prácticamente, por su propia experiencia, la necesidad de movilizarse políticamente frente a las instituciones del Estado franquista para obtener satisfacción a sus necesidades más vitales.

Para desenmascarar ante las masas el carácter de clase, fascista, del régimen, su política de preparación a la guerra, de entrega incondicional a los imperialistas anglosajones, habría que ligar con dichas acciones la denuncia de la política de exportaciones del franquismo.

Mientras las masas populares carecen de aceite, de patatas, tomates, cebollas, naranjas, vino, etc., de los puertos españoles y por las fronteras, salen barcos o trenes cargados de esos productos hacia Norteamérica, Inglaterra, Alemania y otros países.

Las organizaciones del Partido deben esforzarse por estar informadas, y cuando en tal barco salen X toneladas de este o el otro producto, denunciarlo ante las masas; acumular indignación contra un régimen que quita al pueblo

lo más elemental para que los jerarcas especulen con los dólares y las libras que reciben a cambio de ello.

Es decir, aprovechar por medio de denuncias políticas, de una manera más amplia que hoy, todos los actos monstruosos del régimen en relación con el abastecimiento, para desarrollar en las fábricas un movimiento de lucha unido contra la carestía de la vida y contra el régimen que la engendra.

En cuanto en varias fábricas comenzara a realizarse una acción de este género, teniendo en cuenta las condiciones de vida de las masas, el ejemplo se correría como la pólvora a las otras e incluso a otros grupos de la población.

¿Cuáles serían las ventajas de una tal actividad?

En primer lugar la lucha no sería una lucha aislada entre los obreros y los patronos de una fábrica, sobre una diferencia que se refiere particularmente a esa fábrica; sería una lucha contra la política del régimen en una cuestión tan sensible como la del abastecimiento, lucha que interesaría *a todos los obreros* por igual, y a otras capas no proletarias de la población.

Este sería el terreno para romper el aislamiento de las actuales acciones de fábrica por reivindicaciones particulares, para preparar las condiciones de una acción general prolongada de los obreros de todas las fábricas y empresas y de millares de ciudadanos tan interesados como los obreros por esas reivindicaciones.

Este sería el terreno para sacar el movimiento de masas del círculo limitado de las pequeñas reivindicaciones económicas, de los peligros de las desviaciones economistas, y elevarlo a un plano político más general contra el régimen político y social franquista.

Sobre esta base no sólo encontraríamos los elementos para consolidar y estabilizar la unidad en cada fábrica y lugar de trabajo, sino para ampliarla y desarrollarla en un radio mucho más amplio.

Y las mismas masas adquirirían la experiencia de que

las luchas aisladas por reivindicaciones económicas deben ser elevadas de plano, ampliadas a objetivos comunes a grandes sectores de la población trabajadora, para que los resultados de su acción correspondan a sus necesidades.

La preocupación de la organización del Partido debe ser, *en cada lugar, ir elevando el nivel político de las acciones de masas; plantear, en cada lugar, los objetivos que son comunes a la mayoría de la población y que pueden conducir a ésta a sostener activamente, y a participar, en la acción de la clase obrera.*

Esto no significa incurrir en errores izquierdistas; no significa dar consignas que nos distancien peligrosamente de la clase obrera y de las masas, que aislen al Partido en la acción.

Se trata precisamente de tomar en nuestras manos con agilidad las cuestiones que preocupan a todo el pueblo angustiosamente, hasta el punto que la misma prensa falangista y católica se ve obligada a ocuparse de ellas y a veces a verter torrentes de demagogia, que si obramos hábilmente, pueden y deben volverse contra el régimen mismo.

La cuestión de la carestía de la vida y del abastecimiento, es una de las más agudas, de aquéllas en que más directamente aparece la responsabilidad del régimen franquista, y que pueden permitirnos ir elevandó y generalizando más la lucha política de masas contra el régimen.

Pero además de éste, hay otros problemas angustiosos, como el de la vivienda en los grandes centros urbanos. Decenas y centenares de miles de personas viven hacinadas en habitaciones insalubres, o peor aún, como bestias en los múltiples barrios de chabolas y covachas que han surgido estos años en las ciudades, donde sin higiene ni ventilación, se aglomeran hombres y mujeres, jóvenes y viejos.

Mientras tanto numerosos pisos de lujo están vacíos, se construyen cuarteles para las fuerzas represivas, fortificaciones; se amplían puertos y se montan enormes aeródromos. Todo ello con vistas a la preparación de la guerra y con un derroche de cemento que daría para hacer desa-

hogadamente todas las casas baratas necesarias para resolver ese problema.

Las autoridades franquistas hacen gran escándalo verbal contra las chabolas, pero no dan un paso para resolver el problema de la vivienda. He ahí otra gran cuestión que permitiría movilizar a grandes masas directamente contra el régimen, si las organizaciones del Partido la toman en sus manos con energía.

Como éstos, hay otros problemas muy agudos y generales en todos los centros urbanos, el del paro, por ejemplo, que lastiman en primer lugar a la clase obrera y las masas trabajadoras. Hay que saber captarlos y plantearlos *en cada lugar*, y por medio de denuncias políticas sobre hechos concretos conocidos y comprobados por las masas, y partiendo *de cada lugar*, extender y generalizar la movilización y la lucha.

Es evidente que debemos tender a desarrollar una actividad semejante en el campo. Una campaña bien organizada en una región, para conseguir, pongamos por caso, la negativa de los campesinos a pagar las contribuciones, popularizando en toda la región los mejores ejemplos de pueblos y aldeas donde la resistencia a pagar es más firme, manteniendo informadas a las masas del curso de su propia lucha con hojas y manifiestos, puede dar lugar a una acción política de masas de gran envergadura.

Promover campañas semejantes, sobre otras cuestiones, esforzándonos por generalizar en toda la región casos que se producen, como el de Enguera en Levante; como el de Rodeiro en Galicia, etc.

Debe ser claro para nuestras organizaciones que la unidad del pueblo contra el franquismo no puede conseguirse *en seco*, es decir, por la propaganda de la unidad solamente, por muy justa que sea esa propaganda, por muy evidente que sea la necesidad de la unidad.

La unidad crece y se desarrolla en la acción y a su vez, desarrolla, impulsa, multiplica la fuerza de la acción de masas.

Los que dicen que es imposible toda acción porque no hay unidad, renuncian al mismo tiempo, quiéranlo o no, a ambas.

La unidad y la acción son dos cosas ligadas, interdependientes, que influyen la una sobre la otra y se desarrollan juntas.

Pero para ello es necesario no encerrarse en el marco estrecho del "economismo"; es necesario que nuestras organizaciones capten y planteen en cada lugar *particularmente* los problemas que tienen un carácter general, que son susceptibles de movilizar a las grandes masas y de llevarlas a la lucha unida contra el régimen.

Eso exige elevar el nivel del trabajo político de nuestras organizaciones, conseguir que se pongan en condiciones de jugar su papel dirigente revolucionario, no contentarse con las acciones puramente sindicales, que pueden ser un buen comienzo, pero que convertidas en nuestra única o dominante preocupación rebajarían el papel del Partido al de un Sindicato.

Hay que aprovechar la riqueza enorme de cuestiones que abruma a las más amplias masas bajo el franquismo, para denunciar y desenmascarar la naturaleza odiosa, de clase, fascista y guerrerista del franquismo y levantar contra él hasta las mismas piedras.

En esta dirección debemos bombardear al régimen con todo género de denuncias políticas en nuestra prensa y en nuestras hojas y octavillas. Debemos esforzarnos en abordar todos los problemas políticos no de una manera general y abstracta, sino de modo que tomando pie en hechos determinados que hieren en sus intereses más vitales a uno u a otro sector de la población, saquemos las conclusiones políticas fundamentales, haciéndolas así más asequibles a la comprensión popular.

Tales denuncias políticas hemos de hacerlas no sólo sobre las cuestiones que afectan a la clase obrera y a los campesinos; no hay que olvidar a las otras capas de la población lesionadas también por el régimen franquista y su

política: los pequeños y medios industriales y comerciantes; los funcionarios y empleados, los intelectuales, los estudiantes, etc.

El desenmascaramiento constante del terror franquista; la denuncia de los crímenes, las torturas y los malos tratos, de las condiciones de miseria y hambre, insalubridad y abandono en que yacen en las prisiones los mejores hijos del pueblo, debe ser un motivo constante de agitación contra los verdugos falangistas y la llama sagrada que alimente y haga crecer la solidaridad con los presos.

Sobre la base de promover las más amplias acciones políticas de masas, conseguiremos que hagan carne en éstas nuestras consignas sobre la unidad; conseguiremos crear una red de Consejos de Resistencia en el país; cambiaremos la relación de fuerzas a nuestro favor y contra el régimen, aceleraremos la descomposición y el derrumbamiento de éste.

Una de las formas más eficaces de dar conciencia de su fuerza a las masas, es romper el aislamiento en que se desarrollan las múltiples acciones de lucha a que hemos aludido antes.

El régimen franquista y su prensa están interesados en que se mantenga en torno a las acciones de masas lo que nuestra camarada Dolores Ibarruri llamó con frase gráfica "la conspiración del silencio".

Para romper el aislamiento y el silencio interesado del enemigo, nuestra prensa y nuestra propaganda tienen que esforzarse por reflejar esas acciones, por popularizarlas, a fin de que las masas las conozcan, las utilicen como ejemplos y de que cada grupo de obreros o campesinos que realiza una acción adquiera la sensación de ser el destacamento de todo un Ejército que está en movimiento y se sienta sostenido y alentado por las múltiples acciones similares que acompañan en diversos lugares a la suya.

Debemos esforzarnos por organizar una extensa red de corresponsales de "Mundo Obrero", "Treball" y Radio Pirenaica, que nos mantengan informados de todas las acciones

de masas y de todas las cuestiones que preocupan e interesan a las masas.

Sólo elevando el nivel del trabajo político de nuestras organizaciones; elevando el movimiento de masas, conseguiremos hacer comprender a éstas, con ayuda de su propia experiencia, las nuevas características que en esta etapa debe tener el movimiento de Frente Nacional Republicano y Democrático.

No podemos olvidar que, sobre los problemas de la unidad, hay que hacer una verdadera reeducación política, de una parte de la clase obrera y del pueblo; incluso de una parte de nuestros militantes. Vemos esta necesidad en nuestro trabajo diario.

La clase obrera y el pueblo español tienen grandes experiencias del valor de la unidad, pero, ¿qué formas ha revestido generalmente esa unidad?

Tenemos la experiencia más amplia, la del Frente Popular y la de la unidad de acción sindical y política durante nuestra guerra.

La unidad estaba organizada principalmente por arriba. Existían los Comités Nacional, Provinciales y en algunos casos Locales del Frente Popular. Los Comités de Enlace de los Partidos obreros en la misma escala. Existían las relaciones de unidad organizadas de dirección a dirección.

Pero entre las masas, en general, no existían tales órganos de unidad, con vida propia, elegidos y sostenidos por ellas, que hubieran dado una base indestructible al Frente Popular y a la unidad obrera.

La clase obrera y las masas populares en España se acostumbraron a ver la unidad como un acuerdo entre los Partidos y concretamente, entre sus organismos dirigentes, que al acordarla, reflejaban evidentemente el sentir de las masas.

Como se ha puesto de manifiesto que tal forma de unidad hoy no es posible, no pocos antifranquistas, bajo la influencia de las formas que tuvo anteriormente el Frente Popular, se han dejado ganar por el pesimismo y han llegado a la conclusión de que lo imposible es la unidad en general.

Ciertos trabajadores socialistas y cenetistas, ciertos anti-franquistas se cerraban y aún se cierran la perspectiva con este argumento: "Si las direcciones no se ponen de acuerdo ¿qué podemos hacer nosotros? ¿Cómo podemos unirnos?"

No podemos desconocer que para millares de trabajadores y de demócratas sinceros, el hecho de que hombres y grupos en los que antes habían colocado su confianza fallen y traicionen más abiertamente que lo han hecho nunca, es una causa de desmoralización. Que el hecho de que las formas políticas que ellos han conocido y en las que se han formado no puedan repetirse, les desconcierta.

Muchos piensan, de forma un poco simplista, en lo que se facilitarían todas las tareas de lucha de la Resistencia si fuera posible reconstruir la unidad en la forma que existía durante la guerra, y al ver que esto no es posible se desesperan y desilusionan.

Para modificar este estado de ánimo perjudicial nuestra propaganda tiene que denunciar tenazmente —y en general lo hacemos— la traición de los dirigentes socialistas de derecha y anarquistas; el espíritu de deserción que reina en los dirigentes nacionalistas burgueses y en muchos republicanos.

Pero eso no basta. Como no basta repetir nuestras consignas de unidad y generalizar sobre ellas.

Tenemos que mostrarles, con el ejemplo y con la acción, que la unidad es posible con formas nuevas, nacidas de abajo, de la propia entraña de las masas; formas que un día serán mucho más fuertes que lo fueron las del Frente Popular durante nuestra guerra.

Y completar la experiencia que ellas mismas adquieran en la acción, acertando en nuestra propaganda —y ésta es una de las tareas más difíciles a que debemos aplicarnos: los dirigentes, los propagandistas, los periodistas y escritores del Partido— con los argumentos más convincentes, populares y asequibles a las masas, para convencerlas de que la fuerza, la capacidad de decidir el rumbo político del país está y estuvo siempre no en don Fulano, ni en don Men-

gano, en el "líder" tal o cual, orador y parlamentario de campanillas, sino en las masas mismas, ayudadas y aconsejadas por el Partido dirigente de la clase obrera, por el Partido Comunista.

Tenemos que hacerlas comprender que sólo liberándose de la influencia de los dirigentes traidores socialistas de derecha y anarquistas y demás capituladores, podrán mostrar las masas todo su poder y energía.

Que la fuerza está en las masas de la clase obrera y los campesinos, del pueblo entero; en los trabajadores socialistas, cenetistas, republicanos, católicos, sin partido, unidos fraternalmente a sus hermanos comunistas. La fuerza está en la unión de esos trabajadores con los trabajadores comunistas para la acción y la lucha. La fuerza está en la existencia de un Partido Comunista fuerte, fiel a los ideales revolucionarios del marxismo-leninismo-stalinismo, capaz de unir y dirigir en la lucha al pueblo, dirigido por su jefe clarividente, carne y sangre del pueblo mismo, la gran "Pasionaria".

Tenemos que acertar a hacer comprender a los trabajadores honestos, que aún están desconcertados por las razones señaladas, que en la acción y en la lucha unida ellos mismos tienen que dar a luz decenas y centenares de organizadores y dirigentes, fieles y abnegados, dispuestos a servir firme y consecuentemente la causa del pueblo.

En las condiciones presentes la unidad sólo puede hacerse de abajo a arriba, empezando desde las fábricas, los talleres, las empresas, las calles y los campos. Que sobre esa sólida base se desarrollarán los órganos superiores. Y que esta unidad con formas nuevas, surgida de la entraña misma de las masas, será mucho más fuerte y combativa que otras formas anteriores. Además es la única forma de unidad posible en las circunstancias actuales. Lo que no significa de ninguna manera que renunciemos a la unidad con otros partidos democráticos sobre la base de la defensa de los intereses vitales del pueblo, por la paz y la República.

Tenemos que convencer a estos trabajadores, a quienes el deber y la lucha obliga a enfrentarse con los que fueron sus dirigentes, a saltar por encima de las direcciones oficiales de sus Partidos que les han traicionado, de que al forjar el movimiento de unidad contra la guerra y el régimen franquista, son fieles a su pasado de lucha, defienden sus intereses y los de su clase, su vida y la de sus seres queridos, y que están en el camino seguro del triunfo.

Denunciad cada uno de los actos de guerra del régimen y sus amos yanquis.

En su declaración sobre las resoluciones de la última Conferencia del Buró de Información de los Partidos Comunistas y Obreros, refiriéndose a *la lucha por la paz*, el Buró Político del Partido Comunista de España proclama:

“No hay tarea más importante que ésta, en el momento actual, para el pueblo español. A ella deben estar subordinadas todas las demás.”

Nuestras organizaciones en cada lugar donde actúen tienen que tomar esta cuestión en sus manos con la mayor energía.

No podemos olvidar que aunque hemos hecho progresos en la tarea de mostrar al pueblo los peligros de guerra, los peligros de las armas atómicas, estamos muy lejos de haber conseguido todo lo que es necesario.

Tenemos que mostrar el peligro vivo, real; tenemos que probar a las masas que Franco y su régimen, bajo las órdenes de los imperialistas, preparan febrilmente la guerra.

Si no sabemos iluminar y poner de relieve con cruda luz los hechos que nos llevan día tras día hacia esa sima, corremos el peligro de que un pueblo que tiene la tragedia diaria del hambre y la miseria más atroces, en medio de una atmósfera de represión y terror, no capte en todo su rigor ese peligro, o se deje influir por erróneas concepciones catastróficas.

Hay mil hechos diarios cuya importancia pasa desapercibida y que la prensa del régimen relata de manera gris, para disimular su importancia, que prueba los preparativos de guerra del régimen.

Captar esos hechos, transformarlos en denuncias políticas en nuestra prensa y nuestra propaganda, presentadas con todas la fuerza y toda la claridad merecida, he ahí la cuestión.

Por ejemplo, las visitas constantes de jefes militares norteamericanos, los recorridos que hacen por las zonas estratégicas de nuestro país por aeródromos y puertos; las entrevistas y reuniones que celebran con los altos mandos franquistas; las visitas de la escuadra americana a nuestros puertos; la concesión de zonas francas en éstos; las visitas de barcos y de militares franquistas a los Estados Unidos o al Estado Mayor americano de la Alemania occidental; los acuerdos del Consejo de Ministros destinando los millones a decenas para ampliar puertos y aeródromos; las declaraciones belicistas monstruosas de los jefes; la instalación de ciertas fábricas de montaje en nuestro territorio, con capital americano, en apariencia inofensivas, en el fondo hechas con vistas a la guerra; casos como el de Sevilla, donde mientras, faltas de energía eléctrica, paran casi todas las industrias, sigue trabajando la fábrica de montaje de aviones de Tablada; las visitas de financieros y políticos guerreristas de Estados Unidos y sus declaraciones cínicas sobre la utilidad de España como base estratégica y de los españoles como carne de cañón, etc., etc. Una multitud de hechos que la prensa fascista presenta rutinariamente, como si careciesen de importancia, y que tomados uno por uno, presentados y denunciados con toda su verdadera significación, mostrarían a las masas cuán acelerados y febriles son los preparativos de guerra y cuán inmediato y real el peligro de ésta y de la bomba atómica.

El sistema de hacer enérgicas denuncias políticas sobre hechos concretos, presentándolos con su verdadera significación y sus consecuencias, y ligándolos, porque lo están en realidad, con la multitud de problemas inmediatos que agobian a las masas, con la lucha por sus reivindicaciones de todo género, es fundamental para alertar al pueblo y para movilizarlo en la acción.

Por su naturaleza, la lucha contra la bomba atómica y por

la paz es un deber de todo hombre y mujer que, independientemente de sus ideas o creencias, no estén privados de los más elementales sentimientos humanos.

Esa lucha no es, por tanto, una tarea privada de los comunistas, y nuestro deber es esforzarnos por que participen en ella el máximo de gentes y por que salga de los marcos de la clandestinidad para convertirse en un clamor público, abierto, irreprimible.

Hay que llevar el clamor contra la bomba atómica y la guerra incluso a todas las organizaciones e instituciones legales en las que haya, aunque no sea más que un solo hombre, que, cualquiera que sea su ofuscación política, no esté totalmente pervertido por el canibalismo y la degeneración fascista.

En este orden tenemos que dar pruebas de gran audacia política, de gran iniciativa. Es posible crear un estado de ánimo público tan imponente que frene y termine por hacer fracasar los preparativos de guerra que cumpliendo órdenes yanquis, llevan a cabo los lacayos franquistas.

Nuestro Partido tiene que comprender que el terreno sobre el que se libra la batalla principal entre las fuerzas de la democracia y el progreso y las fuerzas de la reacción y el imperialismo en este período, es el terreno de la paz o la guerra. No es que las otras cuestiones: la miseria, el hambre, el terror, la opresión hayan perdido su significación, no. Siguen teniéndola y deben ser esgrimidas permanentemente, en defensa del pueblo, para acosar a un régimen infame que se sostiene por el crimen y destruye día tras día las energías vitales del pueblo, su cultura, la independencia y la libertad de la nación.

Lo que sucede es que el desarrollo de los acontecimientos en la arena mundial y nacional agrupa a todos esos elementos en un solo haz, los concentra en una gran y decisiva cuestión: la paz o la guerra.

Los comunistas debemos comprender claramente que la lucha contra el franquismo es en el fondo, y aparecerá con

esas características cada día más nítidamente, la lucha entre los que quieren la guerra y buscan en ella la salvación de sus privilegios infames, a costa de que perezcan atomizados millones de españoles, y los que desean la paz, que está íntimamente unida al progreso y al desarrollo de las fuerzas de la democracia.

Si Franco fué siempre sinónimo de guerra, hoy lo es aún más, estando como está en las manos de los provocadores imperialistas anglosajones.

Por eso el Movimiento de la Resistencia antifranquista tiene que ser cada vez más el Movimiento de la Resistencia a la guerra, a la opresión fascista, a la miseria.

El hecho de que la resistencia antifranquista tome cada día más este carácter, sea obligadamente, por la fuerza de los acontecimientos, el movimiento por la paz, crea las posibilidades para desarrollar su carácter amplio, para comprender en ella núcleos cada vez más numerosos de la nación.

A la vez explica también los cambios en las formas y en el carácter del movimiento de unidad en la etapa presente, cambios que, como señalamos, todavía no han sido asimilados por muchos antifascistas.

Gentes que aparecían formando en el campo antifranquista ayer, se confunden cada vez más con Franco, en lo esencial: en la defensa y en la participación en la política de guerra del imperialismo —que es en la práctica la política del sostenimiento y la prolongación del régimen fascista—. Tal es el caso de Prieto, Trifón, Luque, Pradas y Compañía, es decir, de los dirigentes socialistas de derecha y anarquistas.

Y por el contrario, a medida que el Movimiento de Resistencia aparezca más identificado con la causa de la paz, veremos sumarse a él gentes hasta ahora inactivas, indiferentes e incluso influenciadas hasta aquí por las prédicas “anticomunistas”.

La bancarrota ideológica del anarquismo a la luz de las experiencias de la guerra civil y de liberación nacional del pueblo español.

La ideología anarquista fué puesta a prueba en el fuego de la guerra civil y de liberación nacional del pueblo español cual no la había sido nunca desde la existencia del anarquismo como corriente política en el movimiento obrero español. Analizando la conducta de los cabecillas anarquistas españoles a la luz del proceso de desarrollo de la guerra de nuestro pueblo, se confirma rotundamente que el anarquismo es una ideología contrarrevolucionaria, que por su contenido constituye una expresión de la ideología burguesa en el seno de la clase obrera.

El examen de la actividad del anarquismo español durante la guerra civil y de liberación del pueblo español, merece un análisis profundo, porque a través de este análisis se logrará abrir los ojos a millares de trabajadores de la C.N.T. y a millares de otros trabajadores españoles, a fin de que comprendan amplia y profundamente que el anarquismo, como ideología, no tiene nada de común con los intereses y las posiciones revolucionarias de la clase obrera en su lucha para liberarse de la explotación capitalista y terrateniente y por el triunfo del socialismo en nuestro país.

En el presente artículo no pretendemos examinar en su conjunto la bancarrota ideológica del anarquismo durante

la guerra civil y de liberación nacional del pueblo español. Es una tarea de magnitud que no podemos abordar en un solo artículo. Pero sí pretendemos comenzar el examen de algunas de las cuestiones fundamentales en las cuales el anarquismo, como ideología, se mostró al desnudo en toda su incapacidad para hacer frente a problemas vitales de la clase obrera y del pueblo y a través de la cual se demostró que los cabecillas anarquistas han contribuido prácticamente a la instauración de la dictadura terrorista de los grandes capitalistas y terratenientes en España.

El anarquismo ante el surgimiento del fascismo en España

¿Es que el anarquismo tenía una línea política clara y revolucionaria de lucha contra el fascismo? No. Ya en agosto de 1932, al producirse el golpe militar del general Sansurjo, el Comité Regional del Centro de la C.N.T., en un llamamiento a los obreros, decía:

“Trabajadores: Permaneced alejados de esas luchas de ambiciones políticas y no prestarse a hacer el caldo gordo a ninguna de las partes en lucha, ya que para los trabajadores son igualmente represivas.”

Esta posición política de los cabecillas anarquistas, en momentos en que las libertades democráticas del pueblo estaban seriamente amenazadas por la reacción fascista envalentonada, no obedecía a una casualidad. Poco más tarde, los cabecillas anarquistas hacían esfuerzos para conseguir la liberación de Sanjurjo. Por ejemplo, en el número de “C.N.T.” del 11 de julio de 1933, pedían la amnistía de Sanjurjo y de todos los enemigos del pueblo encarcelados con motivo de la sublevación del 10 de agosto, diciendo:

“La amnistía que reclamamos no puede excluir a nadie.” “¡A la calle con monárquicos, espadones y frailes guerrilleros!”

Así tenemos a los “revolucionarios” come-mundos erigidos en defensores de los más encarnizados enemigos de la clase obrera y de la democracia acaudillados por el fascista San-

jurjo. En la posición fijada en "Solidaridad Obrera", del 1 de noviembre de 1933, demuestran su línea de apartar a la clase obrera de la lucha contra el fascismo, negando de hecho el peligro fascista, cuando decían:

"¿Mítines antifascistas? ¿Frentes Unicos contra el fascismo? ¿Acuerdos de Congresos contra el fascio? ¡Si no hace falta nada de esto! El fascismo en España, como en el Congo, no necesita más que una partida de baturros de Ricla, bien armados de estacas. ¡No queda fascio ni para media hora!"

E insistiendo en esta posición política contrarrevolucionaria evidenciaban su ayuda al fascismo, favoreciendo el desarrollo de la organización y los preparativos de golpe de Estado de los fascistas, al pretender apartar a las masas obreras del camino justo preconizado por los comunistas, que era el de la unidad obrera y popular y de la lucha resuelta contra todos los planes del fascismo de ahogar en sangre el desarrollo de la democracia en España y de hundir la República.

Esta conducta explica el hecho de que en el movimiento de octubre de 1934, los capitostes anarquistas se inhibieran, excepto en Asturias, con el pretexto de que no era una lucha que interesara a los trabajadores. Así los cabecillas anarquistas dejaban vía libre a los fascistas adoptando una postura criminal, aún más perniciosa que la de los republicanos burgueses y socialistas de derecha, que con todas sus debilidades se vieron obligados a adoptar, bajo la presión de las masas, una posición de lucha contra la reacción fascista.

Y aún después de las ricas experiencias de octubre, los cabecillas anarquistas se colocaron frente al movimiento de unidad que se producía en toda España, y que creó el clima propicio para la realización del Frente Popular, tratando de sabotear el triunfo del Frente Popular, intentando desviar a las masas que les seguían de la lucha unida de todo el pueblo para cerrar el paso a la reacción fascista y rescatar la República de manos de sus enemigos y abrir ancho cauce a la democracia en nuestro país.

A estos propósitos respondía el que en la Conferencia Regional de Sindicatos de Cataluña, celebrada el 28 de enero de 1936 en Barcelona, los cabecillas anarquistas acordaran realizar una campaña "antipolítica y abstencionista", para impedir el triunfo del Frente Popular, argumentando, como lo podrían hacer los enemigos del pueblo, que "ni la contención del fascismo ni la libertad de los presos" podían esperarse del Frente Popular.

En este aspecto, la posición política de los cabecillas anarquistas estaba en abierta oposición con los sentimientos de las grandes masas de la C.N.T., las que votaron a los candidatos del Frente Popular y ayudaron al triunfo de las elecciones del 16 de febrero de 1936, haciendo retroceder a la reacción, liberando a los 30.000 presos que había en las cárceles y creando condiciones políticas más favorables para la lucha futura del pueblo y para la resolución de los grandes problemas de la tierra, del ejército, de las nacionalidades, del mejoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera, el afianzamiento de la democracia, etc.

El anarquismo ante la sublevación militar fascista del 18 de julio

¿Cuál fué la actitud de los cabecillas anarquistas ante la sublevación fascista bajo la égida de Hitler y Mussolini que provocó la guerra civil en España e impuso al pueblo una larga y cruenta lucha de liberación? No cabe duda que si millares de trabajadores de la C.N.T. se batieron en los frentes, lucharon con las armas en la mano y muchos de ellos cayeron en defensa de la República frente al fascismo, la posición política de los cabecillas anarquistas estaba orientada a facilitar el triunfo del fascismo, a impedir la resistencia del pueblo. Son los propios cabecillas anarquistas los que con todo desparpajo lo proclaman en su prensa. El agente falangista García Pradas así lo ha escrito en "Solidaridad Obrera", de 7 enero de 1950, cuando dice que:

"El rebelde no fué el fascismo, ni tampoco la burguesía, sino el Estado democrático republicano."

Y partiendo de esta confesión García Pradas establece que la acción de los anarquistas fué desde el 18 de julio "una guerra a muerte contra el Estado republicano".

El fascista García Pradas hace gala de que los anarquistas hicieron "una guerra a muerte contra el Estado republicano". Pero cabe añadir, porque así está confirmado por los hechos históricos, que la hicieron para facilitar el triunfo de los sublevados fascistas y los intervencionistas fascistas extranjeros contra el pueblo. Muchos casos podríamos exponer para probar esta acusación irrefutable que hacemos. Pero detengámonos en dos hechos que encierran lecciones de suficiente elocuencia en esta demostración.

Primero. El putsch del 3 de Mayo de 1937 en Catalauña. El putsch de Mayo fué organizado y desencadenado cuando el enemigo fascista atacaba con gran lujo de material y acompañado de divisiones italianas el Norte de España. En aquel entonces el Gobierno de la República tenía que concentrar su esfuerzo y el material para ayudar al Ejército del Norte y es en este momento que los cabecillas anarquistas, canfabulados con la banda de espías del P.O.U.M., desencadenaron el putsch, que, como quedó demostrado, constituía una valiosa ayuda para los facciosos y desde luego estaba inspirado por los hitlerianos y franquistas. Este caso es de una claridad meridiana para comprender cómo los cabecillas anarquistas, al "luchar a muerte contra el Estado republicano", lo que hacían prácticamente era contribuir con los sublevados fascistas en la derrota de la República, en la liquidación de la resistencia, en el aplastamiento de las libertades democráticas del pueblo, en la instauración de la dictadura terrorista del fascismo. Esta es la conclusión a establecer cuando se analiza un crimen como este, porque cuando el Gobierno de la República tenía necesidad de montar una ofensiva para impedir que todo el norte de España cayese, fueron los sublevados fascistas los que utilizando a la banda de espías y asesinos del P.O.U.M. y a los muchos cabecillas anarquistas, provocaron el putsch, poniendo en peligro la retaguardia republicana, abriendo una guerra civil entre las fuerzas combatientes republicanas, mientras Fran-

co, Hitler y Mussolini podían continuar su ofensiva contra las fuerzas republicanas que defendían el Norte. Con cinismo lo reconocen los propios cabecillas anarquistas y así está escrito en el libro de Abad de Santillan "La revolución y la guerra en España", en el que afirma:

"Mientras se desarrollasen esos sucesos —refiérese al putsch de Mayo— en nuestra retaguardia, *el enemigo habría indudablemente aprovechado la ocasión para fortalecerse* (el subrayado es nuestro), pero dudamos en estos momentos de que la pérdida de la causa antifascista haya sido mayor con la guerra civil en la retaguardia que con el acatamiento de la disciplina y de las órdenes de un Gobierno que nos hizo perder todo el norte de España..."

A fortalecer al enemigo, a eso conducía "la guerra a muerte contra el Estado republicano" de que habla García Pradas y que realizaron los cabecillas anarquistas durante la guerra de liberación del pueblo español.

El segundo caso es la sublevación casadista del 3 de marzo de 1939. En esta sublevación criminal, por la cual entregaron la resistencia republicana a Franco y a los intervencionistas fascistas extranjeros, los cabecillas anarquistas actuaron como fuerzas de choque, participando activamente en la entrega a los verdugos del pueblo. El fascista García Pradas lo confiesa en su libelo inmundo "Rusia y España" cuando ante las medidas tardías, llenas de vacilaciones del Doctor Negrin, para mejorar la defensa de la zona Centro-Sur, asegurar un mando leal y competente en unidades del Ejército republicano, dice: "Aquel mismo día dimos nosotros, desde Madrid, el contragolpe de nuestra insurrección". Insurrección, ¿contra quién? Contra el Gobierno de la República, contra la resistencia republicana, contra el pueblo, para entregar Madrid y toda la zona centro —sur a Franco y sus chacales falangistas que realizaron una matanza espantosa de cientos de millares de combatientes comunistas, republicanos, socialistas, cenetistas, patriotas, sin partido, etc. Para esta infamia realizaron los cabecillas anarquistas su "contragolpe", para ayudar a Franco y a los hitlerianos, para llevar

a cabo la ignominiosa entrega del pueblo, después de haber provocado una guerra civil, distinguiéndose en la caza de comunistas, en la detención de dirigentes comunistas para entregarlos, como lo hicieron, a Franco. Y mientras Franco y sus jaurías de asesinos falangistas saciaban su odio haciendo derramar la sangre de los trabajadores revolucionarios y principalmente de los comunistas, los cabecillas anarquistas como García Pradas y los traidores de la Junta de Casado, partían de puerto español a bordo de un buque de guerra inglés, acogidos por los imperialistas ingleses, sus amos e inspiradores del golpe criminal de la Junta.

No olvidará jamás el pueblo español la tremenda responsabilidad de los cabecillas anarquista en el putsch de Mayo y en la traición de Casado, ya que engañando a las masas que le seguían, atizando la división en las filas de la clase obrera y del pueblo, encendiendo la guerra civil entre la resistencia republicana, hicieron una política que contribuyó a facilitar el triunfo del franquismo, a sumir al pueblo en la horrenda tiranía fascista que sufre aún.

Pero siguiendo el examen de las posiciones políticas del anarquismo contra el Estado democrático republicano, nos detendremos en el análisis de los hechos para demostrar que los cabecillas anarquistas lo que hicieron fué luchar contra el Estado republicano y contra el pueblo.

No cabe duda de que una parte del aparato del Estado republicano se sublevó, parte compuesta por la mayoría de los jefes y oficiales del Ejército y de las fuerzas de la Guardia Civil, así como altos funcionarios del aparato administrativo del Estado republicano. Pero la causa de que estas fuerzas se pudieran sublevar hay que encontrarlas en la política del bloque republicano-socialista, que durante los dos años que estuvo en el Poder, no hizo la depuración que el pueblo pedía y que el Partido Comunista proponía, en los altos mandos del Ejército, no disolvió el Instituto de la Guardia Civil, no limpió de la gentuza monárquica y reaccionaria el aparato administrativo del Estado, no entregó la tierra a los campesinos ni resolvió otros problemas fundamentales de la democracia. Para mayor claridad, hay que determinar qué clases y al

servicio de qué intereses fueron las que organizaron y prepararon la sublevación militar fascista del 18 de julio. Así es como se podrá precisar la raíz de la sublevación. Se sublevaron las clases capitalistas financieras y los grandes terratenientes, apoyados por los altos jefes de la Iglesia, utilizando como fuerza de choque a los altos mandos reaccionarios del Ejército, para imponer su dictadura fascista. Estas clases se sublevaron contra la República, contra el pueblo, porque temían que si se desarrollaba un período de actividad democrática en España, sus intereses y sus privilegios serían cercenados porque en España no puede existir progreso alguno y mejorar radicalmente las condiciones de vida del pueblo si de antemano no se cortan los privilegios de los grandes financieros y terratenientes, si no se liquida el latifundio en el campo, si no se depura el Ejército de los altos mandos reaccionarios, si a los altos jefes de la Iglesia no se les deja reducidos a su misión, impidiéndoles que con su poderosa influencia económica logren constituir una fuerza política de primer orden en el país.

Para impedir que el pueblo pudiese avanzar y la democracia se consolidase en España, las clases reaccionarias de los grandes capitalistas y terratenientes provocaron la guerra civil y abrieron las puertas a la invasión fascista extranjera, para imponer su dictadura sangrienta y reducir a los trabajadores a la condición de esclavos.

¿Sobre qué base ideológica el anarquismo luchó contra el nuevo Estado republicano, actitud que favoreció a los sublevados fascistas y sus amos extranjeros? Lo hacían, según García Pradas, apoyados en su posición ideológica frente al Estado, frente al Gobierno, basados en sus concepciones sobre el comunismo libertario. En nombre de unos principios falsos hasta la médula, los anarquistas lucharon de hecho contra el pueblo que estaba empeñado en una lucha a muerte contra la reacción fascista nacional e internacional.

¿Es que la clase obrera, los campesinos, el pueblo, frente a las clases reaccionarias sublevadas no debían organizar un Estado democrático poderoso y fuerte para man-

tener a raya y aplastar la sublección militar fascista? Los anarquistas, hasta con las armas en las manos, lucharon contra el nuevo Estado republicano puesto en pie por el pueblo. El daño hecho a nuestra causa popular y democrática por la acción anarquista fué trémendo, aunque no pudo impedir que el nuevo Estado, apoyado por la inmensa mayoría del pueblo, cumpliera brillantemente varias de sus más importantes misiones aunque no pudiera asegurar la victoria del pueblo contra la canalla fascista.

El marxismo establece el principio de que el Estado es el producto y la manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clases. El Estado es una organización de la violencia para la represión de una clase cualquiera. El proletariado lucha para destruir el Estado capitalista y por crear su propio Estado, el Estado socialista, esto es, para tener en sus manos el poder con el cual destruir a la burguesía como clase y edificar la sociedad sin clases. Este poder, esta organización de la violencia, le es necesaria al proletariado después de haber destruído el Estado capitalista. Con la destrucción del Estado de opresión de la burguesía ésta no desaparece como clase. La lucha contra la burguesía continúa después de la toma del Poder por el proletariado. Y en función de esa lucha, el Estado le es necesario a la clase obrera para liquidar por la fuerza a la clase enemiga que se resiste a morir.

La concepción anarquista sobre el Estado conduce a eternizar el Estado capitalista y, por consiguiente, a que la burguesía como clase no desaparezca y mantenga su régimen de opresión y explotación del proletariado. El anarquismo considera al Estado en abstracto, "olvidando" su contenido de clase. Para el anarquismo, el capitalismo existe porque existe el Estado, esto es, que el Estado es quien ha creado el capitalismo y no éste a aquél. Pero el Estado capitalista no es un fantasma, sino una fuerza organizada tangible, que presiona y oprime a la clase obrera y al pueblo, como cualquier trabajador sencillo puede comprobar por los efectos y la explotación que sobre él ejerce la clase que lo detenta. La con-

cepción anarquista sobre el Estado es monstruosa, porque el Estado ni ha existido ni existirá en abstracto.

Lo que los cabecillas anarquistas no hicieron contra el Estado en manos de los reaccionarios en octubre de 1934, lo hicieron en el curso de la guerra popular y García Pradas lo confiesa con el cinismo de un perverso: Luchar a muerte contra el Estado nuevo que comenzaba a formarse, en el que el pueblo era el factor determinante. ¿Qué era lo que caracterizaba de nuevo al Estado republicano y democrático durante la guerra? Lo nuevo del Estado republicano se hallaba en la participación de la clase obrera en su dirección y en el contenido de sus instituciones. De él formaron parte los partidos obreros y las organizaciones sindicales, incluyendo la C.N.T. Esta participación de la clase obrera en la dirección del Estado permitió darle un contenido diferente al que tenían los diversos órganos del Estado anterior: El Ejército de casta desapareció para crearse un Ejército popular al servicio del pueblo; las instituciones de Orden Público fueron sometidas a una depuración para transformarlas, de órganos represivos de la clase obrera, en instrumentos de represión de los enemigos del pueblo; el aparato de justicia fué renovado, para convertirlo, de órgano de la justicia de los grandes capitalistas, en órgano al servicio de la justicia del pueblo. Por primera vez en la historia de España fueron creados los Tribunales populares. Además, se suprimió el capital monopolista y las formas semifeudales de propiedad y explotación de la tierra. A los campesinos se les entregó la tierra y ayuda para cultivarla. La clase obrera gozó de mayores derechos políticos, de mejores condiciones de vida y de trabajo, se implantó el control obrero, al pueblo se le dió derechos democráticos de organización y de prensa. El Estado republicano durante la guerra se transformó en un Estado democrático nuevo.

Contra ese Estado lucharon los dirigentes anarquistas durante nuestra guerra. Del otro lado de las trincheras los fascistas habían destruído el Estado republicano, trataban de destruirlo en toda España, para eso se habían sublevado. Los anarquistas de este lado se dedicaban a la misma misión

de los fascistas; destruir el Estado democrático del pueblo. La teoría y la práctica anarquista conducía a privar al pueblo de la organización de sus fuerzas, porque la desaparición del Estado implicaba la desaparición del Ejército y de todas las instituciones del Estado en las cuales el pueblo basaba su organización para hacer frente a los sublevados fascistas en la guerra civil y expulsar a las tropas invasoras fascistas italianas y alemanas. O sea, que por su concepción ideológica, los anarquistas, al luchar contra el Estado republicano y por su desaparición, perseguían como objetivo desarmar al pueblo, el dejar el camino libre al fascismo. Y no cabe ninguna duda que sin la existencia del Estado, sin Ejército, sin órganos que coordinasen todos los recursos del país contra la sublevación fascista y la intervención extranjera, el pueblo hubiera sido vencido en pocos días.

La historia ha demostrado, por el contrario, que todo Estado frente a la sublevación de sus enemigos, refuerza sus medios coercitivos y de represión para vencerlos. En estas circunstancias, el poder del Estado descarga con mayor violencia sus golpes contra sus enemigos. El ejemplo de Rusia es bien elocuente a este respecto. Si los bolcheviques, después de la toma del Poder, no hubieran creado un Estado proletario, teniendo como instrumento la dictadura del proletariado, no hubieran podido vencer a los generales blancos sublevados contra el Poder soviético y a los ejércitos de los *catorce* Estados intervencionistas que lo agredieron.

La teoría anarquista sobre el Estado y contra "todo Estado", a la luz de las experiencias de la guerra civil y de liberación nacional del pueblo español, aparece claramente como una teoría al servicio de la contrarrevolución y los esclavizadores de la clase obrera.

Pero veamos por otro lado, examinando la teoría anarquista desde otro ángulo, cómo durante nuestra guerra los hechos demostraron que el anarquismo no es una ideología revolucionaria del proletariado, que fué dando bandazos,

adoptando posiciones que en unos casos parecían muy extremistas y en otros hacían suyas las teorías de los enemigos de clase sobre el Estado.

García Pradas sostiene en el mismo artículo de "Solidaridad Obrera" de 7 de enero, que el Estado

"tampoco es hoy día un aparato que divida a la sociedad en clases".

¿Que significa esto? El marxismo-leninismo ha demostrado científicamente, y la historia lo ha comprobado, que el Estado es la expresión política de la clase que está en el Poder. Por consiguiente, el Estado no está por encima de las clases, sino que es el representante de una de ellas, o bien de la burguesía o del proletariado. De hecho, en la ideología anarquista no cuenta la misión de las clases ni de la lucha de clases en la sociedad, ni del instrumento que utilizan las clases para imponer su dominación. Por esta razón, pegan saltos que van desde la negación del Estado a aceptarlo como un órgano por encima de las clases. Así, los anarquistas llegaron a defender la concepción oportunista presentando al Estado como un poder conciliador de las clases, encargado de armonizar la lucha de clases en la sociedad.

¿Por qué los anarquistas "cambian" tan fácilmente su concepción sobre el Estado? En España había ocurrido algo insólito en la historia del anarquismo; los anarquistas habían pasado a formar parte del Gobierno. Juntos con los partidos políticos ejercían el Poder. Tenían que justificar ante las masas y ante la historia la tremenda contradicción que dicho paso significaba entre la teoría y la práctica. Y lo hicieron, no rectificando el falso principio del apoliticismo y el Estado reconociendo la comprobación histórica y la justeza de los principios revolucionarios marxistas, sino tomando los de la burguesía y sus lacayos socialistas de derecha, sobre la función conciliadora de las clases. Esta es una prueba más de la bancarrota de las teorías anarquistas durante la guerra. Pero veamos, además, lo que hicieron los cabecillas anarquistas allí donde tuvieron el Poder en sus manos.

El famoso Consejo de Aragón era un poder despótico, impuesto por una dictadura criminal. La historia del Consejo de Aragón es una historia de pillaje, de asesinato y violencias contra los campesinos y toda la población laboriosa. En Aragón ensayaron su "comunismo libertario", con el que encubrían sus crímenes y robos. Los campesinos, los trabajadores en general, huían de los pueblos, abandonaban sus casas para salvarse de la dictadura de los faístas. El Consejo de Aragón fué presentado —y aún hoy siguen considerándolo— como una forma de la realización práctica del "comunismo libertario". El "principio" antiestatal de los anarquistas, a la luz del Consejo de Aragón, se vino estrechamente por los suelos.

¿A qué conclusión política llegaron los cabecillas anarquistas a través de la experiencia de sus ensayos de "comunismo libertario", de colectivizaciones forzosas en el campo y en la industria? En un informe que la F.A.I. dirigiera durante la guerra al "movimiento anarquista internacional", declaraba:

"Este ensayo formidable en España nos ha servido para *aprender* unas lecciones que deben rumiar todos los anarquistas: *nuestras ideas no pueden ser proclamadas y practicadas en sentido totalitario sin recurrir a la imposición, por tanto, a la dictadura.*"

Ellos mismos se ven obligados a poner en evidencia la bancarrota del anarquismo. ¿De dónde partía la resistencia a sus ideas y la necesidad de "recurrir a la imposición", "a la dictadura"? ¿Contra quién aplicaban los "libertarios", los "enemigos de la violencia", la fuerza? No era, precisamente, contra los terratenientes y los grandes capitalistas, que habían desaparecido de la zona republicana; la dictadura anarquista se ejercía contra los obreros, los campesinos y la pequeña burguesía industrial que rechazaban los ensayos contrarrevolucionarios de "comunismo libertario" y las colectivizaciones forzosas.

Pero, con el propósito de insistir con mayor abundamiento, veamos que esta actitud contrarrevolucionaria, basada en la ideología anarquista, no se produce durante la guerra

solamente. Ni ha sido expuesta únicamente por García Pradas. Tiene antecedentes en otros cabecillas anarquistas, algunos de los cuales conviene mencionar. Veamos lo que dice Abad de Santillán, en su libro "La revolución y la guerra de España":

"Nosotros hemos combatido a la República desde el primer momento."

Y este agente del imperialismo americano, en otro libro titulado "Por qué perdimos la guerra", defiende, en nombre del anarquismo, el derecho del fascismo a sublevarse:

"No negamos a nadie el derecho a la rebelión. Nosotros mismos nos hemos rebelado contra la República en varias ocasiones. Pero nosotros no habíamos jurado ni empeñado nuestra palabra de honor."

Si los militares fascistas no hubieran jurado fidelidad a la República, "no tendríamos nada que objetar", agrega el provocador Abad de Santillán.

Reconocen en la práctica que la conducta de los fascistas fué idéntica a la de ellos. No les separaba más que la "palabra de honor". Por lo demás, cada uno desde su ángulo luchaba contra la República, es decir, contra la democracia, contra el pueblo. Esto prueba hasta cierta comunidad ideológica entre muchos cabecillas anarquistas y los fascistas.

¿Qué consecuencias prácticas tenían las posiciones ideológicas del anarquismo?

La lucha contra el Estado republicano no se concretaba a las campañas políticas contra el Gobierno y sus órganos, contra el Partido Comunista y las otras fuerzas democráticas. La lucha contra el Estado republicano se expresaba a la vez en el sabotaje organizado para privar al Ejército de los medios de combate necesarios. En un folleto editado por la F.A.I. con el título "De Companys a Indalecio Prieto" ellos mismos declaran:

"Desde el mes de marzo (1937) hasta el mes de

la fecha (octubre 1937), las fábricas de material de guerra han reducido la producción en un 35 ó 40 por 100."

Y conviene dejar sentado que aquí aluden a las industrias de guerra "colectivizadas" por los anarquistas. La reducción de la producción de material de guerra obedecía al sabotaje consciente de los cabecillas anarquistas a la causa de la República y del pueblo. Con este sabotaje, perseguían mantener en estado de inferioridad de armas al Ejército Popular frente al Ejército enemigo. Era una forma práctica de ayudar al fascismo y, a su vez, un negocio para los dirigentes anarquistas.

Las materias primas que debían servir para la fabricación de armas se consumían en forma criminal por imposición de los anarquistas, allí donde podían, en la industrialización de objetos de uso común, de fácil venta. La "colectivización" de las fábricas constituía un fabuloso negocio para los cabecillas anarquistas.

Los hechos se encargan de demostrar que el anarquismo en España, sus teorías, no sólo han fracasado estrepitosamente, sino el grado de degeneración a que llegaron sus jefes. Si los "principios" sobre el Estado, sobre el apolitismo, el "colectivismo", etc., rodaron hacia el abismo, el relacionado con la "abolición del dinero" no se quedó atrás. La aplicación en España de este "principio" no puede ser considerado como un caso de infantilismo. Los cabecillas anarquistas demostraron tener alma de mercader y ladrones del pueblo, de explotadores de la clase obrera.

¿Qué hicieron con el dinero de los campesinos allí donde entraron como conquistadores e impusieron la abolición del dinero? No fundieron las monedas, ni hicieron hogueras con los billetes; lo llevaron a sus cofres. Desvalijaron del dinero a los campesinos y de sus cosechas. En nombre del "intercambio" les daban "vales", que nada valían, por toneladas de frutos, con los que dentro de España y en el extranjero hacían pingües negocios. Los cabecillas anarquistas fundaron un organismo que se hizo famoso y odiado por los cam-

pesinos : el C.L.U.E.A. Este organismo sirvió de gonzúa a los cabecillas anarquistas para robarles las naranjas y otros productos a los campesinos y sustraerle divisas al Estado. En una investigación hecha en abril de 1937 por el Ministerio de Hacienda, sobre la situación financiera del C.L.U.E.A., se comprobó el robo escandaloso que los cabecillas anarquistas perpetraban con las naranjas y otros productos que exportaban. En el informe se analizan las operaciones realizadas en el primer trimestre de 1937 con Francia, a donde fueron exportadas 65.000 toneladas de naranjas. En las conclusiones del informe se dice:

“Hay, pues, una diferencia entre lo exportado por el C.L.U.E.A., según sus cifras, y lo ingresado en el “clearing”, de 40.500 toneladas y 50 millones de francos en números redondos.”

Esto quiere decir que los cabecillas anarquistas que mangoneaban el C.L.U.E.A. robaron a los huertanos levantinos, en solo tres meses, 40.500 toneladas de naranjas, y al Gobierno de la República le privaron de obtener divisas por 50 millones de francos en 1937. Si se tiene en cuenta que el C.L.U.E.A. exportaba a casi todos los países de Europa, en los que mantenía 78 representantes con sueldos fabulosos, podrá tenerse una idea de las proporciones del negocio que los cabecillas anarquistas realizaban.

En este caso, como en los demás, no puede hablarse sólo de fracaso ideológico, sino de robo y de saqueo a los campesinos y de sabotaje a la lucha del pueblo. Todos estos hechos, y muchísimos más que pueden agregarse, ponen en evidencia que los cabecillas anarquistas lucharon contra el pueblo y ayudaron al fascismo sublevado y a los intervencionistas fascistas extranjeros.

El anarquismo y el Ejército Popular Republicano

Veamos ahora cuál fué la posición del anarquismo en el problema del Ejército. El anarquismo, toóricamente, se ha presentado siempre como enemigo de todos los ejércitos.

No hacían distinción respecto al carácter de clase del ejército. Para los cabecillas anarquistas lo mismo era un ejército de casta al servicio de los intereses de la burguesía que un ejército popular al servicio del pueblo, luchando en defensa de una causa justa. ¿Qué pasó en España al producirse la sublevación militar fascista del 18 de julio de 1936? La mayor parte del Ejército siguió bajo el mando reaccionario fascista y participó en la guerra contra el pueblo. El pueblo, en defensa de la República, de la democracia y de la independencia nacional, se vió ante la necesidad de organizar un ejército de contenido popular, capaz de encuadrar a centenares de millares de combatientes, dotarlos de los elementos de combate necesarios y prepararlos técnicamente en condiciones de combatir y poder derrotar al enemigo.

Sin ejército no es posible vencer en la guerra. Este es un principio que no admite discusión. Sin embargo, los anarquistas se opusieron a la creación del Ejército, contra la organización y actividad política de las fuerzas del pueblo en el Ejército.

¿Adónde hubiese conducido el "principio" anarquista sobre el Ejército, esto es, contra la existencia del Ejército? ¿Qué tiempo hubiesen podido resistir las milicias, forma elemental y necesaria de organización de la resistencia en los primeros momentos de la sublevación? No cabe duda que la resistencia no hubiese podido durar más de unas cuantas semanas. Las milicias, que son un principio de Ejército, por su naturaleza, no tenían, ni podían tener, organización y disciplina suficiente, mando único y planes basados en las normas básicas del arte militar. En cambio, el enemigo contaba con un Ejército en gran parte compuesto por mercenarios y fascistas extranjeros y dirigido por un mando único. Frente a un enemigo de la índole del fascismo y del Ejército fascista con que contaba, el pueblo español necesitaba oponerle una fuerza militar que reuniera todas las condiciones para vencer. Y esa fuerza era el Ejército Popular. Por el carácter de nuestra guerra, guerra civil y de liberación nacional, el nuevo Ejér-

cito tenía que diferenciarse de los ejércitos tradicionales que a lo largo de su historia tuvo España. Nuestro Ejército tenía que ser de composición y contenido popular, en el que predominasen los obreros y campesinos, de cuyas filas saliesen la mayoría de los mandos; un ejército con conciencia política de la causa que defendía, con férrea disciplina y bajo la dirección de un mando único leal a la causa del pueblo.

La resistencia de los cabecillas anarquistas a la organización de un ejército de este tipo, la lucha contra él, constituían en la práctica una eficaz ayuda a los ejércitos enemigos.

Los anarquistas, al proclamar, de acuerdo con sus principios ideológicos, la lucha contra todos los ejércitos, no tienen en cuenta el carácter de clase de los mismos. Esta "incomprensión" del carácter del ejército y su lucha contra *todos* los ejércitos los sitúa en el terreno de la contrarrevolución, aunque esa lucha se realice en nombre de la "revolución". Las frases no son las que cuentan, sino los resultados. Y el mandar a sus casas a los soldados del pueblo cuando éste tenía que hacer la guerra contra sus feroces enemigos fascistas, es un acto de traición. Esta traición contra la clase obrera, contra el pueblo, fué la que cometieron los cabecillas anarquistas, en nombre de sus "principios", al estallar la sublevación fascista. Federica Montseny, dirigiéndose a los soldados desde el "Olympia" de Barcelona en los primeros momentos de la sublevación, les dijo:

"La revolución está en marcha. Se acabaron los cuarteles y la disciplina. Volveos a vuestras casas a luchar por la revolución."

Esto suponía abandonar la lucha, dejar a los fascistas sublevados el campo libre, para aplastar al pueblo en días.

Los cabecillas anarquistas se convirtieron en fomentadores de la deserción frente al enemigo, en sus organizadores y exaltadores. El 5 de agosto de 1936, "Solidaridad Obrera" decía sobre los soldados:

“Han abandonado los cuarteles rasgando sus guerreras y organizando manifestaciones al grito de “¡Abajo el Ejército! ¡Vivan las milicias!” La C.N.T. no puede defender ni *comprender* la necesidad del Ejército regular uniformado.” “Si no queréis ser soldados obligados, la C.N.T. apoya vuestro criterio.”

Pero veamos en el terreno práctico cómo se pulverizan las teorías anarquistas al chocar con la realidad. Pese a los cabecillas anarquistas y a su propaganda funesta, el Ejército Popular fué creado. Las milicias confederales, como todas las agrupaciones militares de los partidos, fueron transformadas en unidades del Ejército y sus mandos confirmados. La disciplina al mando, condición elemental de todo Ejército fué establecida. ¿Por qué los enemigos del Ejército formaron parte de él? ¿Cuál fué la conducta de los jefes militares anarquistas, “feroces” enemigos de la disciplina y del “militarismo”?

Los anarquistas se declaran, ideológicamente, enemigos de toda disciplina. Pero cuando se vieron con el uniforme y los galones de jefes se convirtieron en déspotas militaristas, como Mera y tantos otros. La disciplina que aplicaron a los soldados, estaba calcada del viejo ejército de casta. Al igual que en los ejércitos reaccionarios burgueses, prohibieron el funcionamiento de los partidos políticos en sus unidades. Los derechos políticos de los soldados, conquista democrática, fueron anulados por los jefes militares anarquistas. Incluso adoptaron los términos de los militarotes monárquicos y fascistas diciéndoles a los soldados: “Cuando se entra en el cuartel, la política se deja en la puerta”.

Después de la pérdida de la guerra, más de un cabecilla anarquista ha pretendido salvar sus teorías del naufragio. Un sujeto que firma con el nombre de M. Temblador, se ve obligado a reconocer lo que decimos y denunciar el proceder reaccionario de sus compinches, en “C.N.T.” del 21 de marzo de 1946, cuando dice:

“Dichos jefes (refiérese a los de procedencia anarquista), que más tarde fueron confirmados por

el Gobierno, recibieron el bautismo de autoridad, de la cual se valieron y a renglón seguido *prohibieron toda reunión de soldados dentro de la unidad que trata de nuestra organización e idea*. Sólo se reunía el grupo de jefes y oficiales en estrecha e intencionada camarilla. Dicho grupo pertenecía, —nos consta— a la F.A.I. Nadie puede negar que estos compañeros, aún con la guerrera puesta, en sus pueblos antes del 36 eran los más intransigentes faístas, pero después que llegaron a jefes y oficiales, dejaron de serlo.”

La prohibición de la actividad de los partidos y organizaciones en el Ejército, vista desde el ángulo teórico del anarquismo, respondía a su concepción “apolítica”. Los cabecillas anarquistas aplicaron este “principio”, y al contacto con la realidad apareció su contenido reaccionario y el alma burguesa de sus ejecutores.

Nosotros defendimos en todo momento los derechos políticos de los soldados, no sólo por ser una conquista democrática, sino porque nuestro Ejército era y tenía que ser un Ejército político, consciente de su misión y de la justa causa que defendía. Sólo un ejército consciente, compenetrado con la causa del pueblo, es capaz de los mayores sacrificios y de llevar la lucha hasta el fin.

El apoliticismo en el Ejército no existe. Los militaristas burgueses también son enemigos de los derechos políticos de los soldados y hablan de apoliticismo en los cuarteles. Pero esa prohibición, ese apoliticismo, no existe para los jefes, que también se reúnen y actúan como lo hacían los jefes militares anarquistas, en camarillas para hacer su política.

El apoliticismo en el ejército, o fuera de él, es un sofisma. No hay ejércitos apolíticos. Los ejércitos capitalistas son ejércitos políticos, servidores de los intereses de la burguesía. La política en los ejércitos capitalistas tiene por base la defensa y el mantenimiento de la dominación del capitalismo. De acuerdo con ellos es preparado políticamente

el ejército. ¿Cómo están adiestrando los imperialistas norteamericanos y sus vasallos a sus respectivos ejércitos para defender a los rapaces imperialistas y tratar de dominar el mundo? El objetivo que se proponen atacar es la Unión Soviética, destruir al país del socialismo, a las nuevas democracias y someter a los pueblos de la tierra a su dominio imperialista. ¿Y qué es esto? ¿No es política? ¡Y qué política! La más vil de las políticas, pues en la guerra que preparan los imperialistas aspiran a imponer su dominio político y económico sobre todos los países y pueblos de la tierra.

Veamos el ejército franquista. Si se examinan los discursos de Franco, se encontrará invariablemente una idea: el supuesto peligro de la Unión Soviética, el peligro del comunismo. Con ello trata de conseguir un objetivo político: preparar ideológicamente al ejército contra la Unión Soviética. Cuando los políticos imperialistas yanquis piden la incorporación de Franco al Plan Marshall y al Pacto Nortatlántico, ¿qué razones políticas exponen? Las de que Franco tiene un ejército entrenado en la lucha contra el comunismo, un ejército políticamente orientado contra la Unión Soviética.

En los ejércitos capitalistas se prohíben las actividades políticas de los soldados, porque los intereses de éstos no son los de la clase que detenta el Poder. Proceder de la misma manera con los soldados de un ejército popular, como lo hicieron los jefes militares anarquistas en España, y oponerse en nombre del "apoliticismo" a los derechos políticos de los soldados, es realizar la política reaccionaria de la burguesía.

La responsabilidad de los cabecillas anarquistas en la pérdida de la guerra es enorme. Pero no sería completa esta conclusión si tal responsabilidad quedara circunscrita a los hombres sin incluir a las ideas que representan y pusieron en práctica. Los cabecillas anarquistas apoyaban sus desafueros y sus actos contrarrevolucionarios en sus principios teóricos. En nombre de ellos procedieron. Los resultados están a la vista. Quedó demostrado que sus teorías son contrarrevolucionarias. A través de estas experien-

cias la bancarrota de la ideología anarquistas, que pretende defender los intereses del proletariado, quedó patentizada en forma que no debe dejar lugar a dudas.

El anarquismo y la unidad de la clase obrera

Para luchar con éxito, vencer a los sublevados y expulsar del país a los invasores, todos los sectores populares debían estar fuertemente unidos. Sin unidad, la victoria no era posible. El eje de la unidad popular era la clase obrera. Para que la clase obrera pudiera desempeñar con éxito su misión dirigente, era una condición indispensable que ella comenzase por unirse, y no lo estaba. La de su unidad era una tarea política de la mayor importancia para el proletariado. La unidad del proletariado, para ser completa, debía realizarse con la creación del Partido Único, que agrupase a lo más consciente de la clase obrera, y la Central Sindical Unica.

Los cabecillas anarquistas se oponían a la unidad del proletariado, eran y son enemigos del partido político de la clase obrera.

¿Por qué niegan los anarquistas la necesidad del partido del proletariado? Los anarquistas niegan la necesidad de que los obreros de vanguardia se agrupen en su partido de clase porque son enemigos de la revolución proletaria. El anarquismo no es una ideología de clase del proletariado, es considerado por sus teóricos como una aristocracia intelectual del movimiento obrero. Su concepción de la transformación de la sociedad no se basa en la lucha de clases, sino en la formación del hombre intelectualmente superior. O sea, según la ideología anarquista, la revolución tendrá lugar solamente cuando la humanidad se haya regenerado por un proceso de educación intensa, cosa imposible bajo la dominación de la burguesía, que, además de utópica, tiende a perpetuar por milenios la explotación capitalista. Afirman que el proletariado se salvará de la esclavitud capitalista cuando el hombre haya elevado su nivel cultural, esto es, cuando los obreros "hayan dejado de ser una masa igno-

rante" y los burgueses hayan dejado de ser malos. Esta teoría niega algo tan evidente como la división de la sociedad en clases antagónicas, en pugna permanente la una con la otra, cuyas contradicciones no se "extinguen" por el proceso "evolutivo" del hombre, sino cuando el proletariado haya tomado el Poder político y haya destruido por medio de su dictadura de clase a las clases enemigas.

La negación de la unidad de la clase obrera tiene su raíz en los "principios" anarquistas. El anarquismo es, teóricamente, "individualista". Nació como una corriente divisionista del movimiento obrero y ha seguido esa trayectoria a través de los años.

La actividad divisionista del anarquismo, como hemos dicho, no la cumplió solamente durante la guerra. En todas las épocas, en los momentos de crisis política del régimen reaccionario español, como consecuencia de las luchas revolucionarias del proletariado, el anarquismo se ha mostrado como un enemigo de la unidad de la clase obrera. Tomemos un ejemplo. En la segunda y parte de la tercera década de este siglo, el movimiento obrero español se desarrolló considerablemente y se produjeron luchas revolucionarias que hacían tambalear al régimen monárquico. La revolución rusa de 1917 ejerció una poderosa influencia en la combatividad del proletariado español, que veía en el ejemplo ruso el único camino para terminar con la opresión y esclavitud capitalista y tomar el Poder. En esa época se produjeron grandes huelgas, determinadas por la situación económica de los trabajadores y la subida incesante del coste de la vida. Los gobiernos se sucedían unos a otros, dando pruebas de su impotencia para impedir el desarrollo de las luchas huelguísticas. La reacción no ocultaba su pánico. Existía un estado de crisis política, de debilidad en las fuerzas del régimen, frente al auge y combatividad del proletariado. En 1919, presionados por el ambiente que existía y por la voluntad de unidad y de combate del pueblo trabajador, los jefes reformistas de la U.G.T. se dirigieron a la C.N.T. proponiéndole la unidad de ambas Centrales. En ese momento de crisis política, la unidad del proletariado hu-

biera sido un factor de primer orden en la lucha; ella podía, junto con una línea política justa y un programa revolucionario, decidir la salida democrática de la situación. ¿Qué respondió la dirección anarquista de la C.N.T. a la propuesta de unidad de la U.G.T.? Veamos la resolución adoptada en el Congreso de la Comedia, celebrado en 1919 en Madrid:

“Considerando que la táctica y el contenido ideológico de la C.N.T. y de la U.G.T. son diametralmente opuestos y están completamente definidos y por tanto no ignorado de nadie, entienden los sindicatos proponentes que no debe irse a la fusión de los organismos, *sino a la ABSORCION de los elementos que integran la U.G.T.*”

“Además, los que proponen recaban del Congreso se redacte un manifiesto dirigido a todos los trabajadores de España, *concediéndoles un plazo de TRES meses para su ingreso en la C.N.T., declarando AMARILLOS a los que no lo hagan.*”

La unidad significaba avanzar en la lucha, fortalecer las fuerzas del proletariado contra el capitalismo. Pero los cabecillas anarquistas prefirieron encender la lucha interna, la guerra civil en el seno de la clase obrera, declarando como enemigos a los trabajadores no cenetistas.

Esto explica en parte por qué la clase obrera no avanzó en el camino de la revolución en esa época, y por qué en 1923 la reacción pudo establecer su dictadura. Los “feroces” anarquistas, que consideraban “amarillos” a los obreros que no participasen de su credo, abrieron el campo a la reacción y, frente a la dictadura de Primo de Rivera, adoptaron la cobarde decisión de autodisolver los sindicatos de la C.N.T.

Si en la época a que nos hemos referido la unidad era decisiva para la progresión de la lucha de la clase obrera, durante la guerra, de la unidad del proletariado dependía, en gran parte, el derrotar al enemigo, consolidar y hacer avanzar la democracia en España. La traición a la unidad en 1919 facilitó la dictadura de Primo de Rivera; la traición a la unidad en la guerra contribuyó a la instauración de la

dictadura terrorista de Franco, la más feroz y sanguinaria que haya padecido España. Los cabecillas anarquistas obraban conscientemente al luchar contra la unidad de la clase obrera. El pacto de unidad que los dirigentes anarquistas firmaron en nombre de la C.N.T. con la U.G.T. durante la guerra, fué producto de la presión de las masas, entre las que se encontraban las de la C.N.T. Pero los cabecillas anarquistas hicieron mangas y capirotos de dicho pacto; sus propósitos no eran los de liquidar las diferencias que pudieran existir entre una central y otra, a base de un trabajo honrado de unidad de acción, sino minar la base de las otras organizaciones, tratar de descomponerlas y saltar sobre ellas para despedazarlas.

En abril de 1937 se celebró un Pleno de Regionales de la C.N.T. en Valencia. En este Pleno resolvieron nombrar una Ponencia encargada de confeccionar las medidas a adoptar contra las organizaciones no pertenecientes a la C.N.T. y las orientaciones que debía dárseles a los elementos responsabilizados del trabajo de provocación y de espionaje. En la resolución se dice:

“Toda esa labor debe llevarse con prudencia para evitar contratiempos perjudiciales y para sorprenderlos cuando tengamos necesidad de utilizarla”.

Nuestro Partido, forjador y defensor de la unidad de la clase obrera, luchaba sin descanso por terminar con la división del proletariado, desenmascarando a los enemigos de la unidad. Debido a ello, el Partido Comunista era, y es, considerado por los cabecillas anarquistas, como lo es para el franquismo, su más encarnizado enemigo. Si bien los cabecillas anarquistas se negaban a obedecer las órdenes del Mando para atacar al fascismo, cuando del Partido Comunista se trataba no regateaban esfuerzos para provocar enfrentamientos y luchas que perjudicaban la resistencia. En la resolución tomada por el Pleno de Regionales de la C.N.T.-F.A.I.-J.J.L.L. en mayo de 1937, los cabecillas anarquistas llegaron a acordar la resolución criminal, de verdadera inspiración fascista, por la que decidían:

“Se acuerda: Atacar al Partido Comunista en el

orden nacional. Atacar en el plano local a quienes se hagan acreedores a ello...”.

Atacar al comunismo, no al fascismo. Ese era el fruto de la ideología anarquista, de la práctica del anarquismo, que descubre el fondo antiproletario del anarquismo, y por cuya ideología el proletariado español se ha visto lanzado a aventuras y fracasos, que le han costado mucha sangre, sin que sus aspiraciones revolucionarias hayan encontrado satisfacción.

Experiencias y lecciones.

Al examinar estas posiciones del anarquismo en problemas fundamentales de la guerra de liberación nacional del pueblo español, ¿qué conclusiones pueden extraerse de la ideología del anarquismo y de la práctica de los cabecillas anarquistas durante la guerra? ¿Qué conclusiones deben sacarse del examen que hemos hecho, (no total, ni mucho menos, pues existen muchos problemas que no han sido examinados, y que deberán serlo) sobre el anarquismo en la guerra?

Que el anarquismo, por su naturaleza, es enemigo de la unidad del proletariado y de la alianza revolucionaria de éste con los campesinos. Ello se debe a que el anarquismo no tiene, ni puede tener, una táctica que responda a las necesidades revolucionarias de la clase obrera, porque no tiene una doctrina científica revolucionaria del proletariado, que tiene en cuenta todas las fuerzas en presencia y los cambios que se producen.

Que la responsabilidad del anarquismo por la pérdida de la guerra es inmensa. Si bien es cierto que miles de trabajadores de la C.N.T. combatieron con heroísmo y espíritu de sacrificio, entregando muchos de ellos la vida, como hemos dicho al comienzo, la ideología anarquista y la conducta de los cabecillas anarquistas contribuyeron a que el pueblo español no pudiera derrotar al fascismo y arrojar fuera del país a los invasores germano-italianos.

Que sin destruir ideológicamente al anarquismo y al

oportunismo socialdemócrata, y dotar al proletariado de una teoría revolucionaria marxista-leninista, le es imposible a la clase obrera triunfar sobre sus enemigos de clase.

Nuestro Partido tiene la alta misión política de realizar esa obra de extirpar del movimiento obrero la influencia y los restos de la ideología pequeñoburguesa del anarquismo, ganar a los trabajadores de la C.N.T. al movimiento revolucionario, dotarlos de una ideología de clase marxista-leninista, y fortalecer, con los obreros revolucionarios de la C.N.T. las filas de nuestro Partido. Muchos esfuerzos ha realizado el Partido en este terreno desde su creación, y a nuestras filas han venido miles de trabajadores de la C.N.T.

Nuestro Partido ha realizado una gran labor de esclarecimiento ideológico, pero aún queda mucho por hacer.

El Partido encontró un obstáculo que no pudo vencer en el corto espacio de tiempo de la guerra: la influencia que ejercían sobre la clase obrera las viejas corrientes ideológicas anarquistas y socialdemócratas. Por eso podíamos ver que miles de trabajadores de la C.N.T. y del Partido Socialista no estaban de acuerdo con el proceder de sus jefes, pero no rompían con ellos porque los consideraban como representantes de una ideología que hasta entonces creían justa. No ocultaban su descontento por la conducta de sus dirigentes, pero obedecían sus mandatos. No puede sustraerse al examen de las causas de la pérdida de la guerra y la insuficiente unidad de la clase obrera, un factor tan importante como el de la vieja educación política oportunista y anarquista de decenas de miles de trabajadores y la división tradicional del movimiento obrero.

Por eso la lucha ideológica contra el anarquismo es una tarea fundamental de los comunistas. Sería un error imperdonable el creer que la bancarrota sufrida por el anarquismo durante nuestra guerra ha sido suficiente como para que el anarquismo no vuelva a levantar cabeza. No hay que hacerse ilusiones, acabaremos con el anarquismo y con su influencia en el movimiento obrero; pero esto exigirá un tenaz esfuerzo para convencer, hacerles ver claro, demostrarles a los tra-

bajadores de la C.N.T., que el anarquismo forma parte de la ideología de la burguesía, que con el anarquismo como norte no cosecharán mas que fracasos, porque el anarquismo no es una ideología proletaria, no se basa en la lucha de clases, no está basada en el estudio científico de la sociedad y en las leyes del desarrollo.

Y en esta labor, debemos tener en cuenta lo que decía nuestra camarada Dolores Ibarruri en su artículo "La importancia histórica de la Revolución Socialista de 1917", cuando, dirigiéndose a los trabajadores socialistas y anarquistas, afirmaba:

"...yo llamo a los obreros socialistas, vendidos, como los obreros anarquistas por los Judas del interior y del exterior de España, a la reflexión sobre el pasado, sobre el presente y sobre el porvenir de la clase obrera española, sobre los destinos de nuestro país y de nuestro pueblo.

Yo invito a unos y a otros a estudiar el porqué del triunfo de la Revolución de Octubre y de los incomparables éxitos de la Unión Soviética en todos los aspectos de la vida del país en el transcurso de estos 32 años. Yo les invito a estudiar, a conocer los fundamentos teóricos de las democracias populares y las fuentes de la victoria sobre la reacción y el imperialismo en la nueva China.

Porque este estudio y este conocimiento, que es el conocimiento de la teoría marxista-leninista-stalinista, abrirá ante ellos nuevos caminos y nuevos horizontes y los acercará al Partido Comunista; los fundirá con nosotros en la lucha contra la tiranía franquista, en la lucha por el establecimiento de un régimen progresivo en nuestro país.

Ello es no sólo necesario e imprescindible, sino urgente en defensa de la vida y de la paz; en defensa de las jóvenes generaciones; en defensa del futuro de España; en nombre del derecho de nuestro país a ser independiente y soberano".

LA SITUACION CATASTROFICA DE LA AGRICULTURA BAJO LA DOMINACION FRANQUISTA

Con fuerza y brillantez resumió nuestra querida camarada Dolores, en uno de los párrafos de su informe ante el I Pleno del Partido en Francia, los objetivos de nuestra lucha para dar satisfacción a los seculares anhelos de los trabajadores del campo y porque dichos anhelos sean consolidados mediante la más estrecha alianza de los obreros y campesinos. Decía la camarada Dolores:

“Deseamos una España donde los campesinos vivan con el gozo de poseer la tierra, de saberla suya; de saber suyo el trigo de las eras y el aceite de los olivares que ellos trabajan, sintiéndose solidarios de los hombres del taller, de la mina y de la fábrica, y constituyendo con ellos los pilares fundamentales de la República”.

Sólo la revolución agraria podrá acabar con la catastrófica situación a que han llevado los franquistas a la agricultura. La exige el desarrollo político y económico del país, el futuro libre y democrático de nuestra patria. En España no se podrá consolidar y desarrollar ningún régimen democrático sin liquidar previamente los restos feudales considerables, ahora fortalecidos por once años de poder fascista; sin romper y destruir para siempre las cadenas de la opresión y la esclavitud que atan a millones de campesinos, los cuales están sometidos por la fuerza a la explotación bestial y al caciquismo cerril de los grandes terratenientes, de la castas tradicionales de la reacción española.

En el cínico discurso pronunciado ante los grandes terratenientes y otros jerarcas falangistas reunidos en diciembre del pasado año en la III Asamblea Nacional de Hermandades, el sangriento Franco expuso lo que es la médula del carácter de clase de su política fascista en el campo. De ese discurso es el siguiente párrafo:

“... hemos de partir de realidades y no de quimeras, hemos de reconocer que en ese campo hay hombres capacitados para empresarios o para arrendadores, con capacidad para administrarse por sí; *pero hay otros que por sus condiciones menores de inteligencia e incapacidad para administrarse, sólo son aptos para más fáciles faenas y trabajos.*” (El subrayado es nuestro.)

Esa es la criminal política de clase del régimen fascista, que consiste en colmar de privilegios y favores a los grandes terratenientes “*capacitados para empresarios*” y en la expoliación brutal de las masas de campesinos trabajadores “*sólo aptos para más fáciles faenas y trabajos*”.

Desde el primer día de “su victoria” los grandes terratenientes cual aves de presa exasperadas clavaron sus garras de muerte y de explotación sobre los campesinos en la zona republicana. Les obligaron a pagar las rentas de los años de guerra y las deudas atrasadas. Ellos mismos, ávidos de desquite, fijaron aquellas y se cobraron con los aperos de labranza, con el ganado y con todo cuanto la República y el Partido Comunista habían entregado a los campesinos durante la guerra de liberación. Las orgías de terror sangriento sumaron a los miles de campesinos heroicamente caídos en defensa de la República, millares de asesinados por la salvaje represión falangista. Arrendatarios y aparceros fueron expulsados violentamente de las tierras que venían trabajando hacía decenas de años. Miles de jornaleros agrícolas tuvieron que abandonar sus pueblos. Volvieron para la juventud campesina los períodos de 3 a 5 años de servicio militar obligatorio. Decenas de miles de campesinos llenaron cárceles y cam-

pos de concentración y fueron enviados a las compañías de trabajos forzados. Las masas campesinas de toda España y el pueblo conocieron una situación de explotación, terror y miseria sin paralelo posible con ninguna situación anterior.

**

Han pasado once años desde que Franco ejerce su dictadura feroz en toda España sin que ni un solo momento haya dejado de agravarse la expoliación sin freno de las masas campesinas hambrientas, intensificada por cada nuevo privilegio que se concede a los grandes explotadores y por la política de guerra del régimen y de los imperialistas anglo-sajones.

El presupuesto es un reflejo de esa política de guerra y de la intensificación de la miseria de los campesinos y del pueblo. A más de 77.000 millones de pesetas han ascendido los presupuestos franquistas desde 1946 al de este año, ambos inclusive. Mientras que al Ministerio de Agricultura se han destinado 651 millones (0.84 %), en los Ministerios de guerra y represión han sido invertidos más de 39.000 millones (50.64 %). Sin embargo, los gastos de guerra se elevan en realidad a más del 73 por ciento, puesto que hay que añadir a las partidas citadas las fabulosas inversiones en puertos y aeródromos, fortificaciones y cuarteles y la importación de armamentos y otros materiales de guerra.

Para llevar adelante su política de guerra y con el propósito de obtener divisas, Franco intensifica las exportaciones de productos agrícolas y disminuye la importación de artículos alimenticios. Según las estadísticas oficiales, las importaciones de artículos alimenticios, fundamentalmente de trigo argentino, que durante los 11 primeros meses de 1948 representaron un valor de 362.6 millones de pesetas oro, no alcanzaron en el mismo período de 1949 más que a 244.2 millones, disminuyendo por consiguiente en 118.4 millones de pesetas oro. En cambio, en igual tiempo, las exportaciones que en 1948 fueron de un valor de 356.3 millones de pesetas oro, en 1949, pasaron a ser de 466.3 millones, aumentando en 110 millones de pesetas oro.

Estas cifras, que deben considerarse teniendo en cuenta el enorme y constante descenso de la producción agrícola, revelan como Franco aumenta el hambre y la miseria del pueblo español y son demostrativas para comprender más claramente una de las causas de la escasez de alimentos y de su elevado costo, inasequible para las masas trabajadoras de la ciudad y del campo. Los distintos servicios de Falange obligan a los campesinos a sembrar cultivos que no les interesan, a cubrir cupos que no pueden producir, a entregar hasta el último grano de trigo y la última aceituna, lanzando tras ellos las comisiones de requisa y la Guardia Civil en busca de los que consiguieron ocultar para sí y sus familias, a imponerles multas que no pueden pagar, a detenerlos y torturarlos, enviarlos a la cárcel y aplicarles la ley de fugas.

El Estado franquista impone a los campesinos cultivos drásticamente intervenidos a precios más bajos del costo de producción. Con esto los grandes terratenientes y financieros, que forman con los demás jerarcas del régimen las grandes compañías exportadoras, obtienen sólidos beneficios, además de favorecer todas sus especulaciones y desarrollar el estraperlo.

Por lo que se refiere a los fertilizantes e insecticidas, la política del régimen es un verdadero crimen contra los campesinos trabajadores. A pesar de la parte importantísima de la exportación de productos agrícolas en la obtención de divisas, la importación de fertilizantes así como la producción interior han quedado reducidos a la mínima expresión. En lugar de las 750.000 toneladas de abonos nitrogenados consideradas de imprescindible necesidad para la campaña de 1948-49, el régimen franquista distribuyó solamente 163.329 toneladas, de las cuales poco más de 11.000 fueron producidas en España. La revista "Ion", del Sindicato Vertical de Industrias Químicas, en el número correspondiente a noviembre de 1949, evalúa en 5 millones de toneladas los abonos nitrogenados necesarios, que durante el período 1939-49 se han dejado de consumir.

Teniendo en cuenta las irritantes preferencias conce-

didas a los grandes terratenientes, los pequeños productores campesinos no han podido obtener ni la décima parte de lo que necesitaban. Un ejemplo significativo es el siguiente párrafo de la carta de un campesino valenciano, productor de arroz, que dice:

“Nos han dado por fanega 5 kilos de abono, cuando como mínimo necesitamos 40 kilos por fanega, y, además, lo recibimos tarde”.

Los bandidos falangistas abusan de la desesperación con que los campesinos buscan abonos, y realizan estafas ignominiosas como la que descubrieron durante la última siembra los campesinos de Valladolid y Segovia. Capitalistas, terratenientes y autoridades de ambas provincias, vendieron a los campesinos como buen nitrato y a alto precio un compuesto de residuos de fábrica y sal común que quemó la sementera de centenares y miles de hectáreas. Varios camiones de la Guardia Civil y Policía Armada, acudieron inmediatamente para defender a los foragidos falangistas contra la indignación desbordante de los campesinos que habían descubierto más de cien vagones de este compuesto criminal, preparado para la venta.

Toda esa política fascista de carta blanca a los grandes terratenientes y de aplastamiento y persecución de las masas campesinas había de dar, como único resultado posible, el desastre que existe en la agricultura, hasta el punto que su recuperación no ha de ser fácil y, bajo el franquismo, imposible. Las propias estadísticas franquistas han de admitir que la superficie cultivada de España había descendido, en 1946, a 19.043.000 hectáreas, lo que supone una disminución, en relación con 1935, de 1.604.000 hectáreas, de las cuales 940.000 se han convertido en eriales, 63.000 en retamales y 159.000 en monte bajo con pastos. Pero no es solamente la superficie cultivada la que ha descendido, sino que, y ello es de por sí más grave, ha disminuído considerablemente el rendimiento de cada hectárea de cultivo. La falta de abonos y de herramientas ha agotado las tierras y las semillas producidas en tan

malas condiciones pierden su propio vigor para la germinación y el desarrollo.

Ofrecemos a continuación un cuadro sobre el área de cultivo y la producción de 1947, comparadas con el promedio de 1926-35. Y debemos señalar de paso que el volumen de producción de 1926-35 no era suficiente para atender las necesidades principales de la alimentación del pueblo. Decimos esto porque sería erróneo dar un cuadro sobre el régimen de vida de las masas en aquel período, que pudiera aparecer como que se nadaba en la abundancia. Por el contrario, cientos de miles de españoles en el campo y en la ciudad tanto en las postrimerías de la monarquía borbónica como en el período de la República que se incluye en dicha comparación, carecían de lo más indispensable para vivir. Pasaban hambre, porque entonces el poder adquisitivo del salario de las masas trabajadoras era bajo, había mucho paro obrero y mucha miseria, productos del régimen de explotación capitalista. El cuadro a que nos referimos ha sido publicado por "España Económica" de 7 de enero pasado, menos el promedio de rendimiento por hectárea, que añadimos nosotros:

Producto:	Superficie Hectáreas		Producción en Q.M.	
	1926-35	1947	1926-35	1947
Trigo	4.460.952	3.837.651	41.248.233	25.561.051
Cebada	1.854.320	1.473.889	22.237.013	11.896.473
Centeno	632.198	606.745	5.572.483	3.569.470
Avena	772.655	599.733	6.374.240	3.534.728
Maiz	428.942	364.985	6.544.112	4.896.924
Arroz	47.924	50.895	3.001.171	2.367.797

	Promedio de Q.M. POR HECTAREA	
	1926-35	1947
Trigo	9.24	6.66
Cebada	11.99	8.07
Centeno	8.81	5.88
Avena	8.24	5.89
Maiz	15.25	13.41
Arroz	62.62	46.52

Puede observarse cómo hasta en el arroz, que aumenta el área de cultivo, disminuye, sin embargo, la producción

por el enorme descenso del rendimiento. La embustera propaganda falangista, culpando a la sequía de la catástrofe, ya no consigue impedir que las revistas económicas del régimen tengan que reconocer la existencia de otras causas en el profundo hundimiento de la producción agrícola. Así, "España Económica", al pie del citado cuadro de producción, se ve obligada a añadir:

"Se advierte que los descensos en las producciones no se corresponden con los de las áreas de cultivo, sino que los primeros son más fuertes que estos, lo cual se explica no sólo por las malas condiciones meteorológicas, *sino por la escasez de abonos y toda clase de elementos necesarios para el eficiente trabajo agrícola.*" (Subrayado por nosotros.)

Es cierto que en estas condiciones cualquier adversidad climatológica adquiere proporciones de catástrofe, pero es el régimen el único culpable de la tragedia en el campo. La línea de los índices de producción que, sobre base 100 en 1929, que, repetimos, eran muy bajos, se había sostenido durante los años de la República, se encuentra en 78.6 en 1946, año considerado de favorable coyuntura por el franquismo; desciende a 71.4 en 1947 y cae a 63.7 en 1948. El descenso casi vertical de estas cifras, por más que amañadas por los servicios de estadística de la Falange, presenta una gradación fatal cuya inexorabilidad descarta las causas fortuítas y restablece la verdad de la criminal responsabilidad del régimen.

Aunque usando términos de lenguaje moderado, el reciente Congreso de Ingenieros agrónomos, celebrado en Madrid, en marzo de este año, ha venido a confirmar la situación de ruína y catástrofe que atraviesa la agricultura bajo el régimen franquista. Pero, es más, estos ingenieros agrónomos han puesto de relieve que las soluciones a éste problema vital del campo español son menos que insolubles, si observamos con detenimiento y analizamos las que han sido conclusiones de dicho Congreso. En ese Congreso, Franco pronunció un discurso de clausura

a base de derrochar falsedades sobre las causas de la situación y de cínicas promesas de "superar y multiplicar" todas las producciones anteriores.

Pero los ingenieros agrónomos se vieron precisados desde su primera conclusión a registrar que "*España tiene planteado un grave problema de producción*". Y después de reconocer implícitamente que en España hay hambre como nunca la hubo, no admiten la posibilidad de recuperar los niveles de producción anteriores a Franco —niveles que siempre fueron bajos—, *sino hasta dentro de 15 años*, y añadiendo:

"Para alcanzar estos fines, es ineludible una labor técnica ingente, amplia, coordinada y perseverante, que alcance a todos los factores de la producción agrícola."

Entre otras cosas que el Congreso consideró imprescindible para alcanzar estos fines se señaló la necesidad de extender el regadío en unas 450.000 hectáreas; importar 12.500 tractores anuales durante tres años y proporcionar a la agricultura 108.000 toneladas de carburantes y 4.200 de lubricantes; importar 50.000 yuntas en dos años; contar con un cupo anual de 5.000 toneladas de materiales siderúrgicos; y disponer anualmente de 125.000 toneladas de nitrógeno en fertilizantes químicos, además de 1.200.000 toneladas de superfosfato de cal y la correspondiente producción de potasa nacional.

Además, las conclusiones del Congreso de Ingenieros agrónomos establecen que en los próximos 15 años debe lograrse un aumento del 30% de la producción sobre el período 1926-1935. Y para mayor ilustración de lo que esto supone, conviene añadir, por nuestra parte, que las cosechas actuales, en comparación con las de dicho período, no alcanzan más que el 63.7%. O sea, que para que la producción agrícola, pueda alcanzar el límite de 1926, límite que no cesaremos de proclamar que no abastecía de lo más indispensable a las masas trabajadoras, los ingenieros agrónomos propugnan que se cubra el 37% de déficit que hay en la actual producción y, por encima

de esto, se aumente el 30% de la producción agraria española para 1965.

Se comprende que los ingenieros agrónomos hayan calificado de "*labor técnica ingente*" todo cuanto consideran necesario realizar para salir del profundo atolladero en que el régimen fascista de los grandes terratenientes y banqueros ha hundido la agricultura española. Pero la cuestión fundamental está en que no es posible hacer todo esto, ni una parte sustancial de esto, sin antes poner fin a los privilegios y al poder de clase de los culpables del atraso de España y a la política franquista de guerra, que consume las posibilidades del país y exige una intensificación a cualquier precio de las exportaciones con el fin de conseguir divisas, pero no precisamente para importar tractores, yuntas y fertilizantes, sino para la compra casi exclusiva de materiales de guerra o para la preparación de la guerra.

La caída de la producción agrícola y la consiguiente exacerbación del odio y la protesta de las masas campesinas no pueden por menos que sembrar inquietudes y temores entre los elementos que constituyen los pilares del régimen en el campo y agudizar las contradicciones que todo régimen capitalista lleva consigo, agravadas en este caso por el fascismo y por la dependencia del régimen de Franco del imperialismo anglo-sajón. Las masas campesinas, espoleadas por el hambre y los enormes contrastes de la situación, elevan el tono de sus protestas y sus acciones adquieren un carácter más decidido y con mayor participación de masas. A la resistencia individual, al sabotaje cada vez más extendido a las órdenes de siembra y al ocultamiento de los productos, va sucediendo, con marcada generalización en todo el país, hechos de protesta colectiva de los campesinos, la negación rotunda a cumplir las órdenes de siembra y a entregar los productos, el enfrentamiento físico con las comisiones de requisita, la lucha abierta contra el régimen de terror y expropiación franquista.

Ante el inmenso malestar que cruza de una punta a otra el campo español y siembra la desesperación en millones de trabajadores del campo, los franquistas ponen en práctica ciertas campañas que, cubiertas con barniz demagógico, no tienen otra finalidad que la de arrebatarse a los campesinos hasta el último grano de sus cosechas. Con este fin fué montada lo que los falangistas denominaron "batalla del trigo".

¿En qué consiste la "batalla del trigo"? Lo fundamental de la disposición consiste en dejar que el productor pueda vender a precio libremente contratado con el comprador, pero siempre por el canal del Servicio Nacional del Trigo, todo el trigo que le quede disponible una vez que haya entregado a precio oficial el cupo que se le ha asignado. Esta disposición que va a aplicarse por primera vez a la cosecha de este año, representa para los grandes terratenientes una ventaja que contrastará brutalmente con el robo aún más intenso de que serán víctimas los pequeños campesinos, que constituyen la inmensa mayoría de los 1.655.000 productores de trigo que hay en España. Nuevas cargas pesarán sobre el millón de campesinos que según el propio Franco, cultivan menos de una hectárea de trigo y que ya actualmente son perseguidos y torturados, asesinados a veces, porque no llegan a cubrir los cupos asignados. Ningún beneficio obtendrán, tampoco, los 400.000 campesinos que cultivan de una a tres hectáreas ni aquellos que cultivan algunas más. Los grandes terratenientes, que monopolizan los organismos de Falange, gravarán mucho más los cupos de los pequeños campesinos mientras que ellos que no cumplen ninguna disposición de las que imponen a los campesinos, y se reservarán la mayor parte para la libre contratación. Esa disposición significa la legalización del mercado negro para los grandes terratenientes y sus resultados inmediatos serán el inevitable encarecimiento del pan y del coste de la vida en general, sin que ello aporte a las masas campesinas otro cosa que mayores dificultades y más miseria.

Esa disposición apareció como un anticipo de nuevos

privilegios para los grandes explotadores del campo antes de la III Asamblea Nacional de Hermandades. Más de dos mil grandes terratenientes de toda España se reunieron en esa Asamblea. Las eufóricas manifestaciones de adhesión a Franco, celoso guardador de sus privilegios, viéronse turbadas de vez en cuando por acentos de quejas y de exigencias, así como por la inquietud y el temor ante el constante ascenso del descontento y de la lucha de las masas trabajadoras del campo. Así surgió, por ejemplo, una ponencia sobre el paro forzoso de los jornaleros agrícolas y hubo reiteradas alusiones a la "reforma agraria". El falangista y banquero, a la vez Ministro de Agricultura, Carlos Rein, se vió obligado a comenzar su discurso respondiendo a esas quejas e inquietudes, diciendo:

"Cualquiera que haya seguido de cerca vuestras deliberaciones podría sacar la consecuencia de que el campo español se encuentra en completa ruina, en el más absoluto abandono, y que existe una ausencia total de orientación en sus dirigentes para resolver sus problemas".

Pero el Ministro estaba hablando a los grandes terratenientes, "*los capacitados para empresarios*", como dijo con cinismo Franco, y esa Asamblea fué convocada para hablarles de ciertas concesiones y ventajas. "*No creáis que digo esto como censura*" —continuó—, y pasó a convencerles que debían desechar todo temor por la reforma agraria, añadiendo:

"Los planes del Instituto (Nacional de Colonización) se desarrollan sin pisotear los intereses de nadie".

"... donde la propiedad cumpla con su finalidad social de instrumento de trabajo, no sólo no hay que entorpecer su acción, sino estimularla buscando la proyección del hombre, del empresario, sobre la tierra".

Y pasando al terreno de las promesas afirmó que *para esos propietarios* habrá en adelante abonos y anticriptogámicos, semillas, tractores y maquinaria. La tímida y

demagógica ponencia sobre los jornaleros en paro forzosamente fué rápidamente rechazada, lo que vino a demostrar evidentemente el carácter de clase que imperaba en aquella Asamblea.

La importancia que en ella se dió a ese antro de estraperlo que llaman Instituto Nacional de Colonización no tuvo nada que ver con las necesidades de los campesinos sin tierra, sino con los servicios que presta a los grandes terratenientes y a los Consorcios capitalistas. Brevemente se refirió el Ministro a la obra de "asentamientos" realizada por el Instituto y la presentó con las siguientes palabras:

"El conjunto de disposiciones citadas ha permitido la instalación de 22.574 familias, en un total de 276 fincas, adquiridas por el Instituto, por compra directa y expropiación..."

El carácter vergonzosamente demagógico de estos planteamientos queda sobradamente demostrado por el hecho de que, aún aceptando esa cifra como obra del Instituto durante los diez años de su existencia, a este ritmo se tardaría la friolera de 1.050 años para dar un pedazo de tierra a los 2.392.264 jornaleros eventuales (sin contar a los obreros fijos y al millón de aparceros y arrendatarios que tampoco tienen tierra propia). Cuando el Instituto ha hecho algún asentamiento ha sido, o bien en interés de grandes terratenientes y empresas capitalistas que expulsan a los campesinos de las tierras feraces a cambio de eriales imposibles de cultivar y que no tardan en abandonar hambrientos y desesperados, o bien porque exigen del presunto "beneficiario" el pago al contado del 20 por ciento del valor de la tierra, valor establecido por el propio Instituto, y que se comprometa a pagar el resto en veinte anualidades. Está claro que ningún jornalero agrícola o campesino pobre cuenta con esta posibilidad.

El régimen terrorista de Franco, impuesto a sangre y fuego para conservar los privilegios de los grandes terratenientes, que entre mares de sangre arrebató a los cam-

pesinos la tierra que el Partido Comunista y la República les habían dado, no tiene ni puede tener otro interés que aumentar aquellos a base de reforzar la inicua explotación de las masas trabajadoras del campo y de todo el pueblo.

El Instituto no invierte los 160 millones de pesetas de su presupuesto de este año, más los 375 millones de sus recursos, 200 millones de emisión de la deuda amortizable y los 75 millones directamente emitidos en obligaciones para dar tierra a los campesinos. Todo esto sirve, con los consiguientes chanchullos falangistas, para la construcción de presas de agua, caminos, etc., según las conveniencias de los grandes terratenientes y de esos Consorcios capitalistas cuya creación están impulsando Franco y los imperialistas americanos.

En adelante, ésta ley se aplicará, entre otros, a los cultivos de trigo, arroz, remolacha, caña y cacahuete, en regadío, *aún cuando esas tierras se encuentren en zonas que ya son de riego*, por el mero hecho de que dejen de ser secano. La anulación de esta limitación anterior viene a demostrar a los grandes terratenientes la utilidad que para ellos tiene el Instituto de Colonización. *La misma ley excluye taxativamente de sus beneficios a todos los productores de menos de una hectárea*, es decir, a la inmensa mayoría de los campesinos, puesto que aún de aquellos que poseen más de una hectárea son muchos los que no pueden dedicarla a un cultivo determinado. La misma disposición extiende también esos beneficios a las tierras de secano, siempre que sean de nueva incorporación al cultivo. No se necesita explicar que sólo los grandes terratenientes podrán beneficiarse, puesto que solamente ellos disponen de tierras laborables, hasta ahora criminalmente abandonadas. Mientras tanto los campesinos trabajadores que quieran tener trigo tendrán que seguir pagando a 5 y más pesetas el kilo el que ellos han de entregar a 2.50, así como los pequeños productores de arroz, que han de entregarlo también a 2.50 pesetas, han de comprarlo, luego, a 4.50 por lo menos, una vez que han consumido las ínfimas cantidades que se les autoriza

a guardar. Y mientras la disposición llamada de la "batalla del trigo" impone a los campesinos la intervención total de la cebada y la avena, los grandes terratenientes podrán cultivarla en virtud de la nueva disposición fuera de todo control e intervención.



La lucha de clases se agudiza y exacerba en el campo sin que puedan contenerla la triplicación del número de la Guardia Civil ni esos cuarteles-fortalezas que, a toda prisa y despilfarrando millones va construyendo el franquismo por pueblos y aldeas. Aumenta en el campo el número de choques entre campesinos y Guardia Civil. Se asesina cobardemente a aquellos que, empujados por el hambre, van en busca de los alimentos que ellos y sus familias necesitan y que el franquismo no les deja ganar con su trabajo.

"En los campos menudean los atentados a la propiedad", escribía "ABC" en agosto del año pasado. Y publicaba una carta del terrateniente de Carmona (Sevilla), Sánchez Beloso, en la que se habla de

"esos elementos indisciplinados... que sistemáticamente y de una manera descarada y violenta han irrumpido en nuestros predios".

Mientras el paro forzoso se extiende en el campo y muchos jornaleros agrícolas no pudieron trabajar el pasado año ni treinta días, Falange encuentra todavía la manera de caer sobre ellos e imponerles una cuota mensual fijada en 3 pesetas para los campesinos y obreros fijos y 2,50 a los jornaleros eventuales, amenazando con privar de "todo derecho" a los que no la paguen. Esto quiere decir que se les negará toda posibilidad de trabajar y que se intensificará su persecución, que serán sometidos sin cuartel a las peores torturas del hambre y del terror.

Franco y Falange desatan su represión sangrienta sobre los jornaleros agrícolas y campesinos que no se re-

signan a tan miserables condiciones de vida y las hienas con tricornio disparan sin ningún aviso. Las detenciones de campesinos se suceden en toda España. Más con todo, Franco y Falange no consiguen paralizar la lucha de las masas campesinas, que adquiere nuevas y más amplias proporciones.

Ultimamente se ha producido en el pueblo valenciano de Enguera, de más de 7.000 habitantes, un hecho importante que viene a demostrar hasta qué punto crece la indignación de los campesinos y sus posibilidades cuando luchan unidos y resueltos.

Los cupos impuestos para la última cosecha de aceituna, dejando a los campesinos seis litros de aceite por persona para todo el año, provocó una fuerte irritación que se exacerbó cuando Falange ordenó la clausura de los pequeños molinos de aceituna con el fin de impedir la molienda clandestina de los campesinos y dejando abiertos los molinos de los caciques falangistas. Cuando los agentes de la Fiscalía llegaron a Enguera las campanas tocaron a rebato y el vecindario, hombres, mujeres y niños se concentró en la plaza y arremetió contra aquellos propinándoles severa paliza hasta que, protegidos por la Guardia Civil, se refugiaron con ésta en la casa del Juzgado. Los manifestantes siguieron en la plaza gritando su indignación y apedreando la casa, haciendo saltar hechos trizas los cristales de las ventanas.

Otra importante acción ha tenido lugar en Rodeiro, aldea de La Coruña, donde hombres y mujeres del campo han demostrado su decisión de hacer frente a las draconianas medidas falangistas. El Ayuntamiento franquista decidió prohibir que los campesinos apacentasen su ganado en el monte vecino, amenazando con multarles con 150 pesetas por yegua, 100 por vaca y 5 por oveja, si contravenían la orden. La indignación que eso produjo entre los campesinos se tradujo inmediatamente en la decisión unánime de llevar al monte todo el ganado, dando a conocer además su decisión de romper la crisma al que tratara de oponerse. El guardia forestal, enviado por

el alcade, no solamente no consiguió nada, sino que volvió malparado por los golpes que las mujeres le propinaron. Entonces acudió la Guardia Civil que quiso descubrir a las autoras de los golpes recibidos por el guardia forestal, sin conseguir nada gracias a la unidad con que las mujeres supieron responder a las coacciones y amenazas.

En Cataluña después de la lección dada por los campesinos arroceros de Tortosa a los agentes de la Fiscalía que iban a clausurar los molinos maquileros, ha sido recientemente en Ametlla de Mar donde otros bandidos, que iban a requisar la aceituna en los molinos, se encontraron con la merecida paliza de manos del propietario del molino ayudado por las mujeres del pueblo.

Estos hechos, que no son ni mucho menos únicos, que coinciden con otros similares en numerosos pueblos de Andalucía, Galicia y Valencia, de Castilla, de Cataluña y de Aragón, la frecuencia con que se repiten y los lejanos puntos en que tienen lugar, demuestran la existencia de un amplio recrudecimiento de la protesta y la lucha de los campesinos contra la política del régimen y contra el propio régimen de opresión y de robo descarado de sus productos.

El odio de las masas campesinas hacia el franquismo, la exasperación ante el contraste brutal de su situación de extrema miseria y de los privilegios escandalosos de los grandes terratenientes, así como los estrechos lazos, que cada día han de fortalecerse más, entre aquellas y los guerrilleros, agiganta en ellas el recuerdo de la República de nuevo tipo que le dió tierra y libertad.

Ante los campesinos se plantea el dilema inexorable de vivir como esclavos o de luchar por la vida y por la tierra. Ni el terror de los civiles ni la demagogía de una Iglesia terrateniente y fascista, que pretende confundirlos y desviarlos de su unidad revolucionaria con la clase obrera, podrán paralizar esa lucha vital de los campesinos que se manifiesta en la ocultación de los productos y en el enfrentamiento con las comisiones de requisa, en

el asalto a las grandes fincas de los terratenientes en busca de alimentos para sus familias hambrientas, e inclusive cuando en un arrebatado de cólera destruyen las cosechas, prefiriendo perderlas a entregarlas a los miserables bandidos falangistas.

Para encauzar esta lucha y darle la eficacia que requiere, el Partido Comunista se esfuerza por desarrollar en los campesinos la conciencia de su propia fuerza y por organizar en todo el país, multiplicando los existentes, Consejos de la Resistencia que dirijan su acción en mejores condiciones por esas mismas reivindicaciones, por las que, con menos eficacia y mayor peligro, luchan aislados. Cumpliendo esta importante tarea el Partido Comunista refuerza sus filas con los elementos más enérgicos y combativos, principalmente de los jornaleros agrícolas y campesinos pobres y contribuye a fortalecer los lazos de la alianza de los campesinos con la clase obrera.

Hoy es de una importancia vital el hacer los mayores esfuerzos para llevar a cabo la alianza de la clase obrera y los campesinos; para unir la acción, la protesta, la lucha de los obreros con la de los campesinos, bajo la dirección de la clase obrera, contra el régimen de terror y desenfrenada explotación de los grandes capitalistas y terratenientes. Un gran trabajo político hay que realizar para que las amplias masas campesinas vean con suficiente claridad y comprendan que su aliado y dirigente es la clase obrera y que en común deben prepararse y organizarse la lucha contra los verdugos fascistas del régimen.

Esto es tanto más necesario, cuanto que el régimen fascista de Franco, siguiendo la ya conocida táctica, no cesa en su propaganda criminal para enfrentar a los obreros con los campesinos, con el "argumento" de que si la vida es cara, si escasean productos agrícolas, es por culpa de los campesinos que no rinden lo que deben y ocultan parte de sus cosechas, cuando lo cierto es que la carestía de la vida y la escasez de alimentos se debe al

carácter de clase del régimen y a sus preparativos de guerra, como se acaba de explicar.

La alianza de los obreros y campesinos es una necesidad de primer orden para la lucha contra el franquismo, hoy, y lo será mañana para la implantación de la República democrática, para llevar a cabo la revolución agraria, para el progreso y la prosperidad de España.

Los campesinos españoles, que tan heroicamente lucharon durante nuestra guerra justa de liberación por la República que les dió la tierra y les ayudaba a aumentar la producción, odian al franquismo y sus preparativos de guerra contra la Unión Soviética, el país del Socialismo en marcha hacia el Comunismo, al que consideran con razón y por experiencia baluarte de la democracia y de la Paz, el mejor amigo de España. Los campesinos españoles odian esa guerra en la que se les quiere hacer carne de cañón y en la que los imperialistas anglosajones amenazan con hundir a España, con la complicidad de Franco y Falange, en los horrores de la destrucción atómica y del exterminio en masa de la población, de mujeres, niños y ancianos.

La lucha por la Paz, contra la preparación y provocación a la guerra del régimen franquista, está en el centro de la acción del Partido al orientar a los Consejos de la Resistencia para movilizar las masas campesinas, unir las y organizarlas en la lucha contra las cargas abrumadoras que el franquismo las ha echado encima, contra las nuevas medidas de terror y expoliación.

El Partido Comunista orienta a los campesinos a que defiendan sus cosechas desarrollando la lucha contra los privilegios de los grandes terratenientes y contra las intervenciones y requisas, por la libertad de precios y comercio para todos los campesinos. Les orienta en la lucha contra el monopolio de los terratenientes sobre los abonos e insecticidas, organizándoles para exigir la distribución en medida suficiente y a precio asequible para ellos.

La unidad de los jornaleros agrícolas con todos los campesinos ha de permitirles organizar la acción para negarse a pagar la cuota de 3 pesetas y de 2.50, impuesta por las Hermandades; y ayudar a los jornaleros agrícolas a conseguir mejoras de salarios y exigir trabajo o un subsidio decoroso; orienta a los arrendatarios, medieros y propietarios trabajadores a negarse a pagar los nuevos impuestos de guerra, a exigir una disminución substancial de las rentas y de las partes, y a oponerse con éxito a los intentos de deshaucio de aparceros y arrendatarios y a la expulsión de los pequeños propietarios de sus tierras hipotecadas.

Unidos en los Consejos de la Resistencia, los campesinos podrán luchar eficazmente por la liberación inmediata de los que son detenidos por haber entrado en fincas de los grandes terratenientes en busca de alimentos o por haberse opuesto a librar los cupos y escondido los productos y, en general, por cualquier acto de resistencia frente al régimen, desarrollando la lucha contra el terror franquista.

Muchos y diversos son los problemas concretos que cada día surgen en el campo, imposibles de resolver para el campesinado aislado, pero que son profundamente sentidos y que pueden ser resueltos si los campesinos se unen y organizan en Consejos de la Resistencia y adquieren conciencia de su verdadera fuerza y de la fuerza de la clase obrera que les ayuda y dirige.



La política de clase y de guerra del régimen franquista, los privilegios para un puñado de grandes terratenientes y financieros y la inicua y brutal extorsión de las economías de millones de campesinos, esta es la causa de la catastrófica situación de la agricultura, de la que no es posible salir hasta que la fuerza unida de la clase obrera y las masas campesinas y populares no barran la dictadura fascista de Franco y Falange; hasta que no reconquisten la independancia de España y la República democrática que asegure la Paz y el pan a todo el pueblo,

que dé nuevamente la tierra a los jornaleros agrícolas y a los campesinos que carecen de ella o que la tienen en medida insuficiente.

No es posible acabar con el atraso general de España sin poner fin revolucionariamente al actual régimen semifeudal de propiedad de la tierra.

Un reducido número de señores feudales usurpan más de la mitad de toda la tierra cultivable del país, mientras cerca de dos millones de pequeños propietarios campesinos han de trabajar parcelas insuficientes en la mayoría de los casos, agobiados de deudas, de impuestos y otras cargas, amenazados por hipotecas que no pueden levantar obligados a trabajar sin los elementos más imprescindibles, a sembrar cultivos ordenados e intervenidos por Falange, sujetos a las requisas, sin poder disponer de los productos arrancados a la tierra a fuerza de trabajo y de sudor. En parecidas condiciones, extraordinariamente agravadas por la renta o las partes que han de entregar al señor feudal, trabajan pobrementemente un millón de arrendatarios, colonos y aparceros, atados al dueño de las tierras por la extrema miseria en que viven y por el temor al deshaucio que los terratenientes pueden ordenar, bajo el franquismo, según su mejor conveniencia o voluntad. Y en condiciones más difíciles aún, si ello es posible, medio millón de obreros agrícolas considerados fijos, sin otros medios de vida que la venta de su fuerza de trabajo, sudan jornadas agotadoras por salarios de hambre, mientras otros dos millones y medio de jornaleros eventuales viven miserablemente, hambrientos y afanándose en busca de un trabajo que no encuentran más que raramente, obligados a comer raíces.

En España, no podrá haber paz, ni democracia, ni progreso, sin acabar con los privilegios de esos señores feudales y con el régimen de propiedad en que se asienta su poder sangriento. Es de una necesidad vital para España la revolución agraria que ponga la tierra en manos de los que la trabajan arrebatándosela sin indemnización a esos bandidos que, para conservarla junto con sus privilegios

de clase, han tenido sometido el campo español a un atraso de siglos y se han opuesto ferozmente a todo intento de progreso y civilización, hasta imponer con la ayuda del fascismo italo-alemán la sangrienta dictadura de Franco y Falange que ahora sostienen con la ayuda del imperialismo anglosajón. Esto no puede hacerse si no es de manera revolucionaria, bajo la dirección de la clase revolucionaria, la clase obrera, y de su Partido de vanguardia, el Partido Comunista de España.

Los campesinos españoles y todo nuestro pueblo tienen ya una experiencia de la revolución agraria en España que como punto de partida es una base de orientación para el futuro. Y la tienen también de lo caro que se está pagando el haber depositado la confianza en los dirigentes burgueses republicanos y socialdemócratas que tuvieron el Poder desde el advenimiento de la República hasta fines del 1933. Nada hicieron por destruir las bases del poder de los terratenientes y del Estado monárquico semifeudal. Dejaron intacta la gran propiedad terrateniente y en muchas ocasiones lanzaron la Guardia Civil contra trabajadores agrícolas y los campesinos hambrientos que luchaban por el pan y por la tierra. Hicieron esto precisamente en defensa de los grandes terratenientes que, en agosto del mismo año 1932, ya demostraron con la sublevación del general Sanjurjo en Sevilla, que estaban conspirando contra los trabajadores y la República.

La guerra nacional de liberación del pueblo español dió ocasión a los campesinos de apreciar los inmediatos resultados de la participación de la clase obrera en el poder, representada por su Partido dirigente, el Partido Comunista de España. Por decreto de 7 de octubre de 1936, al mes de haber sido nombrado Ministro de Agricultura el camarada Vicente Uribe, el Partido Comunista dió solución revolucionaria al problema agrario de España. En la zona republicana, sin contar Cataluña, cerca de cinco millones y medio de hectáreas de tierra fueron confiscadas sin indemnización a los grandes terratenientes fascistas y repartidas entre los jornaleros agrí-

colas y campesinos pobres, asegurando a cada familia la propiedad de parcelas por una extensión no inferior a 15 hectáreas, ayudándoles el Estado con aperos, abonos semillas y créditos en dinero. Así se arrancaban de cuajo las raíces del sistema semifeudal de propiedad de la tierra y se demostraba a los campesinos que pueden y deben tener confianza en la clase obrera y en el Partido Comunista.

Hoy es necesario fortalecer en los campesinos la aspiración revolucionaria a poseer la tierra que trabajan y desarrollar su conciencia de que han de lograrlo por su propia lucha, aliados a la clase obrera y a todas las fuerzas populares y progresistas, bajo la dirección de la clase obrera. Es de gran importancia que, junto a la tarea de unir y organizar a los campesinos en la lucha contra el régimen franquista y los preparativos de guerra, por sus reivindicaciones diarias, frente a las nuevas medidas de represión y de robo descarado de sus cosechas, nuestro Partido, los Consejos de la Resistencia y cuantos comprenden la absoluta necesidad de la transformación revolucionaria del país, popularicen y expliquen entre las amplias masas de trabajadores del campo el programa presentado por nuestra querida dirigente, el Jefe de nuestro Partido, la camarada Dolores Ibarruri, y particularmente el primer punto, en el que se plantea la solución que requiere el problema agrario, el problema más importante de la actual etapa de la revolución española:

“1. —Profunda reforma agraria, basada en la supresión de la gran propiedad latifundista y terrateniente y en el reparto de la tierra entre los campesinos pobres y los jornaleros agrícolas, facilitando el Estado los créditos necesarios para su cultivo.

Los propietarios que estén exentos de responsabilidad de los crímenes cometidos por el franquismo, y cuyas tierras sean incautadas, deberán recibir la indemnización que sea establecida por las leyes”.

KIM IR SEN

*Presidente del Partido
del Trabajo de Corea*

LA LUCHA DEL PUEBLO COREANO POR UN ESTADO UNICO, INDEPENDIENTE Y DEMOCRATICO

I

Han transcurrido cerca de cinco años desde que el gran Ejército Soviético, después de derrotar a los militaristas japoneses y de liberar a nuestro país del yugo colonial —prolongado durante muchos años—, abrió al pueblo coreano el camino que conducía a su renacimiento, a la formación de un Estado democrático independiente y a la mejora radical de las condiciones de vida de los trabajadores. Corea se convirtió en un país libre. El pueblo implantó por vez primera su Poder.

Ya en los primeros días que siguieron a la liberación se constituyeron en toda Corea los Comités Populares locales. Estos Comités, integrados por representantes de los diversos sectores de la población —obreros, campesinos, personalidades de la vida cultural, pequeños comerciantes e industriales— eran órganos auténticos del Poder popular. Bajo su dirección, nuestro pueblo inició la construcción democrática del país.

Sin embargo, las esperanzas del pueblo coreano liberado de ver a su patria unida e independiente no se confirmaron. Un mes después de la derrota del ejército japonés por las tropas soviéticas, en la parte Sur de nuestro país desembarcaron las tropas de los Estados Unidos de América. Apenas las tropas yanquis pisaron tierra coreana, la reacción empezó a levantar cabeza en Corea del Sur. Poco después se hizo evidente que los imperialistas norteamericanos no querían permitir la creación de un Estado coreano

independiente, sino que se proponían convertir a Corea en una colonia suya.

Ya entonces, en los primeros días posteriores a la liberación, quedaron trazados con suficiente claridad los dos caminos opuestos por los que han marchado Corea del Norte y Corea del Sur.

En su Mensaje al pueblo coreano, el Alto Mando del Ejército Soviético —Ejército educado amorosamente por el gran Partido de Lenin y Stalin— decía en agosto de 1945:

“¡Ciudadanos de Corea! Vuestro país es libre. Pero ésta es sólo la primera página de la historia de Corea.

Del mismo modo que un jardín floreciente sólo crece merced al trabajo y a la solicitud del hombre, la felicidad puede conseguirse únicamente con la lucha heroica y el esfuerzo infatigable del pueblo coreano.

¡Ciudadanos de Corea! ¡Tened presente que la felicidad está en vuestras manos! Habéis recibido la libertad. Ahora, todo depende de vosotros mismos.

El Ejército Soviético ha creado todas las condiciones para que el pueblo coreano pueda emprender el libre trabajo creador.

Vosotros mismos debéis ser los forjadores de vuestra felicidad.”

En consonancia con sus promesas, el Mando soviético prestó toda clase de apoyo a los Comités Populares, permitiendo así al pueblo coreano efectuar por sí mismo las transformaciones democráticas y edificar una vida nueva y feliz.

No ocurrió lo mismo en Corea del Sur. En cuanto desembarcaron las tropas norteamericanas, MacArthur publicó el siguiente bando.

“En el territorio de Corea situado al sur del paralelo 38 de latitud Norte, todo el Poder administrativo se encuentra bajo mi jurisdicción.

La población queda subordinada incondicionalmente a las órdenes que aparezcan con mi firma. Las personas que actúen contra las tropas de ocupación o alteren el orden y la tranquilidad pública, serán castigadas severamente y sin piedad.

Durante el período de ocupación militar, el idioma oficial será el inglés.”

En cumplimiento de esta orden, la administración militar norteamericana disolvió los Comités Populares creados por voluntad del pueblo, privó a éste de la libertad de palabra, de prensa, de reunión y de asociación; encarceló y exterminó a los patriotas coreanos. En la parte Sur del país, los Estados Unidos aplicaron una política reaccionaria dirigida a convertir Corea del Sur en una colonia del imperialismo yanqui.

De acuerdo con la decisión adoptada en diciembre de 1945 por la Conferencia de Moscú de los Ministros de Relaciones Exteriores de las tres potencias, la delegación soviética en la Comisión mixta soviético-norteamericana reclamó insistentemente la formación de un Gobierno democrático único de Corea. Sin embargo, los imperialistas norteamericanos, comprendiendo que sería imposible realizar sus planes agresivos en Corea si se constituía dicho Gobierno, se negaron a aceptar las justas propuestas de la Unión Soviética e incumplieron el convenio de Moscú.

Entonces desempeñaron el vergonzoso papel de traidores a la Patria y al pueblo los elementos pro japoneses y otros reaccionarios, al frente de los cuales figuraba Li Sin Man, enemigo encarnizado del pueblo coreano. Todos ellos, cumpliendo las órdenes de las autoridades yanquis, se pronunciaron contra la aplicación del acuerdo de Moscú, encubriéndose con la consigna de "¡Contra la tutela!" Todos ellos ayudaron a los imperialistas norteamericanos a frustrar la labor de la Comisión mixta soviético-norteamericana y el cumplimiento de la decisión de Moscú, que respondía a los intereses del pueblo coreano.

A consecuencia de ello, el pueblo de Corea del Sur, liberado del yugo de los invasores japoneses por el Ejército Soviético, volvió a caer bajo el Poder de los imperialistas extranjeros, esta vez los yanquis, y Corea fué dividida artificialmente en dos partes por el paralelo 38.

II

En esta situación, ante el pueblo de Corea del Norte surgió la tarea de cohesionar todas las fuerzas democráticas

para crear la base política y económica de un Estado democrático único. Era esta una importantísima misión en la obra de conseguir la unidad del país.

Ante el pueblo coreano planteáronse las siguientes tareas:

1. Consolidar los Comités Populares, apoyados en el Frente Unico Democrático de la Patria, que agrupa a todos los partidos y organizaciones sociales de carácter democrático, a todas las fuerzas democráticas.

2. Liquidar las consecuencias de la dominación del imperialismo japonés, que constituyen el primer obstáculo en el camino de la construcción del Estado democrático: garantizar la libertad de palabra, de prensa, de reunión y de asociación; crear y afianzar los sindicatos y otras organizaciones sociales democráticas.

3. Efectuar la reforma agraria, es decir, confiscar la tierra de los terratenientes coreanos y de los colonizadores japoneses y distribuirla gratuitamente entre los campesinos sin tierra, lo que liquidaría para siempre el sistema de usufructo de la tierra basado en los arrendamientos de tipo feudal. Nacionalizar las fábricas y empresas, el transporte, los Bancos, las minas, los yacimientos y los bosques que pertenecieron a los imperialistas japoneses y a los traidores a la nación; reconstruir las empresas y los ferrocarriles destruidos por los invasores nipones; mejorar la vida del pueblo.

4. Preparar los cuadros nacionales necesarios para la dirección del Estado; implantar el sistema democrático de enseñanza y ampliar la red de establecimientos docentes.

Este programa combativo de democratización del país respondía a los intereses de los más amplios sectores de la población de Corea. El Partido del Trabajo se puso a la cabeza del pueblo en la lucha por la realización de este programa.

Para que los Comités Populares pudiesen solucionar con eficacia los importantísimos problemas planteados ante ellos por el pueblo, y a fin de consolidarlos como órganos del Poder popular, en 1946 se celebraron, sobre una amplia base democrática, elecciones a los Consejos Populares locales y, más tarde, al órgano central de Poder: el Comité Popular de Corea del Norte.

Las elecciones a los Comités Populares se celebraron a base del sufragio universal, igual, directo y secreto. Transcurrieron en medio de una manifestación auténticamente libre de la voluntad de las más amplias masas y fueron las primeras elecciones democráticas que registra la historia de Corea.

En las elecciones a los Comités locales participó el 99,6 % de los electores. En virtud del Reglamento electoral, sólo fueron privadas del derecho a participar en estas elecciones 4.387 personas: elementos projaponeses, alienados y personas condenadas por los tribunales a una pena que implicase la privación de los derechos electorales.

Fueron elegidos 3.459 diputados a los Comités provinciales, urbanos y comarcales: 510 obreros, 1.256 campesinos, 1.056 empleados, 311 trabajadores del arte y de la literatura, 145 comerciantes, 73 industriales, 94 sacerdotes y 14 de profesiones varias. Los Comités Populares son, pues, órganos de Poder integrados por representantes de los diversos sectores del pueblo coreano y basados en una sólida alianza de los obreros y los campesinos bajo la dirección de la clase obrera. Estos Comités fueron creados por el propio pueblo.

Las elecciones a los Comités Populares locales y al Comité Popular de Corea del Norte consolidaron éstos legislativamente como forma de Poder del Estado.

En su actividad, los Comités Populares se apoyan en las grandes masas del pueblo, llevan a la práctica las reivindicaciones de éstas, gozan del concurso de todo el pueblo y están íntimamente vinculados a él.

Sin transformaciones democráticas hubiera sido imposible construir con éxito el Estado democrático independiente. Sin ellas no se hubiera podido restaurar y desarrollar la economía nacional destruída, no hubiera sido posible elevar de manera radical el bienestar de los trabajadores ni instaurar en el país el régimen democrático popular.

La primera de estas transformaciones democráticas fué la liberación de los campesinos —que forman cerca del 80 % de la población total del país— del yugo feudal-terrateniente.

En virtud de la ley de reforma agraria, promulgada por el Comité Popular de Corea del Norte en marzo de 1946, fueron confiscados y distribuidos gratuitamente entre los campesinos sin tierra o con poca tierra 1.000.325 tenbõ (1 tenbo=0,992 Ha.) de terrenos que habían pertenecido a los colonizadores japoneses, a los terratenientes y a los traidores a la nación.

Como consecuencia de la reforma agraria fué liquidado el sistema feudal de posesión de la tierra, que era un obstáculo para el fomento de la agricultura de Corea. Los terratenientes y los usureros rurales, que constituían el centro de la reacción en el campo, fueron privados de base económica.

La reforma agraria convirtió en realidad los anhelos seculares de los campesinos, emancipándolos para siempre de la explotación feudal y de la esclavización por parte de los terratenientes. La reforma convirtió a los campesinos en dueños de la tierra, elevó su actividad política y su patriotismo, acrecentó su entusiasmo en el trabajo y creó las condiciones imprescindibles para mejorar su vida material y cultural. Con ello fueron liquidadas las causas de la miseria y de la ruina de los campesinos coreanos. La reforma agraria abrió nuevos caminos para el desarrollo del campo coreano. Fortaleció la alianza de la ciudad y del campo y creó las condiciones para resolver el problema de abastecer de viveres a la población y de materias primas a la industria.

A continuación de la reforma agraria se efectuó la nacionalización de las ramas más importantes de la industria, del transporte, de los medios de comunicación y de los Bancos que habían pertenecido a los japoneses y a los traidores al pueblo coreano.

El Mando del Ejército Soviético, por encargo de su Gobierno, entregó gratuitamente al pueblo coreano todas las empresas, ferrocarriles, medios de transporte y de comunicación, Bancos, etc., que habían pertenecido a los imperialistas japoneses.



El 10 de agosto de 1946, el Comité Popular de Corea del Norte promulgó la ley de nacionalización de la industria, en virtud de la cual pasaron a ser propiedad del pueblo y del Estado las fábricas y empresas, los ferrocarriles, los Bancos y los medios de transporte y de comunicación que habían pertenecido a los imperialistas nipones, a los elementos pro-japoneses y a los traidores a la nación.

Todas estas empresas habían sido creadas con el sudor y la sangre de nuestro pueblo, mediante la cruel explotación de la población coreana y el saqueo del país por los imperialistas japoneses. Durante casi medio siglo, el pueblo coreano, arrastrando una vida de miseria y de hambre, se vió obligado a trabajar para los invasores nipones y para sus perros de presa, los elementos projaponeses y los traidores a la nación.

Como resultado de la nacionalización, las empresas industriales y la maquinaria pasaron a ser propiedad del pueblo coreano. Hoy son utilizadas en beneficio de los trabajadores y se han convertido en la base para la restauración y el fomento de la economía nacional.

La nacionalización de la industria, que privó de base económica a los elementos reaccionarios y projaponeses de Corea del Norte, es una de las victorias más importantes logradas por las masas populares. Ha asegurado la posición dominante del sector del Estado en la economía nacional.

Como resultado de la nacionalización, se han creado las condiciones necesarias para el desarrollo planificado de la economía del país. Entre los obreros se ha desarrollado un movimiento patriótico, inusitado en la historia de Corea, en pro del aumento de la producción.

Junto con la ley de nacionalización de la industria fué promulgado el Código de Trabajo.

Durante la dominación japonesa, los obreros coreanos eran explotados de un modo cruel: trabajaban de 12 a 14 horas al día. Era singularmente difícil la situación de las obreras y de los obreros adolescentes. No existían en absoluto medidas de protección del trabajo y seguros sociales.

El Código de Trabajo, promulgado por el Comité Popular de Corea del Norte, mejoró radicalmente la situación material y jurídica de los obreros y empleados. De conformidad con esta ley, se implantó la jornada de ocho horas para los obreros y empleados y la de siete horas para los obreros ocupados en trabajos insalubres. Los obreros adolescentes de 14 a 16 años de edad trabajan actualmente cinco o seis horas al día y está prohibido el trabajo de los niños menores de 14 años. A los obreros y empleados se les concede anualmente dos semanas de vacaciones, y a los obreros de profesiones insanas y a los adolescentes, un mes de vacaciones, con disfrute del salario en todos los casos. Se han adoptado diversas medidas concernientes a los seguros sociales y a la protección del trabajo.

En la actualidad, como resultado de la aplicación de la ley sobre la igualdad de derechos de la mujer, nuestras mujeres, que forman la mitad de la población de Corea, participan al igual que los hombres en la vida política, económica y cultural del país. Por ejemplo, entre los diputados a los Comités Populares se cuentan hoy 11.509 mujeres; 69 mujeres son diputados a la Asamblea Popular Suprema.

Por tanto, ya en 1946 fueron realizadas en la parte Norte del país las transformaciones democráticas fundamentales en la esfera de la política, de la economía y de la cultura. Una vez consolidados los resultados de estas importantísimas transformaciones, el pueblo coreano tiene ante sí la misión de restablecer y desarrollar en el más corto plazo la economía nacional y elevar el nivel de vida material y cultural. En los cinco años transcurridos desde la liberación, se ha verificado una inmensa labor para el cumplimiento de estas tareas.

En el camino del restablecimiento y del desarrollo de la industria de nuestro país alzáronse muchas dificultades. Al salir de Corea, los imperialistas japoneses destruyeron las empresas industriales básicas y el transporte y anegaron las minas. En nuestro país no existían cuadros técnicos preparados para la industria, no había cuadros calificados para la dirección de las empresas. Los imperialistas nipones habían

privado al pueblo coreano de la posibilidad de contar con sus propios cuadros nacionales administrativos y técnicos.

En el período de dominación del imperialismo japonés, todas las ramas de la industria coreana estaban subordinadas a la economía japonesa, de la que eran apéndices. A consecuencia de ello, no podíamos producir en nuestro país la maquinaria y los materiales necesarios; el utillaje técnico de la industria había envejecido y estaba desgastado.

Estas dificultades fueron superadas exclusivamente como resultado de la ayuda del Gobierno de la Unión Soviética y merced a la patriótica lucha de todo el pueblo coreano. Nuestro libertador —la gran Unión Soviética— tendió al pueblo coreano su mano de ayuda desinteresada.

Gracias al entusiasmo del pueblo coreano en el trabajo, pudimos remontar las dificultades y cumplir con todo éxito los planes del Estado de los años 1947 y 1948.

Esto permitió pasar a la realización del plan bienal de restauración y fomento de la economía nacional del país para 1949-1950. Este plan, aprobado por la segunda Sesión de la Asamblea Popular Suprema, planteó ante el pueblo coreano las siguientes tareas, de extraordinaria importancia:

1. Elevar en proporciones considerables el ritmo de aumento de la producción con el fin, no ya sólo de restablecer, sino también de rebasar el nivel de anteguerra en la producción industrial.

2. Liquidar el carácter unilateral de la industria, grave consecuencia del dominio japonés, y echar los cimientos de una economía nacional independiente.

3. Preparar todas las condiciones necesarias para, una vez unificado el país, restablecer en brevísimo plazo la economía de Corea del Sur, arrasada por los norteamericanos.

4. Crear en el país la abundancia de artículos de consumo fundamentales y elevar el nivel de vida material y cultural del pueblo.

Los trabajadores de Corea del Norte emprendieron con entusiasmo el cumplimiento de este plan. A iniciativa de los

obreros de vanguardia, en las empresas y en las obras se ha desplegado en vasta escala la emulación en el trabajo por cumplir con antelación y superar el plan bienal. La emulación comprende a más de 250.000 obreros, ingenieros y peritos.

Numerosas empresas y ramas enteras de la industria cumplieron el plan de 1949 mucho antes del plazo. El plan del primer año del bienio fué cumplido, en su conjunto, en el 102,8 %. La industria del Estado cumplió el plan en el 103,1 %.

En la actualidad se está realizando felizmente el plan de 1950. Respondiendo a la invitación del personal del combinado químico de Hynnam y de otras tres empresas de vanguardia de la provincia de Hamgen Meridional, se ha desplegado en toda Corea del Norte la emulación en honor del V aniversario de la liberación de nuestra patria por el Ejército Soviético. Muchas empresas se han comprometido a cumplir para este día sus planes. La mina Ynjur, la Dirección del transporte automovilístico Hamhyn y algunas otras empresas cumplieron ya para fines de febrero de este año sus planes bienales.

Durante estos años ha crecido considerablemente la industria, rama principal de la economía nacional de la parte septentrional de Corea. Si tomamos como 100 la producción global de la industria del año 1946, en 1947 ascendía al 189,3 %; en 1948, al 263,3 %, y en 1949, al 371,1 %.

No hemos conseguido solamente restablecer la industria; además, hemos construído de nueva planta muchas empresas y hemos abierto muchas minas, dotándolas de una técnica avanzada.

En 1949 se terminó la construcción en Nampho de la primera fábrica de vidrio de Corea, que abastecerá de vidrio de producción nacional a la industria de la construcción y al país. Se han instalado máquinas adicionales en la fábrica de papel de Kilchu y se ha ampliado la fábrica de lámparas eléctricas de Pyeng-Yang. Prosigue con todo éxito la construcción de la fábrica de zinc de Munphen, que será una de

las más importantes empresas de nuestra metalurgia no ferrosa. Para la economía nacional de nuestra República tendrá gran importancia la fábrica de material eléctrico de Kansan, actualmente en construcción, que será inaugurada a fines de este año.

Se construyen nuevas y potentes centrales hidroeléctricas, fábricas metalúrgicas y de construcción de maquinaria y fábricas textiles. El combinado textil de Pyeng-Yang, cuya construcción se terminará este año, suministrará una producción cuatro veces mayor que la de toda la industria textil de Corea del Norte bajo el dominio del imperialismo japonés.

La producción de algunas ramas de nuestra industria ha sobrepasado ya el nivel más alto alcanzado por los imperialistas nipones en 1944. Por ejemplo, la producción de la industria de construcción de maquinaria ha aumentado, comparada con la de 1944, en un 146,9 %, y la de la industria ligera, en un 52,7 %.

Se liquida paulatinamente el carácter unilateral de la industria. De día en día se incrementa la producción industrial, aumentan las acumulaciones de nuestra industria, se eliminan los defectos aún existentes en el trabajo y se crea la base de la economía nacional.

Hay que señalar, sin embargo, que la división artificial del país por el paralelo 38, además de causar sufrimientos al pueblo coreano, frena el desarrollo de la economía de Corea. Esa división influye con especial fuerza sobre la economía de Corea del Sur, llevada a una creciente decadencia como resultado de su sojuzgamiento y saqueo por el capital norteamericano, que, con la cooperación de los traidores al país, campa allí como en su propia casa. Corea del Sur no recibe la energía eléctrica, la hulla y otras muchas cosas que se obtienen abundantemente en Corea del Norte. Por otra parte, el Sur de Corea podría proporcionar a las fábricas y empresas del Norte materias primas, y a la población productos alimenticios que son exportados al extranjero.

En los últimos cinco años hemos conseguido grandes éxitos en la agricultura. Ha aumentado la actividad produc-

tiva de los campesinos, convertidos en dueños de la tierra después de la reforma agraria. Entre las amplias masas campesinas se ha desarrollado un movimiento popular para emprender obras de irrigación, que constituyen uno de los eslabones de la lucha por obtener cosechas abundantes y estables.

La parte septentrional de nuestro país, donde la industria está más desarrollada, ha dependido siempre, en cuanto se refiere a los productos alimenticios, de la parte Sur del país, el granero de Corea. Pero, a consecuencia de la política agresiva de los imperialistas yanquis, se ha establecido en Corea del Sur un régimen reaccionario y no hemos podido ni podemos todavía recibir viveres del Sur.

De ahí que nuestro pueblo se haya planteado el objetivo de transformar Corea del Norte en un país capaz de abastecerse por sí mismo de productos alimenticios y de materias primas industriales.

Como resultado de la acertada política del Gobierno de la República y de la patriótica lucha de los campesinos por el aumento de la producción agrícola, hemos solucionado en lo fundamental el problema del abastecimiento.

La cosecha global de cultivos cerealistas en la parte Norte de la República ha sido considerablemente superior a la cosecha de 1939, que había sido hasta ahora la más abundante de las recogidas en Corea. Si tomamos como 100 la cosecha de cereales de 1944, en 1948 se elevó al 129,6 %, y en 1949 —pese a la sequía—, al 129,8 %. La cosecha global de algodón en 1948 aumentó en el 107,5 %, y en 1949, en el 236,5 %, comparada con la de 1944.

Después de la reforma agraria se ha elevado considerablemente el nivel material y cultural de vida de los campesinos. El enorme crecimiento del bienestar y de la cultura de nuestros campesinos lo confirman elocuentemente los hechos, en particular los resultados de la investigación efectuada en 1949 en 42 pueblos del Norte del país (2.466 familias campesinas) por el Ministerio de la Tierra y de los Bosques de la República Democrática Popular de Corea.

En comparación con 1944, el número de escuelas primarias en estos pueblos aumentó en 7 veces, y el de clubs y salas de lectura, en 48 veces; el número de escolares de los establecimientos de enseñanza primaria creció en 2,5 veces, el de alumnos de las escuelas secundarias, en 10 veces, y el de estudiantes de los centros de enseñanza superior, en 6 veces.

En 1944, los campesinos de estos pueblos recogieron 117.000 sacos de trigo, y en 1949, 150.000 sacos (un saco=50 kilogramos).

En 1944, estos campesinos, después de pagar el arriendo de la tierra, se vieron obligados a pedir prestados a los terratenientes, en condiciones leoninas, 8.000 sacos de arroz. En cambio, en 1949, después de pagar al Estado un impuesto en especie de 37.000 sacos, de dejar para el sustento de la familia 81.000 sacos y de vender en el mercado otros 22.000 sacos de arroz, estos campesinos tenían aún otros 10.000 sacos de arroz como reserva hasta la recogida de la nueva cosecha.

En los últimos tres años han sido construídas de nueva planta el 18 % de las casas de estos pueblos. Los campesinos han adquirido 628 bueyes de labor.

Este ejemplo muestra elocuentemente el crecimiento de nuestra agricultura, la elevación del bienestar de los campesinos de la parte septentrional de nuestra Patria en los cinco años transcurridos desde la liberación.

En el desarrollo de la agricultura de Corea comienzan a desempeñar un importante papel las haciendas del Estado. Las 12 haciendas del Estado y las 9 estaciones experimentales de semillas fundadas en la parte septentrional del país ayudan a los campesinos a dominar la nueva agrotecnia y zootecnia de vanguardia, les enseñan a dirigir una gran hacienda mecanizada, dan la posibilidad de abastecer a las haciendas campesinas de semillas seleccionadas y de ganado joven de raza.

Por decisión del Gobierno, en 1950 han sido organizadas en la parte septentrional de nuestra República las primeras estaciones de alquiler de máquinas agrícolas, que ayudarán

a mejorar el laboreo de las tierras y acelerarán la aplicación de la agrotecnia de vanguardia en nuestra economía rural.

Con la labor de las estaciones de alquiler de máquinas, los campesinos se convencen por sí mismos de las ventajas de la agricultura mecanizada.

Una de las tareas primordiales de nuestro Gobierno es preparar cuadros nacionales, ya que, como nos enseña el Generalísimo Stalin, los cuadros lo deciden todo. El desarrollo ulterior y la prosperidad de nuestro país sólo son posibles si existen cuadros bien preparados, capaces de dirigir el Estado y de fomentar la economía y la cultura.

Hemos prestado seria atención a la instrucción pública y a la edificación cultural en la parte Norte del país, habiendo conseguido ya grandes éxitos en este aspecto.

En 1949, el número de escuelas primarias en la parte septentrional de la República era superior en 1,8 veces al de 1944, y el número de alumnos que asistían a ellas había aumentado en 1,7 veces. El número de escuelas medias incompletas y de escuelas secundarias ha crecido en 20 veces, y el de alumnos de las mismas, en 23 veces. Ha aumentado en 12 veces el número de escuelas técnicas de diverso tipo en las que cursan ahora 10 veces más estudiantes que antes. Durante el período de la dominación japonesa, en la parte Norte de Corea no había ni un solo Instituto. Ahora tenemos 15 Institutos, con más de 10.000 estudiantes.

En nuestro país, que carecía de sus propios cuadros técnicos, se incorporan ya este año a la producción ingenieros y peritos preparados en la propia Corea. Sólo en 1949 terminaron sus estudios en escuelas técnicas más de 4.000 personas; en nuestros Institutos acabaron los estudios superiores más de 1.400 especialistas. Además, varias decenas de miles de obreros calificados estudian en las escuelas técnicas de las fábricas y en cursillos de perfeccionamiento profesional de cuadros.

Ha sido terminada, en lo fundamental, la labor de liquidación del analfabetismo entre las amplias masas populares. En la actualidad, en más de 3.700 lugares funcionan

escuelas primarias y secundarias para adultos, en las que estudian más de 140.000 personas.

En la parte septentrional de la República también se han conseguido grandes éxitos en la esfera de la sanidad. En todos los confines del país han sido fundadas instituciones médicas. Se han construido casas de descanso y sanatorios para los obreros. Han sido liquidadas las enfermedades epidémicas, que eran una grave consecuencia del dominio de los imperialistas nipones.

Así, pues, en los cinco años transcurridos desde la liberación hemos conseguido enormes éxitos en la lucha por la organización de un Estado democrático independiente.

Estos éxitos han sido posibles, en primer lugar, porque el gran pueblo soviético liberó nuestro país de la dominación de los colonizadores japoneses.

En segundo lugar, porque el régimen democrático-popular establecido en la parte septentrional del país y las transformaciones democráticas realizadas por nosotros corresponden íntegramente a los intereses de nuestro pueblo y aseguran el victorioso desarrollo democrático de nuestra Patria.

En tercer lugar, porque nuestro Gobierno es apoyado por el pueblo, cohesionado en torno al Frente Único Democrático de la Patria, cuya fuerza aglutinadora y dirigente es el Partido del Trabajo, el partido más importante de Corea y que goza de la confianza de las amplias masas populares.

En cuarto lugar, porque en nuestra labor nos hemos apoyado en la riquísima experiencia de la Unión Soviética y de los países de democracia popular.

Todo esto ha asegurado la victoria del régimen democrático-popular en la parte Norte de nuestra Patria, cuyo pueblo marcha adelante con firmeza por el camino de la creación de un Estado único, independiente y democrático.

III

Una situación completamente distinta se ha creado en la parte meridional de nuestra Patria.

Los imperialistas norteamericanos, incumpliendo el acuerdo de Moscú de los tres ministros acerca de Corea, frustraron premeditadamente la labor de la Comisión mixta soviético-norteamericana. Se han esforzado por transformar la parte meridional de nuestra Patria —y en la actualidad la están transformando— en una base militar para la realización de sus agresivos designios en Oriente, en fuente de materias primas y en un mercado de venta para los monopolistas de Wall Street. Por eso se negaron a aceptar las justas propuestas del Gobierno soviético de que fuesen retiradas simultáneamente de Corea las tropas soviéticas y norteamericanas a comienzos de 1948 y de que se concediese al pueblo coreano la posibilidad de decidir por sí mismo sus destinos.

Los imperialistas norteamericanos llevaron ilegalmente la cuestión coreana a la Asamblea General de la O.N.U. y, utilizando una “mayoría” dócil, formaron la llamada “Comisión de la O.N.U. para Corea”, con cuya cooperación fueron efectuadas el 10 de mayo de 1948 en Corea del Sur elecciones por separado.

Los partidos políticos y las organizaciones sociales de carácter patriótico, todo el pueblo coreano, desplegaron una valiente lucha contra las elecciones por separado en Corea del Sur y contra la formación de un Gobierno pelele.

En abril de 1948, a iniciativa del Partido del Trabajo, fué convocada una Conferencia conjunta, en la que tomaron parte representantes de 56 partidos políticos y organizaciones sociales izquierdistas, derechistas y centristas del Norte y del Sur de Corea, que agrupaban en sus filas a más de 10.000.000 de personas adultas del país. En esta Conferencia no participaron únicamente reaccionarios tan empedernidos como Li Sin Man, Kim Son Su y otros traidores a la Patria.

La Conferencia conjunta de Abril de representantes de los partidos políticos y de las organizaciones sociales del Norte y del Sur de Corea desenmascaró a la “Comisión de la O.N.U para Corea” como instrumento de la política colonial del imperialismo norteamericano. La Conferencia acordó

boicotear las elecciones por separado del 10 de mayo y publicó una Declaración, en la que se decía que nuestro pueblo no consideraría legal a ningún Gobierno formado como resultado de dichas "elecciones" y que tal Gobierno no representaría al pueblo coreano.

A pesar de esto, la reacción de Corea del Sur y los imperialistas yanquis, recurriendo a las armas, al terror y a las amenazas, representaron en Corea del Sur la vergonzosa farsa de elecciones a la llamada "Asamblea Nacional" y formaron después el Gobierno reaccionario pelele de Li Sin Man, integrado por traidores a la Patria, por antiguos agentes del imperialismo nipón y por agentes norteamericanos.

Entre los diputados a la "Asamblea Nacional" no hay ni un solo obrero ni un solo campesino, a pesar de que los obreros y los campesinos constituyen la mayoría absoluta del pueblo coreano. Este hecho confirma suficientemente el carácter antipopular del "Gobierno" reaccionario pelele.

Las elecciones por separado en Corea del Sur y la formación del Gobierno marioneta reafirmó la división artificial de Corea en dos partes. Por eso, los dirigentes de más de 70 partidos políticos y organizaciones sociales de carácter patriótico se reunieron nuevamente en junio de 1948 en Conferencia conjunta, en la que declararon ilegales las elecciones por separado y adoptaron el acuerdo de celebrar elecciones generales en el Sur y en el Norte de Corea, proclamar la República coreana democrática única y formar el Gobierno democrático central.

Las elecciones populares de diputados a la Asamblea Popular Suprema de Corea tuvieron lugar el 25 de agosto de 1948 en el Sur y en el Norte del país. A pesar del cruel terror de la reacción —los elementos projaponeses y los traidores a la nación, que se apoyaban en la ayuda armada de los imperialistas norteamericanos—, en el Sur de Corea participó en las elecciones el 77,52 % de los electores. En la parte septentrional de Corea, donde las elecciones transcurrieron con plena libertad, tomó parte en ellas el 99,98 % del cuerpo electoral.

Por consiguiente, la Asamblea Popular Suprema es el

más alto órgano legislativo, creado como resultado de unas elecciones celebradas en todo el país. La primera Sesión de la Asamblea Popular Suprema proclamó la República Democrática Popular de Corea, aprobó la Constitución y formó el Gobierno de la República Democrática Popular de Corea.

La Constitución de la República Democrática Popular de Corea dió fuerza de ley a los resultados de las transformaciones democráticas ya efectuadas en la parte septentrional del país, concedió vastos derechos políticos a los trabajadores y abrió amplia perspectiva para la formación de un Estado democrático único. Esta Constitución encarnó los anhelos seculares de nuestro pueblo.

El Gobierno confirmado por la primera Sesión de la Asamblea Popular Suprema de Corea es un Gobierno de coalición, en el que están representados los principales partidos políticos y organizaciones sociales del Norte y del Sur de Corea.

El Gobierno de la República Democrática Popular de Corea, constituido como resultado de las elecciones generales, es el único Gobierno legítimo: lo apoya todo el pueblo coreano.

El Gobierno soviético atendió el ruego de la primera Sesión de la Asamblea Popular Suprema de Corea y retiró sus tropas del territorio de nuestro país, reconoció a la República Democrática Popular de Corea y estableció con ella relaciones diplomáticas. Fué ésta una nueva manifestación de la política exterior stalinista de la Unión Soviética, política de igualdad de derechos y de amistad de los pueblos. La Unión Soviética dió un nuevo y brillante ejemplo de respeto a la soberanía y a la independencia nacional de los pueblos pequeños.

Con la proclamación de la República Democrática Popular de Corea se inició una nueva etapa de la lucha por la creación de un Estado único e independiente. Los partidos políticos patrióticos y las organizaciones sociales, el pueblo coreano, que se agruparon más estrechamente aún en torno al Gobierno democrático, consolidan la base política y eco-

nómica de la República y luchan resueltamente por acelerar la unificación de la Patria.

El heroico pueblo de Corea del Sur amplía cada vez más la lucha de todo el pueblo por la liquidación del "Gobierno" fantoche de Li Sin Man, formado por los imperialistas norteamericanos en contra de la voluntad popular.

IV

Corea del Norte y Corea del Sur marchan, hasta ahora, por caminos diferentes. La situación política y económica de ambas partes de nuestro país muestra con mayor claridad cada día cuál de los dos caminos conduce a la Patria y al pueblo a la prosperidad.

Incluso después de la retirada de las tropas soviéticas de Corea, las tropas norteamericanas continuaron durante largo tiempo en Corea del Sur. Los imperialistas de los EE.UU. convirtieron la parte meridional de nuestra Patria en un país colonial dependiente, al concluir con el "Gobierno" pelele, reaccionario y antipopular un "acuerdo coreano-norteamericano de ayuda militar" y un "acuerdo económico coreano-norteamericano".

Corea del Sur, donde domina la camarilla de traidores de Li Sin Man, se ha convertido en un país de terror y de reacción, de destrucciones y de violencia.

El terror y las represiones que practica la banda de Li Sin Man —banda de traidores a la Patria que goza de la protección de los imperialistas norteamericanos y de su agencia, la "Comisión de la O.N.U. para Corea"— están dirigidos, no solamente contra los elementos de izquierda, sino también contra los de derecha si revelan el más mínimo descontento por el régimen reaccionario.

A pesar de la ley vigente reconociendo la inmunidad de los diputados a la llamada "Asamblea Nacional", la policía de Li Sin Man ha detenido y encarcelado a 12 diputados de dicha "Asamblea". Por orden de Li Sin Man ha sido asesinado Kim Gu, uno de los líderes del campo de derechas, porque insistía en la unificación pacífica de la Patria.

La camarilla de Li Sin Man extermina abiertamente a las personalidades progresivas de la cultura que se niegan a expresar su apoyo al "Gobierno" fantoche.

Con la ayuda de las armas de los imperialistas norteamericanos y del terror, de las cárceles y de la violencia, la camarilla de Li Sin Man trata de mantener su dominación en Corea del Sur y para ello está dispuesta al exterminio en masa del pueblo.

La insostenible situación creada en Corea del Sur como consecuencia del dominio de los imperialistas norteamericanos y de sus agentes, los secuaces de Li Sin Man, ha de provocar la ira y la valiente resistencia de las masas trabajadoras. Y no es casual que ahora se desarrolle con creciente fuerza en toda Corea del Sur la lucha guerrillera popular contra la política colonial de los imperialistas norteamericanos, por el derrocamiento del régimen reaccionario de Li Sin Man.

Es natural que, en esta situación, se plantee ante todos los partidos políticos y organizaciones sociales de carácter patriótico de Corea la necesidad de adoptar medidas concretas para restablecer la integridad territorial y la unidad de nuestra Patria.

En las condiciones existentes, en unos momentos en que Corea ha sido proclamada República Democrática Popular, mientras que en su parte meridional se priva a los partidos políticos y a las organizaciones sociales de carácter patriótico de la posibilidad de existir legalmente y se les lanza a la clandestinidad, era necesario unir a todas las fuerzas patrióticas y democráticas en la lucha contra la reacción. Por eso, a fines de junio de 1949 fué constituido el Frente Unico Democrático de la Patria (F.U.D.P.), que unió a 71 partidos políticos y organizaciones sociales de diversas tendencias.

El Congreso de constitución del F.U.D.P., después de examinar la situación creada en el país, propuso una serie de medidas para llevar a cabo la unificación pacífica de la Patria; para salvar al pueblo de Corea del Sur, que gime bajo el régimen terrorista del "Gobierno" marioneta de Li

Sin Man ; para salvar a la Patria y al pueblo de la vergonzosa guerra civil fratricida que trata de encender la banda de Li Sin Man, pertrechada de armamento norteamericano.

La propuesta del F.U.D.P. de unificación pacífica del país, breve, clara y justa, se expresaba en lo siguiente: retirada inmediata de las tropas norteamericanas de Corea del Sur, salida inmediata de la llamada "Comisión de la O.N.U. para Corea", que es un instrumento del imperialismo norteamericano para inmiscuirse en los asuntos de Corea; asegurar existencia legal y libertad de acción a todos los partidos políticos y organizaciones sociales de tendencias democráticas; celebración de elecciones generales en Corea del Norte y Corea del Sur sin intervención de los Estados extranjeros; realización de la unificación pacífica de Corea del Sur y Corea del Norte; solución por el propio pueblo coreano del problema del régimen estatal, etc.

Esta proposición fué calurosamente apoyada por todo el pueblo coreano. Pero la propuesta de unificación pacífica de la Patria no correspondía a los objetivos de los imperialistas norteamericanos, que aplican en Corea del Sur una política de colonización, ni de sus agentes de la reacción coreana. Por eso, esta propuesta fué rechazada por la camarilla de Li Sin Man, que teme al pueblo coreano, comprendiendo que no puede existir sin el apoyo de las fuerzas armadas norteamericanas. La negativa de la pandilla de Li Sin Man a aceptar la proposición del F.U.D.P. corroboró una vez más el carácter antipopular de dicha banda.

El pueblo coreano ha desplegado la lucha por la unificación pacífica de la Patria, por la liquidación del "Gobierno" fantoche, que es el principal obstáculo para la unificación de nuestra Patria. Esta lucha alarma a los imperialistas norteamericanos. De ahí que, por un lado, inciten a la banda de Li Sin Man a provocar conflictos armados en el paralelo 38, a fin de tener un pretexto para intervenir en los asuntos internos de Corea. Por otro lado volvieron a someter ilegalmente la cuestión coreana a examen de la IV Sesión de la Asamblea General de la O.N.U. y, con ayuda de la

dócil "máquina de votar", consiguieron el envío a Corea del Sur de una tercera "Comisión de la O.N.U. para Corea".

El pueblo coreano sabe perfectamente qué objetivos persigue esta nueva "Comisión de la O.N.U.". La primera "Comisión de la O.N.U.", que era un instrumento del imperialismo yanqui para la realización de su política colonial en Corea, trajo la desgracia al pueblo coreano al reconocer la legitimidad de las elecciones por separado en Corea del Sur y la formación del "Gobierno" pelele de Li Sin Man; la segunda "Comisión de la O.N.U." aumentó esta desgracia, encubriendo la política de terror y de represiones contra los elementos democráticos y de traición a los intereses de la Patria y del pueblo, que practica el "Gobierno" de Li Sin Man en beneficio de los imperialistas norteamericanos. Por su parte, la tercera "Comisión de la O.N.U." trata de salvar de la hecatombe al "Gobierno" de Li Sin Man y de transformar Corea en una colonia eterna del imperialismo norteamericano.

No es casual, por ello, que con motivo del comienzo de la "actividad" de la llamada tercera "Comisión de la O.N.U. para Corea", la camarilla de Li Sin Man, por orden de los imperialistas yanquis, grite en los últimos tiempos que es necesario introducir en Corea del Sur las llamadas "fuerzas policíacas de la O.N.U." y que, bajo la dirección de Mac Arthur, se prepare intensamente para concluir una alianza con el Japon.

Pero los agresivos designios de los imperialistas norteamericanos no se realizarán. El pueblo coreano no desea ver en su país huéspedes que no hayan sido invitados y que atenten contra la libertad y la independencia de nuestra Patria. Por lo visto, los imperialistas norteamericanos comprenden mal todavía que el pueblo coreano de hoy no es el de ayer. Nuestro pueblo no es un rebaño sumiso de borregos, que se entrega sin rechistar para que lo devoren los lobos hambrientos.

El pueblo coreano de hoy es un pueblo que tiene su República Democrática Popular; un pueblo que tiene una fuerte base política y económica; un pueblo que, en los cinco

años transcurridos desde la liberación, se ha convencido con su propia experiencia en la parte septentrional de la República de lo que es la libertad, de lo que son el Poder popular y los verdaderos derechos del hombre.

Los colonizadores norteamericanos deben comprender que el pueblo coreano no cederá a nadie sus conquistas y libertades y no volverá a ser jamás un esclavo colonial.

El pueblo coreano no está solo en su lucha contra los conquistadores coloniales, por la plena independencia y la libertad de su Patria.

Nuestro pueblo no permitirá a los imperialistas norteamericanos esclavizar y saquear Corea. Nuestro pueblo despliega la lucha por la realización de las medidas que propuso el Frente Unico Democrático de la Patria, encaminadas a conseguir la plena independencia y a garantizar el desarrollo democrático de nuestra Patria, a la unificación pacífica de Corea.

Esta lucha consiste en el gran combate del pueblo de la parte septentrional de nuestra Patria por la construcción democrática, por el ulterior fortalecimiento de la base política, económica y cultural de la República; en el gran combate del pueblo de Corea del Sur contra los imperialistas norteamericanos y sus agentes —la “Comisión de la O.N.U.” y la camarilla de Li Sin Man—; en el movimiento guerrillero, que se extiende de día en día.

Estamos profundamente convencidos de que nuestra justa lucha se verá coronada por la victoria definitiva. El pueblo coreano conseguirá el restablecimiento de la integridad territorial, de la unidad y de la independencia de su Patria y marchará seguro adelante por el camino de la paz y de la democracia.

En esta lucha participan todo el pueblo coreano, todos los partidos políticos y organizaciones sociales de carácter patriótico, agrupados estrechamente en torno al Gobierno de la República Democrática Popular de Corea y del Frente Unico Democrático de la Patria, cuya fuerza dirigente y aglutinadora es el Partido del Trabajo.

Pyeng-Yang, mayo de 1950.

CULTURA y DEMOCRACIA

*Revista mensual
ilustrada
de divulgación
cultural*

El nº 5, que se pondrá a la venta en los primeros días de agosto, presenta interesantísimos trabajos literarios e históricos. Entre otros:

CARTA A DOLORES IBARRURI
poema por CARLOS DEL PUEBLO.

LA UNIVERSIDAD BAJO FRANCO
(2ª parte de un artículo enviado también desde España, sobre la situación de la Universidad.)

CUANDO EN ESPAÑA NO HABIA RICOS NI POBRES
por LUIS VALERA.
Interesante ensayo sobre la prehistoria española.

POR UNA LITERATURA AL SERVICIO DE LA DEMOCRACIA Y DEL PUEBLO
por el escritor CESAR M. ARCONADA.

EL CALVARIO DE LAS MUJERES ESPAÑOLAS
por C. ESPINOSA.

...Y JUAN RUIZ NO SE DOBLÓ
cuento por J. IZCARAY.

En este número se incluye, además, un artículo inédito, en español, de J. STALIN, sobre el Primero de Mayo.

Precio del ejemplar : 50 frs.

Suscripción y pedidos a.

Ediciones NUESTRO PUEBLO
38, rue des Amandiers - PARIS XX



“Bajo las banderas de Marx, Engels, Lenin y Stalin”



Editions Nuestro Pueblo - S.A.R.L.
Le gérant : Raymond POIRAULT

Les Impressions Rapides
7, rue Darboy - Paris

Precio : **40** francos